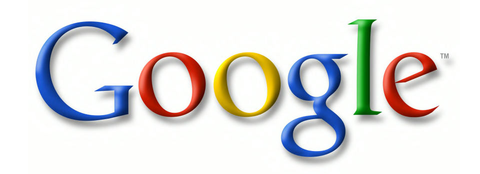
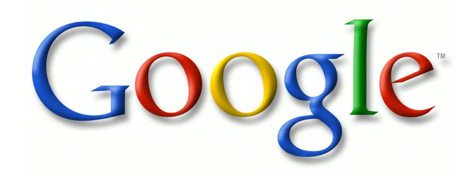
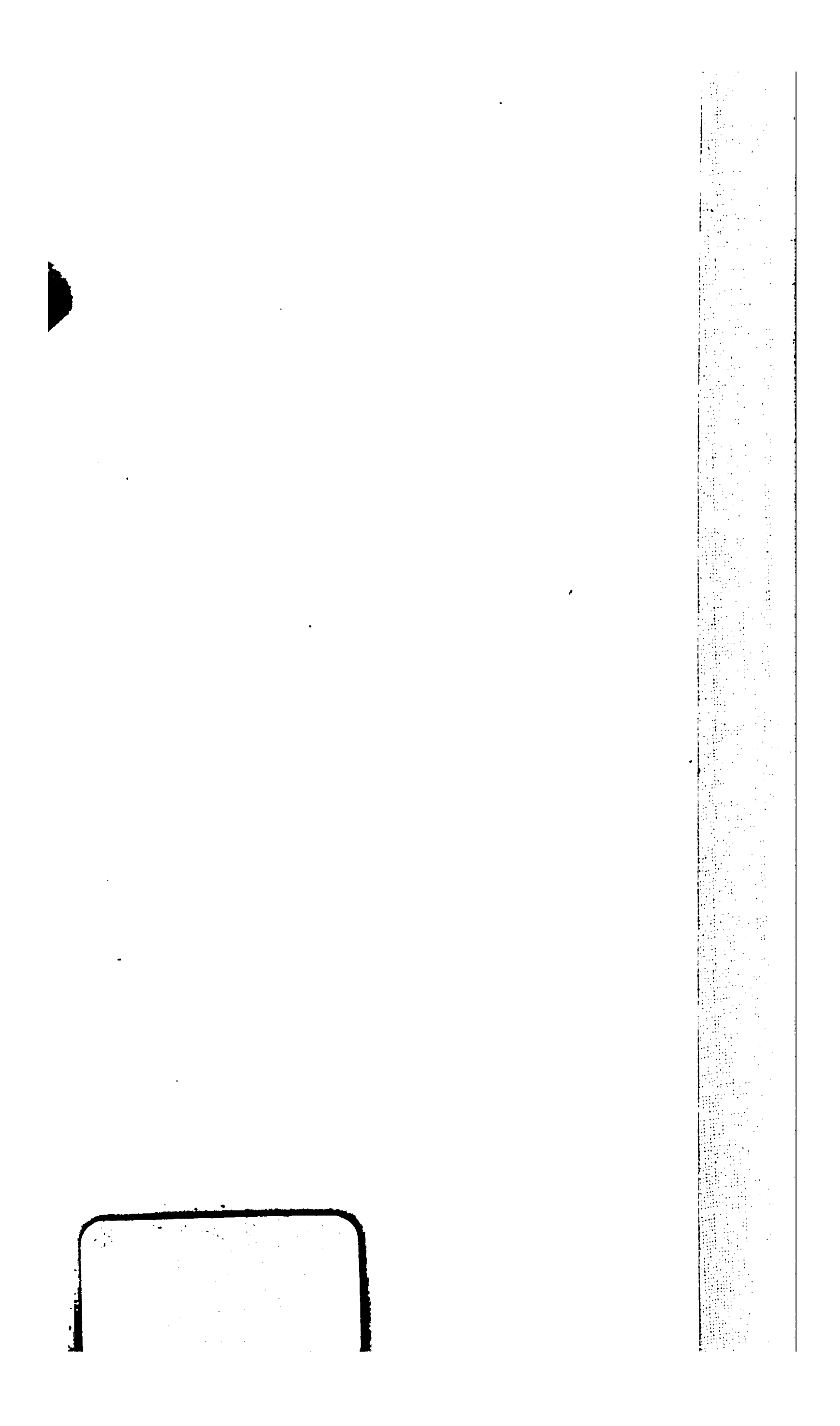


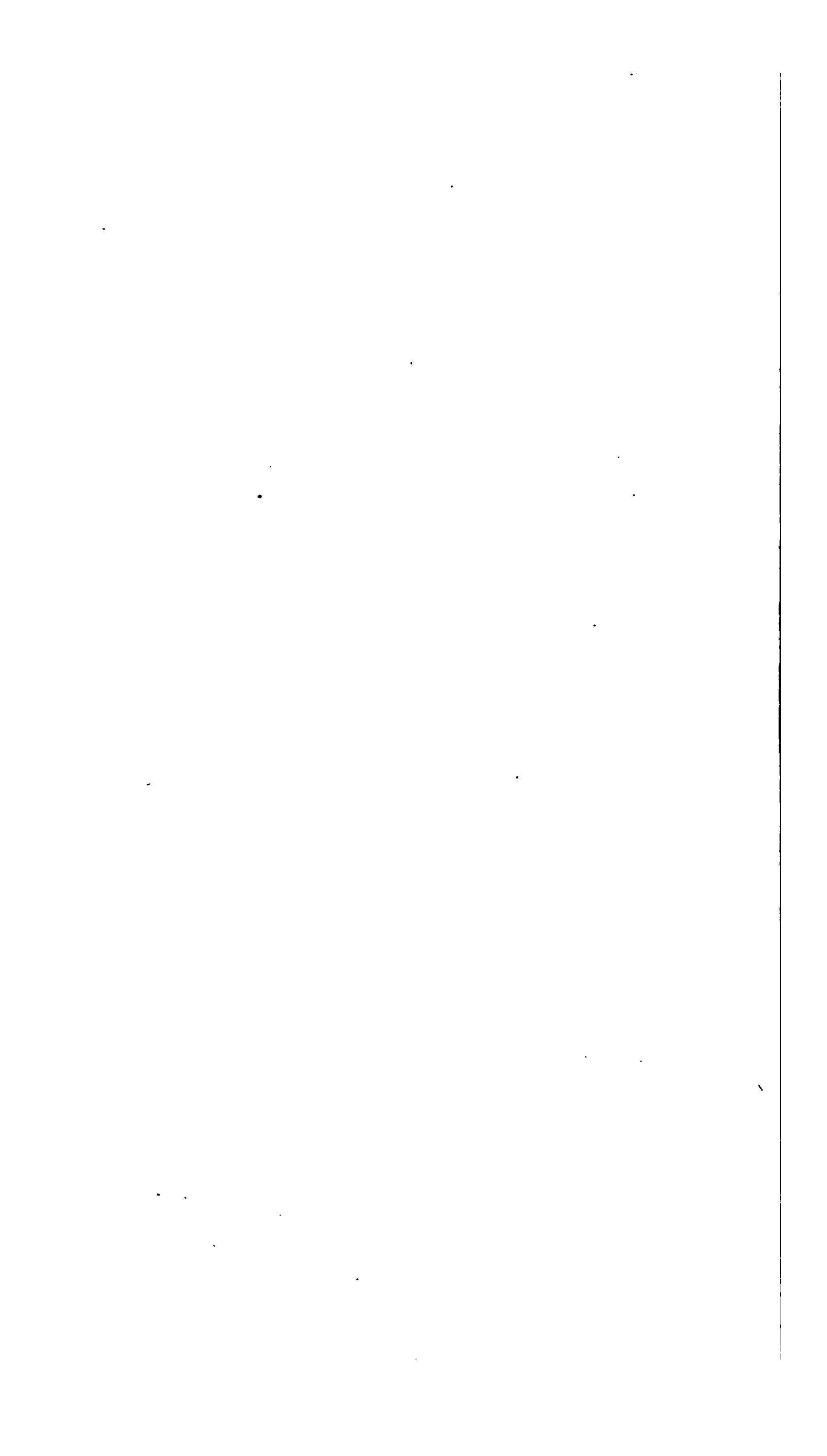



NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08247008 3



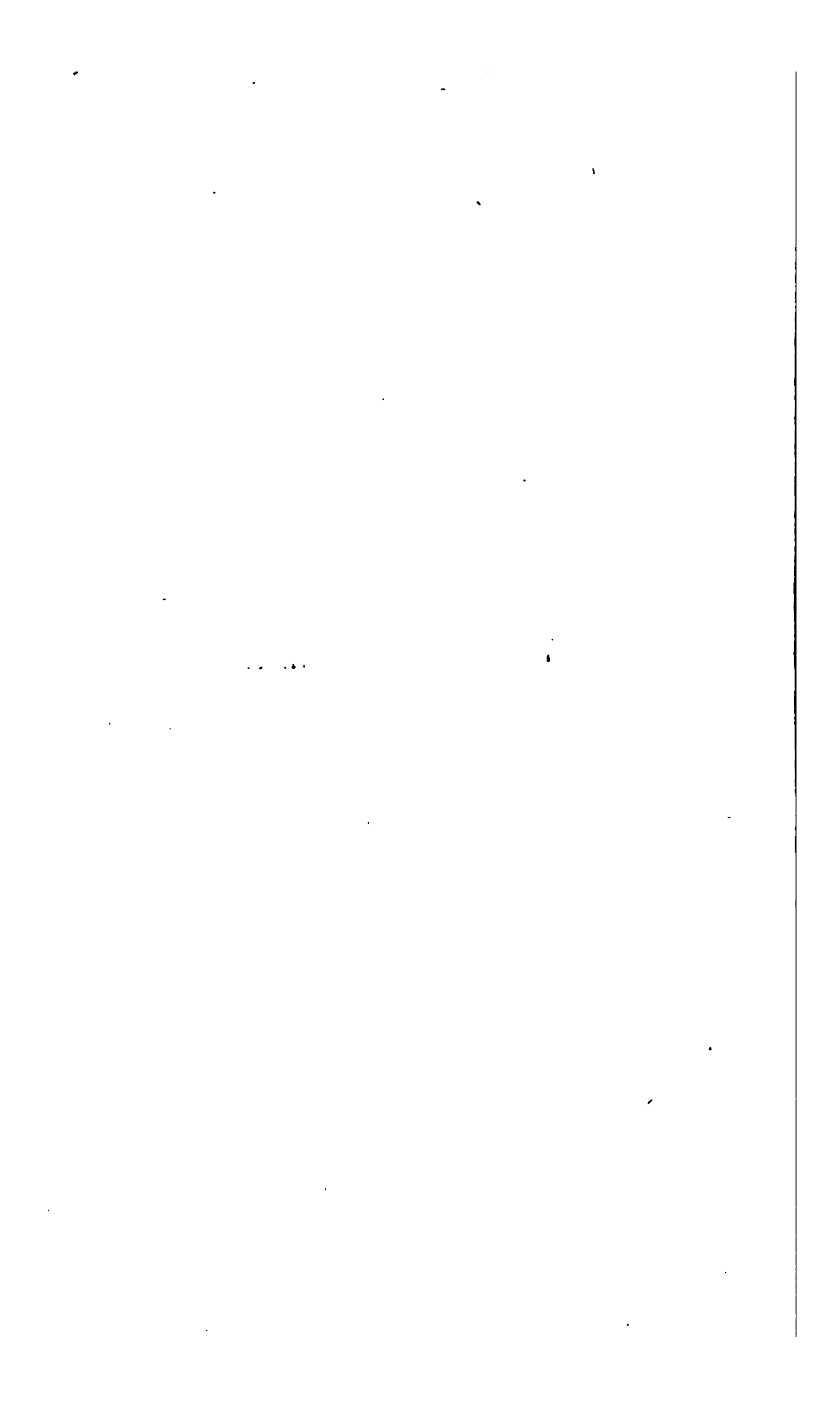



JOSÉ ORTEGA MUNILL
VIAJES
DE UN CRONISTA
IBUJOS
DE
NGEL PONS
grabados de L. E. y C.a
MADRID
Manuel Fernandez y Lasanta, Editor.
RAMALES, 6 Y AMNISTIA, 12
1892





# VIAJES DE UN CRONISTA



# VIAJES

DE

# UN CRONISTA

POR

JOSÉ ORTEGA MUNILLA

DIBUJOS

de

ANGEL PONS



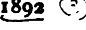
MADRID

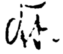


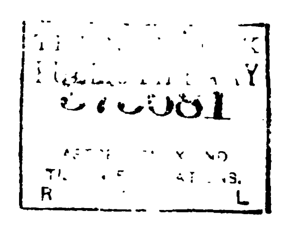
Manuel F. Lasanta, editor.

RAMALES, 6, y AMNISTÍA, 12

1892









RUBIÑOS, IMPRESOR, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS

## ANTES DE EMPEZAR



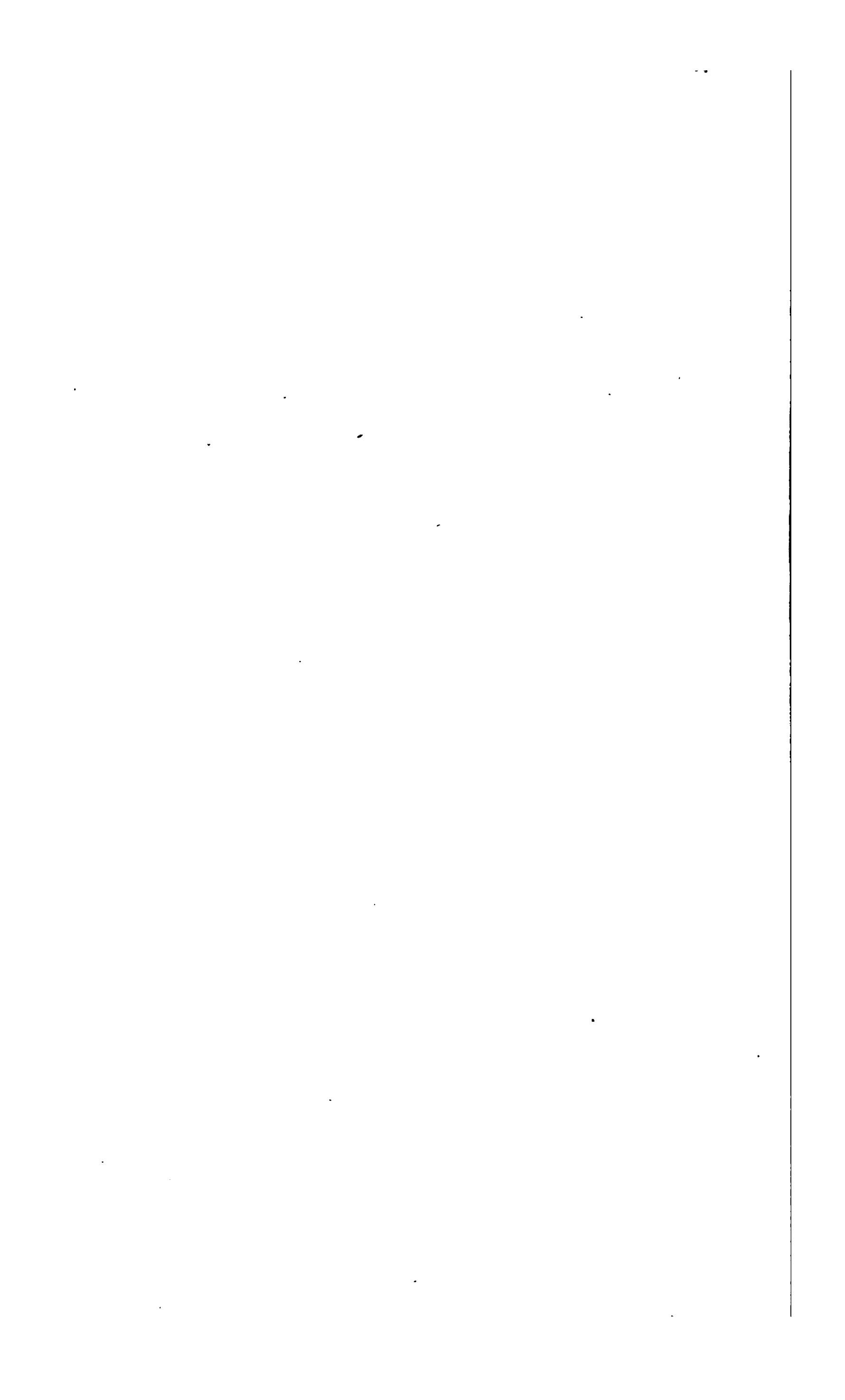
Verdaderamente no hay razón alguna para que yo reuna en este tomo las cartas y los artículos que he escrito en distintas ocasiones, desde poblaciones diversas, cumpliendo deberes de periodista. No se trata de impresiones de artista, que no llega á tanto su autor. Esto es una colec-

ción de páginas inspiradas en la curiosidad pública, llamadas á morir apenas fueran leídas, tan saturadas de actualidad, que con la actualidad que las dió vida, perdieron el escaso interés que al nacer pretendiera, vanidosamente, atribuirlas. Una sola razón puede haber influido en mí para sacarlas de las empolvadas colecciones de periódicos, y esta razón es un deseo: el de ver cómo el gracioso lápiz de Angel Pons convierte el frío relato en animada perspectiva, y la inhábil silueta en retrato ó caricatura. Ya que la prodigalidad del editor lo consiente, puedo permitirme el lujo de ver en elegante tomo lo que fué escrito á escape, sin átomos de pretensión artística, más con propósitos de *reporter* que con los de literato.

Y vamos á empezar, que el lápiz de Pons espera la orden de ustedes para continuar mi obra.




TANGER





## *Al desembarcar.*

(DEL 8 AL 30 DE NOVIEMBRE DE 1888)

La travesía desde Gibraltar había sido dichosa; pero cuando *La Desirade* se aproximó á la costa africana, el oleaje aumentó, y lluvia torrencial nos envolvió en sus ráfagas. La hélice del paquebot á veces giraba

en el aire sin hallar la resistencia del agua, y la proa se hundía en el abismo, levantando torrentes de espuma, que entraban en el barco, escurriendo por su cubierta. Iban en el departamento de popa una veintena de moros, que volvían de trabajar en Argelia, trayendo sus miserables ahorros. Envueltos en sus chilabas andrajosas y sentados en cuadrillas alrededor de la obra muerta del barco, parecían insensibles al aguacero y al temporal. Las olas y la lluvia los habían calado, y de sus cuerpos corría el agua. Uno de ellos, con la mano apoyada en el rostro, sobre el que se destacaba gigantesco y solemne turbante, miraba al horizonte con impasible inmovilidad. Los otros moros adoptaban actitudes diversas, pero en todos había la expresión de sufrimiento resignado, de aptitudes heroicas para aguantar el dolor y la privación, un desprecio de la comodidad y una costumbre de padecer, que fueron para nosotros como una iniciación en los caracteres de la raza africana y una síntesis de la vida que empezaba en aquella línea blanca de espuma que dibujaba la bahía de Tánger, al fulgor de los relámpagos que incendiaban el cielo.

Cuando *La Desirade* dió fondo, la vasta extensión del mar estaba desierta.

A lo lejos, el faro de Tánger señalaba un punto dorado en el horizonte, y mucho más abajo movíanse líneas de lucecitas que no era sino los faroles de los boteros, que preparaban sus remos, dudando aún si no era una temeridad lanzarse á la revuelta bahía en sus frágiles lanchas. Pero no fué larga la duda, y pronto ocho lanchones, tripulados por moros, rodearon el vapor. Los remeros tiraban con energía de sus palos, y las olas resistían el empuje, sin dejarlos avanzar. En cada lancha había un gran farol, á cuyo fulgor se descubría la escena con ciertos contrastes de luz y sombra, que recordaban algunos cuadros de Teniers. Rostros negros, negras manos agarradas á los remos con crispaduras horribles, blancas chilabas cuyos pliegues descomponía el viento huracanado, la pavorosa impresión que producen la noche, el mar y la tempestad, el afán inútil de los marineros moros por llegar al vapor, y la desesperante tenacidad del oleaje que jugaba con ellos; todas estas cosas, entrevistas y sentidas cual á través de un sueño de horrores, ponían á nuestra entrada en Africa una portada trágica, así como inspirada en el numen de Gustavo Doré.





## El café moro.

Apenas habíamos llegado al Hotel Continental, nos rodeó una turba de *cicerones* moros. Entre todos se destacaba la atlética figura de Mohamed, que en correcto castellano nos dijo si gustábamos ir á un café moro.

La impaciencia del viajero curioso por conocer las costumbres del pueblo que visita, tiene aquí más viva excitación, porque todo es nuevo en Africa para el euro-

peo, y Dumas y Gautier, Merimee y Amicis nos han dado hecho el sumario de nuestras excursiones. Fuimos, pues, al café Moro. Las calles que recorrimos retuércense en caprichosas curvas y se quiebran en ángulos inverosímiles. Las casas, sin tejado y terminadas en terraza de yeso, la pequeñez de puertas y ventanas, dan á la población un aspecto de singular novedad para los ojos que vienen acostumbrados á los espléndidos edificios de la arquitectura europea. Las cuestas más pendientes nos conducían á las más estrechas callejuelas que es posible imaginar. Laberinto, colmena, hormiguero, vivienda de ratones parece, más que ciudad de hombres, la ciudad morisca. El piso, empedrado de agudos guijarros, destroza las plantas de los pies, y el fangal que pisamos añade encantos al paseo. En una esquina tropezamos con un moro que duerme en la calle, con sus pies descalzos metidos en el arroyo que forma la lluvia. Cada calle es un torrente, y cada plazoleta un lago. Calados, llenos de barro, chorreando como tritones de clásica estampa, llegamos al café Moro.

Es una pequeña estancia, cuyo piso cubre una estera de paja. Las paredes blanqueadas tienen, á la altura correspondiente,

una tabla que, empotrada en la mampostería, hace oficio de banco, y allí nos sentamos nosotros; pero los moros, que al entrar dejan sus babuchas en la puerta, yacen sentados sobre los talones ó tirados á la larga, bebiendo te y fumando *quif* en largas pi-



pas de barro. Una pequeña orquesta formada por un violín, un laúd, una flauta y una pandereta, toca monótona melodía, mientras los mismos músicos cantan endechas

de lánguido ritmo, repitiendo tres notas con una insistencia que llega á producir efectos de hipnotismo. Sobre fogón de ladrillos arde un montoncillo de carbón cuyo humo invade la atmósfera, y allí enorme cacerola de cobre contiene el agua que, echada en pequeñas tazas, donde antes ha sido puesto el café molido en fino polvo, constituyen el negro cocimiento.

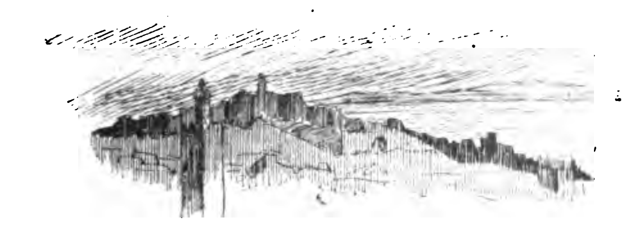
El olor acre del *quif*, fumado por los mo-



ros, y el humo del fogón, llenan la estancia de gases irrespirables.

Siguen los músicos tañendo y cantando, y los fumadores extrayendo con gravedad y delectación el humo de sus pipas. Una

monotonía triste se exhala de aquel cuadro, invitando al sueño. Salimos en busca del lecho, y volvemos á nadar en las balsas de lodo, y á pisar los agudos guijarros. El moro que dormía sobre el barro continúa su sueño tranquilamente, y la ciudad, silenciosa, trae á la mente perspectivas de cementerio con sus ventanucos, que parecen nichos, y sus casas, que parecen panteones. Son las doce de la noche. A dormir.





## *Una escuela.*

Me despierta el ruido de una voz que entona triste canturia. Me asomo al balcón de mi cuarto, y veo en la pared de enfrente, tan cerca que casi la toco con la mano, la puerta estrecha de una casa en cuya única habitación hay unos treinta muchachos

sentados en el suelo alrededor de un viejo de enorme corpulencia. Es una escuela mora; y el viejo, el maestro que enseña á los chicuelos á rezar.

Nada más gracioso que el contraste que resulta del tamaño enorme del maestro y de la pequeñez de sus discípulos. Aumen-



tan la talla del viejo un turbante que rodea en infinitas vueltas su cabeza, y le cae de las mejillas pobladísima barba de color de estopa. Las arrugas del rostro y el temblor de la voz del maestro, acusan una edad senil. Uno de sus ojos no ve la luz, cerrado para siempre por la catarata; el otro mué-

vese y lagrimea vaticinando la ceguera. Al decir los versículos sagrados con un ritmo lánguido, menea la cabeza á compás, y los



moritos del corro repiten las palabras y copian el movimiento de la cabeza.

El mayor de estos moritos no tendrá diez

años, y algunos apenas han cumplido los siete. Los rostros morenos, llenos de gracia y animación, y el perfil de sus cuerpos, denotan temperamentos robustos y sanguíneos. Cuál lleva su cabeza pelada al rape y cubierta del rojo gorrillo; cuál tiene en la



nuca coleta; cuál otro ostenta al siniestro lado un rizoso mechón que le cuelga; hay, en fin, alguno que adorna su testa desde la nuca á la frente una línea de pelo, tieso

como crin, y que da á su cráneo la apariencia de un casquito de dragón embetunado. Visten chilaba blanca con su caperucita, que se calan á uso frailuno cuando salen de la escuela. Van descalzos y no pueden estarse quietos un minuto, por lo cual el maestro les amenaza siempre con una caña descargándoles de cuando en cuando algún aviso.





La frecuencia con que el viejo descarga su caña sobre los chicos, hace creer si así busca manera de abrir camino en las enterizas cabezas para las máximas del Profe-

peo, y Dumas y Gautier, Merimee y Amicis nos han dado hecho el sumario de nuestras excursiones. Fuimos, pues, al café Moro. Las calles que recorrimos retuércense en caprichosas curvas y se quiebran en ángulos inverosímiles. Las casas, sin tejado y terminadas en terraza de yeso, la pequeñez de puertas y ventanas, dan á la población un aspecto de singular novedad para los ojos que vienen acostumbrados á los espléndidos edificios de la arquitectura europea. Las cuestas más pendientes nos conducían á las más estrechas callejuelas que es posible imaginar. Laberinto, colmena, hormiguero, vivienda de ratones parece, más que ciudad de hombres, la ciudad morisca. El piso, empedrado de agudos guijarros, destroza las plantas de los pies, y el fangal que pisamos añade encantos al paseo. En una esquina tropezamos con un moro que duerme en la calle, con sus pies descalzos metidos en el arroyo que forma la lluvia. Cada calle es un torrente, y cada plazoleta un lago. Calados, llenos de barro, chorreando como tritones de clásica estampa, llegamos al café Moro.

Es una pequeña estancia, cuyo piso cubre una estera de paja. Las paredes blanqueadas tienen, á la altura correspondiente,

una tabla que, empotrada en la mampostería, hace oficio de banco, y allí nos sentamos nosotros; pero los moros, que al entrar dejan sus babuchas en la puerta, yacen sentados sobre los talones ó tirados á la larga, bebiendo te y fumando *quif* en largas pi-



pas de barro. Una pequeña orquesta formada por un violín, un laúd, una flauta y una pandereta, toca monótona melodía, mientras los mismos músicos cantan endechas

de lánguido ritmo, repitiendo tres notas con una insistencia que llega á producir efectos de hipnotismo. Sobre fogón de ladrillos arde un montoncillo de carbón cuyo humo invade la atmósfera, y allí enorme cacerola de cobre contiene el agua que, echada en pequeñas tazas, donde antes ha sido puesto el café molido en fino polvo, constituyen el negro cocimiento.

El olor acre del *quif*, fumado por los mo-



ros, y el humo del fogón, llenan la estancia de gases irrespirables.

Siguen los músicos tañendo y cantando, y los fumadores extrayendo con gravedad y delectación el humo de sus pipas. Una

monotonía triste se exhala de aquel cuadro, invitando al sueño. Salimos en busca del lecho, y volvemos á nadar en las balsas de lodo, y á pisar los agudos guijarros. El moro que dormía sobre el barro continúa su sueño tranquilamente, y la ciudad, silenciosa, trae á la mente perspectivas de cementerio con sus ventanucos, que parecen nichos, y sus casas, que parecen panteones. Son las doce de la noche. A dormir.





## *Una escuela.*

Me despierta el ruido de una voz que entona triste canturia. Me asomo al balcón de mi cuarto, y veo en la pared de enfrente, tan cerca que casi la toco con la mano, la puerta estrecha de una casa en cuya única habitación hay unos treinta muchachos

sentados en el suelo alrededor de un viejo de enorme corpulencia. Es una escuela mora; y el viejo, el maestro que enseña á los chicuelos á rezar.

Nada más gracioso que el contraste que resulta del tamaño enorme del maestro y de la pequeñez de sus discípulos. Aumen-



tan la talla del viejo un turbante que rodea en infinitas vueltas su cabeza, y le cae de las mejillas pobladísima barba de color de estopa. Las arrugas del rostro y el temblor de la voz del maestro, acusan una edad senil. Uno de sus ojos no ve la luz, cerrado para siempre por la catarata; el otro mué-

vese y lagrimea vaticinando la ceguera. Al decir los versículos sagrados con un ritmo lánguido, menea la cabeza á compás, y los



moritos del corro repiten las palabras y copian el movimiento de la cabeza.

El mayor de estos moritos no tendrá diez

sentados en el suelo alrededor de un viejo de enorme corpulencia. Es una escuela mora; y el viejo, el maestro que enseña á los chicuelos á rezar.

Nada más gracioso que el contraste que resulta del tamaño enorme del maestro y de la pequeñez de sus discípulos. Aumen-



tan la talla del viejo un turbante que rodea en infinitas vueltas su cabeza, y le cae de las mejillas pobladísima barba de color de estopa. Las arrugas del rostro y el temblor de la voz del maestro, acusan una edad senil. Uno de sus ojos no ve la luz, cerrado para siempre por la catarata; el otro mué-

vese y lagrimea vaticinando la ceguera. Al decir los versículos sagrados con un ritmo lánguido, menea la cabeza á compás, y los



moritos del corro repiten las palabras y copian el movimiento de la cabeza.

El mayor de estos moritos no tendrá diez

mojo durante la noche. Caladas las telas, mojadas las camas, chorreando nuestras ropas, aquello sólo podía constituir diversión para los aspirantes al reuma y al paludismo.

Sin embargo, esperábamos impacientes el nuevo día para reanudar la campaña, y, entretanto, ya que no podíamos dormir, pedíamos noticia de cómo se organizaba una expedición á que concurren moros de tan lejanos aduares. No acuden en busca de ganancia, sino por satisfacer su gusto de la cacería. A pie recorren tres ó cuatro leguas, sin más abrigo que la vieja chilaba, y conduciendo sus perros. Duermen al raso, bajo la lluvia torrencial, y su alimento no puede ser más sobrio: un pedazo de pan negro y un puñado de higos. Si la prodigalidad del cazador une á este "menú" un cazuelón de alcuzcuz, entonces el regodeo llega á lo inverosímil, y las delicias de Capua resucitan en plena África para aquella tribu acostumbrada á las mayores privaciones. Cuidan sus galgos con esmero, y los alimentan aun á costa del hambre propia. Cuando el jabalí hiere á uno de sus perros, después de tomar venganza, curan las heridas del animalejo y le acarician con amor y orgullo. Pueblo que así vive, debe ser en la guerra formidable: ante tamañas ener-

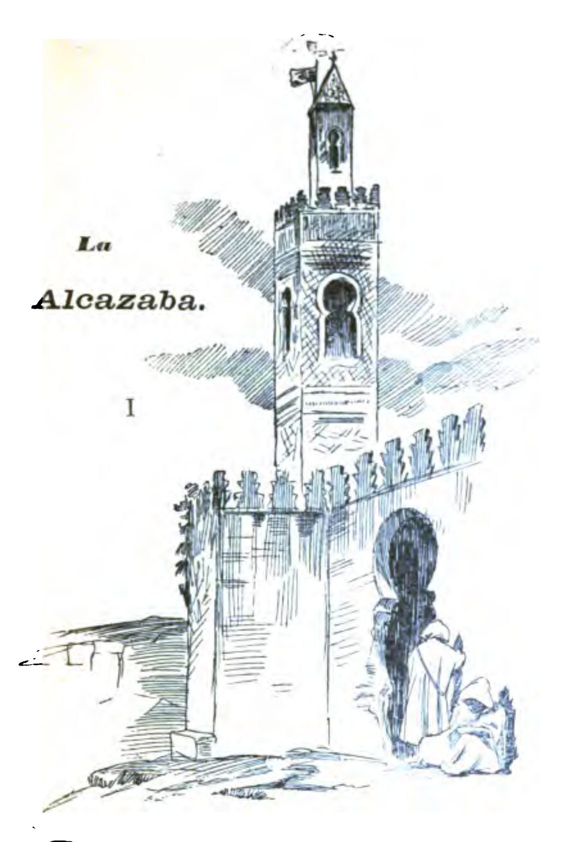
gías y tales cualidades, máquinas de guerra, Krupp y Molke, resultan pequeños y débiles. La silueta del soldado español entrando en Tetuán, resplandece en nimbo de gloria.

Después de tres días pasados en el campamento de Charf-el-Akab, regresamos á Tánger por la playa de Arzila. El mar tronaba con espantoso ruido. Las olas, grandes como montañas, caían en la arena con fragor. El extenso arenal, liso y reluciente como inmensa lámina de oro, ofrecía singular contraste con la agitación del agua, cárdena y espumosa.

A lo lejos, un pobre *steamer* luchaba con la tormenta, y á través de la cortina cristalina de la lluvia veíamosle hundir su proa en el abismo y alzarse sobre la cresta de una ola, chorreando agua por escobenes y portalón. La noche le ocultó á nuestra vista. ¡Quién sabe si sería uno de los que han perecido en las terribles tormentas de estos días!

La oscuridad, la lluvia y el huracán nos acompañan hasta Tánger.





# La Alcazaba.

## I

En lo más alto de la áspera pendiente en que la ciudad desarrolla el dédalo de sus calles; dominando el apelmazado caserío,

los minaretes de las mezquitas y las banderas de las legaciones extranjeras, destácanse los fuertes muros de la Alcazaba. No tienen disposición regular ni forma correcta. Dilátanse en amplio cuadrilátero para dar lugar á corralones y caballerizas; recógense de improviso en ángulo agudo para amparar el palacio del bajá, y luego abre su ruda mampostería para dejar ver la mezquita, en cuya torre ondea el pabellón verde llamando á la oración. Habéis subido las tortuosas callejuelas de Tánger, sorprendido por novísimas impresiones; habéis pasado entre el hormiguero de gentes enfundadas en chilabas y en mantas; habéis visto legiones de mujeres con el rostro recatado, y cuando atravesáis la puerta de la fortaleza, despertáis de un sueño poblado de siluetas vagorosas; y del dulce embelesamiento que os produce aquella ciudad de fantasmas, pasáis bruscamente á la realidad de la vida marroquí. Allí está funcionando sin descanso uno de los martillos con que el sultán estruja á su pobre pueblo para sacarle las últimas gotas de sangre y las últimas monedas de plata.

La crueldad y la barbarie de la Administración marroquí tiene un expresivo programa en aquella serie de edificios toscos,

oscuros, de gruesos murales sucios y descuidados que se levantan en el rincón de un enorme patio lleno de barro y de estiércol. Sobre los montones de paja podrida yacen algunos camellos, á cuyos lomos ha venido sin duda el último regalo hecho al bajá



por tal litigante, á quien interesa convencer con dádivas de la bondad de su dere-

cho. Al frente está el hospedaje de los portadores de estos regalos, y unos cuantos *majasnies* dormitan bajo los arcos y entre las ennegrecidas columnas de un peristilo arábigo de buena traza. Más hacia el fondo está la casa del bajá, cuya primera sala es la destinada á las audiencias; y por lóbrego pasillo cuyas paredes gotean la humedad y se descascaran y pudren poco á poco, se penetra en bellísimo patio, parecido al de la alberca de la Alhambra, sólo que es una mitad menor que aquél, y en el que el abandono ha hecho perder á los adornos y afeites decorativos todo el esplendor característico del arte arábigo. Luego una puerta finamente labrada, que jamás se abre para el europeo, da acceso á la vivienda del viejo Abderadack, á los salones en que goza de la fortuna pingüe aneja á su cargo, y en que los perfumes y el amor templan las crudezas que en su corazón de tirano y guerrero ha de engendrar el duro oficio que ejerce.

Entre la puerta del palacio y la del hospedaje de los viajeros oficiales está la cárcel. Tres peldaños hay que subir para entrar en un zaguán reducido y mal oliente. Allí está el alcaide: un viejo de aspecto ruin y de mirada avizora y codiciosa, que fuma su pipa de *quif*, ostentando sobre sus

sucios zaragüelles un manojo de llaves; y detrás de él se ve una puertecilla estrecha y baja, armada de fortísimas bisagras y pesado cerrojo. Un agujero como de medio



metro de diámetro deja ver el fondo de la prisión; pero no podemos enterarnos de lo que hay en aquella lobreguísima zahurda,

porque apenas llegamos, cuando diez ó doce brazos negros salen por aquel agujero, y otras tantas manos nos hablan el perentorio y ansioso lenguaje de la mendicidad. Una de aquellas manos nos ofrece unas cuantas carteras de paja burdamente tejida; otra mano nos presenta unas cuantas esportillas de la misma materia, y las demás hacen señas como de contar dinero, pasando rápidamente los dedos gruesos sobre los dedos índices. Ofrecemos dar alguna moneda si nos dejan ver la cárcel, y aquellos brazos se retiran y podemos asomarnos al estrecho tragaluz, que está sucio y bisunto de los constantes apretones de los brazos pedigüeños.



¡Qué horrible cuadro! La cuadra que se ve confusamente es grande, muy baja de techo, negra, medio derruída. En un lado hay montones de escombros que han caído

de la techumbre; en otro se apiñan unos cuantos hombres medio desnudos, sentados sobre los talones, con los brazos caídos á lo largo, la barba hundida en el pecho y los ojos extraviados.

Parecerían muertos si no se oyera su res-



piración. Uno de los presos lleva en los pies pesado calabrote, que le impide menearse;

otro tiene las manos sujetas á la espalda por crueles esposas. Algunos son muy viejos, y las barbas blancas les crecen con salvaje abundancia; acaso han pasado la mitad de su vida en aquella mazmorra, y morirán sin ver la luz. Otros, más jóvenes y que llevan poco tiempo presos, manifiestan con su animado rostro que quieren interesar nuestra caridad, no sólo el ansia del que pide, sino la esperanza de mejores días. Y el carcelero, inmóvil en su asiento, fuma su pipa, acaricia sus llaves, y no separa sus ojos de los bolsillos de nuestros chalecos.

En esta cárcel hay unos cien hombres presos: unos por horribles asesinatos, los más por leves desacatos á los *majasnies* ó á las autoridades, no faltando los que están allí redimiendo con su cuerpo una deuda que no pudieron pagar. El Estado marroquí no da de comer á sus presos.

Una vez encerrados, las familias de aquellos desdichados deben llevarles diariamente el alimento. Si no tienen ellos quien se cuide de darles de comer, se mueren de hambre. Esto parecerá inverosímil; sin embargo, es exactísimo. En la cárcel de Tánger el Gobierno, según compromiso que aceptó ante los representantes de Europa, debe dar á cada preso 110 gramos de pan

diariamente; pero esto no pasa de ser una promesa marroquí, y el pan no llega al preso, aun cuando los ministros residentes puedan ufanarse, en sus documentos diplomáticos, de haber mejorado la triste suerte del delincuente en este país.

Como aquí no hay procesos en forma que



ofrezcan alguna garantía al procesado, el que entra preso suele quedar condenado á olvido perpetuo. Pasan los meses y los años sin que se le llame para comunicarle noticia alguna sobre su suerte. El que no muere de

hambre, enloquece; y allá están revueltos y confundidos el loco furioso y el criminal, el inocente y el malvado. A veces el instinto de conservación les hace luchar por la posesión de un mendrugo de pan, y el alcaide asiste impávido á la reyerta. Huesos rotos, miembros heridos, rastros de sangre, crueles pendencias, castigos inopinados que dejan á la víctima sin aliento en el suelo; días de hambre: he aquí el tejido de que se hace la tela de la vida en la cárcel de Tánger.

El carcelero, insensible á las penas de aquel rebaño humano, vive en pleno horror, sin experimentar emoción alguna, y delante de aquel agujero, que es el único medio de comunicación del preso con el mundo, parece desengañado apuntador de una tragedia cuyos versos no le impresionan y cuyos personajes no le interesan.

Salimos de aquella mansión del espanto, sin ánimo para seguir viendo. La civilización parecíanos un infame comercio de fórmulas huecas, impotentes para acabar con la barbarie, y aquellas banderas que flotaban sobre siete casas de la ciudad, representando otras tantas naciones cultas, guiñapos descoloridos que nada expresaban.

Esas naciones, que impondrían al Sultán su capricho si mañana se elevase el derecho de importación del trigo, nada hacen para impedir un estado de cosas que causa horror y vergüenza



## II

Delante de la sala de audiencias agolpábase una muchedumbre de soldados, unos en pie, otros sentados en cuclillas, alguno tumbado á la larga. Cuál fumaba su pipa, otros se contentaban con cigarrillos de papel, alguno rezaba dejando escurrirse de

sus dedos las cuentas del negro rosario. Ninguno de ellos delataba la bélica profesión, ni en ademanes ni en actitudes. El excesivo número de armas blancas que adornaban su costado y su cinturón, mejor les daban aspecto de panoplias vivas ó de mercaderes de alfanjes y de gumías, que de soldados. Todos iban descalzos de pie y pierna, pudiendo verse sus amarillas babuchas en un rincón de la sala, abandonadas al descuido, más bien como si las hubieran arrojado por inútiles, que si las hubiesen dejado por respeto al venerando templo de la justicia.

Allá, en el fondo de la sala, sobre un estradillo cubierto de pajiza estera, reposaba sobre sus cuclillas el bajá de Tánger, cubierta la frente con blanquísimo turbante, cuyo fino cendal le daba múltiples vueltas sobre el occipucio. La chilaba que le envolvía era asimismo de delicada urdimbre, y las cadenas que le caían del cuello sosteniendo una preciosa gumía, eran de buen oro y de raro mérito, que hacen honor al orfebrero marroquí. Estábase allí el buen bajá Abderadack, esperando litigantes y criminales, dispuesto á administrar justicia. Apoyaba sus brazos en dos montones de delgados cojines de cuero, bordados

con hilos metálicos. Delante de sus pies veíase un tintero de plomo, grande y sucio, y dentro del pocillo varias cañas, con las que el *Amin* debía escribir las pocas informaciones que bastan aquí para sentenciar el más difícil caso litigioso. Unos cuantos pedazos de papel rotos y desparramados por el suelo, indicaban que no son los bu-



rócratas marroquíes muy aficionados á archivar expedientes ni procesos, sino que, antes bien, los rompen así que han sido fallados.

¡Oh musa tarda y prolija del expediente español! ¡Tú, que para el más ínfimo nego-

cio derrochas el papel y la tinta, la prosa y los barbarismos; tú, que detallas y puntualizas los más menudos sucesos, haciendo gala de informes, decretos, consultas, comunicaciones, traslados, sellos, timbres y balduque! Contempla esta sencillez del procedimiento moro, este desprecio de la verdad averiguable por los medios oficiales, y prostérnate confundida de admiración. Como lo que ha de suceder "está escrito,„ la justicia marroquí no escribe nada. Se limita á ejecutar.

Y allá se nos presentan en otro rincón, colgados de aguda escarpia, los instrumentos vengadores y correctivos: una media docena de negros cordeles llenos de nudos, ensebados y concluídos en crudelísimas fibras de hierro, con las cuales un soldado golpea la espalda del súbdito á quien el bajá condenó al castigo.

Tal es el escenario en sus más esenciales líneas y con sus más característicos detalles. Pueden fácilmente suponerse las escenas sin hacer mucho gasto de imaginación.

El acusado entra en la sala dejando sus babuchas, si las tenía, de la parte de afuera. Arrodíllase, y de hinojos avanza hasta llegar ante el bajá. Allí explica el suceso por que es acusado, y el bajá, incontinenti,

le condena al número de azotes que le parece. No puede esta autoridad provincial imponer la pena de muerte; pero sí llegar hasta veinte mil en el número de los azotes; y como los administran con cuerda ó palo, á voluntad, tanto vale como la última pena.



Otra de las que se aplican para castigar atentados á la autoridad ó blasfemias, es la de cercenar una mano ó la lengua; y, lo que es más horrible, hay en Marruecos muchos hombres ciegos por ministerio de la ley. Recorre las calles de Tánger, pidiendo limosna, un negro sudanés de atlé-

ticas proporciones. No sólo está ciego, sino que sus párpados no existen. En el lugar de los ojos, hay dos costuras negras, de



apariencia espantable. Este hombre sufrió el cauterio de los ojos, aplicándole en ellos un acicate enrojecido al fuego. ¿Por qué

delito? No está bien claro si fué por haber atentado á la santidad de una mezquita, ó por haber merecido los favores de una principalísima mora, cuyo esposo disponía, para sus venganzas, del rayo de la ley, más temible aquí que en otra parte alguna.

Labios quemados por proferir blasfemias, manos cortadas por haberse levantado contra un *majasni* insolente y brutal, son abundantes testimonios, que por todas partes se hallan, de que la justicia marroquí es una vergüenza de la humanidad y un baldón para el siglo XIX.

Cuando el bajá recibe de su amo el Sultán una demanda de dinero, aquél destaca unos cuantos soldados que, á caballo, parten á recorrer las kabilas. Ni llevan documento alguno que los acredite como cobradores, ni que justifique el pago á los contribuyentes. Estos tienen que entregar su hacienda, y ni pueden reclamar ni quejarse.

El rico oculta su fortuna como un crimen; el laborioso procura hacer ver que sus afanes son estériles; el que hereda, esconde el oro donde jamás le llegue la luz del sol, que sería tanto como llegarle las manos ávidas del bajá; el que gusta de vida cómoda y de los placeres del lujo, disimula su afición y la encubre bajo apariencia de mi-

seria. Así, las ciudades marroquíes ostentan el sello de la pobreza, y el marroquí parece despreciar el dinero y el lucro. Ser opulento allí, es tener pendiente sobre la cabeza la espada del verdugo. Pocos consiguen ser excepción de la regla, y éstos á fuerza de habilidades y de influencia, teniendo buen cuidado de regalar cada año un espléndido presente al Sultán, con lo que le hacen partícipe de sus beneficios.

Desde el más alto al más bajo funcionario de la administración marroquí, todos estrujan al pueblo para enriquecerse. Lo que el administrador de la aduana de Tánger saca al comerciante, se lo quita al aduanero el bajá; y lo que el bajá acaudala, lo absorbe un día de codicia el Sultán. Así el crimen, la falsía y el terror dominan por doquiera. Y todos se guardan los unos de los otros, y todos se guardan lo del pueblo.





# «Pot-pourri» moruno

**Las dos capitales de Marruecos.—Fez y Tánger.—El moro, el judío y el europeo.—Un prócer marroquí.—El pueblo sin patria.—Moros protegidos.—El sheriff de Wazán.**

Marruecos puede decirse que tiene dos capitales: Fez, donde el Sultán vive; Tánger, donde residen los representantes de las potencias europeas.

Fez, vive supeditada á Tánger, y cuanto allí se resuelve ha de ser refrendado por los ministros residentes. No me refiero, claro está, á los negocios interiores del Imperio, sino á todo lo que puede tener relación con los intereses del progreso y del comercio.

Dos corrientes distintas se observan en

la vida de Marruecos: la que recibe su impulsión en la corte del Sultán, la que viene de Fez llena de sangre y de horrores; la que impulsa el odio, principal motor de la máquina administrativa marroquí; la que cercena cabezas, la que apalea vasallos, la que confisca los bienes adquiridos por el moro comerciante; esa corriente, en fin, que constituye un desbordado río de sangre que fragorosamente y en perpetua tempestad recorre los territorios de Muley Hassan.

La otra corriente parte de Tánger y avanza hacia el interior: está representada por los viajantes de las casas de comercio de todo el mundo, por las caravanas de camellos cargados de mercancías, por las líneas de vapores que trafican alrededor de la costa, por las banderas multicolores que flotan sobre muchas azoteas y terrazas de Tánger, indicando que debajo de ellas vive un cónsul ó un embajador; por los frailes franciscanos, que tienen establecidas en Tánger y en Tetuán dos casas piadosas de propaganda y de enseñanza; por el sonido de la campana que en los días festivos, á despecho de la superstición marroquí, convoca á los católicos en la modesta capilla de la legación española; por el co-

rrecto edificio de hierro en que los protestantes han establecido su capilla evangélica: una corriente, en fin, que viene á ser de luz y de ideas, de esperanzas y de mejoras.

¿Cuál de estas corrientes es más fuerte? Hoy por hoy, las dos marchan paralelas; pero es indudable que en plazo no remoto irán á encontrarse, y el choque será terrible, porque la barbarie musulmana es de las que no se vencen con predicaciones ni con ejemplos; y el espíritu de civilización es de los que no ceden por la sangre ni por la venganza, como que lo inspira el comercio, el ansia del lucro.

El marroquí considera que la integridad de su territorio está rota, que la inviolabilidad que le aseguraba el *Profeta* no existe, porque Tánger es más ciudad europea que marroquí; porque la civilización se ha enseñoreado de esta costa, y empieza á tender por todas partes los hilos múltiples de sus negocios. Ha llegado tanta dosis del espíritu comercial á Tánger, que no pudiendo ya contenerse en los estrechos límites de sus murallas, se ha extendido en todas direcciones y avanza hacía el interior. Son muchos los moros que bendicen en lo recondito de su conciencia la llegada del euro-

peo, porque con él han venido ganancias que no esperaban, esperanzas de lucro que no veían antes.

Así es que también ha quedado violada esa fe característica del musulmán, que con el odio al europeo y al cristiano, llena su corazón de afectos terribles y encarnizados.

Viven en Tánger tres elementos de población que mutuamente se aborrecen: los moros, que constituyen el elemento gobernante; los judíos, que forman el elemento comercial, y los europeos, que, ejerciendo mucha influencia sobre los primeros, participan de la protección del Estado, y usan de ella para obtener beneficios entre los hebreos.

El moro de casta principal y de pingüe fortuna vive espléndidamente, valido de la amistad que ha sabido buscar cerca del Sultán y de su séquito, seguro de que no han de atropellarle y de que sus bienes no han de ser confiscados en provecho del Emperador, á quien de cuando en cuando regala y agasaja.

Son sus casas, por de fuera, miserables y feas. Las paredes mal blanqueadas, la escasez de ventanas y lo pequeño de las puertas, la poca altura de los edificios, que no

pasan nunca de dos pisos, indican pobreza y miseria.



El moro no os permitirá, sino por favor

especialísimo de amistad íntima, penetrar en el interior de su morada.

Si vais á hablarle de negocios, os recibirá en el zaguán de su casa, cuyo piso cubre una estera de palma, sobre la que él está sentado en cuclillas fumando su pipa ó re-



zando su rosario; pero si tenéis influencia bastante con él para que se levante, os abra la puerta que desde el fondo del zaguán comunica con las habitaciones interiores, y

os deje entrar en ellas, os sorprenderán el lujo maravilloso de la decoración de las paredes, los tapices de Tafilete y de Fez que cubren los muros de la sala, y entre cuya trama, de tonos rojos ó amarillos, serpea el hilillo de oro formando caprichosas grecas y prolijas labores; os admirará el patio, con sus esbeltas columnas de mármol y sus arcadas arábigas de lindo corte; los golpes de oro y azuladas pinturas que adornan las bóvedas y enriquecen el encaje de los arcos; quedaréis absortos al aspirar aquellos perfumes que embalsaman la vivienda y arrancan de varios braserillos convenientemente colocados, en los cuales alguna esclava del Sudán, vestida con angosta falda de algodón á rayas blancas y rojas, cuida de poner de cuando en cuando algunos granos de benjuí y tal cual cucharada de polvo de mirra.

Pero, aún más que todo esto, habrá de sorprenderos y maravillaros el infinito silencio que se advierte. No oiréis el cántico del niño que alegra la casa europea; no notaréis por parte alguna la presencia del eterno femenino, el sello que imprime donde quiera que domina, y el ambiente de suavidad que se respira allí donde tiene culto.

En representación del bello sexo, veréis pasar ante vuestros ojos la figura brutal de la esclava sudanesa, más considerada allí como bestia de carga que como mujer.



Esta ausencia del eterno femenino da á la vida marroquí una dureza y una monotonía como la que podría resultar de una literatura dramática cuyas obras fuesen re-

presentadas sólo por hombres. En la vida marroquí únicamente se presenta la mujer como personaje de àlguna tragedia.

Y no hablo de las millaradas de pobres



infelices que, envuelto el rostro y el cuerpo en sucio manto, recorren las calles de Tán-

ger dedicadas á las faenas más rudas; porque en éstas la miseria y las privaciones casi han borrado el sexo, dejando sólo de la mujer lo que es su desgracia: la debilidad.

---

Frente á frente de la casa del moro, está la del judío. La mayor parte de éstos han prescindido de sus trajes característicos, dejando en el olvido el kaftán de negra borla y la bata con ceñidor de seda.

Sólo usan estas prendas los hebreos de la clase más inferior en las fiestas señaladas y en los días de asueto; pero el judío rico, el comerciante, ese viste completamente á la europea, habla castellano, y va dejando á un lado las preocupaciones de su raza y entrando en la corriente común de la vida moderna. Unicamente las mujeres judías llevan el signo característico de un pañuelo puesto sobre las sienes á la manera toscana; pero aparte de esto y de que los sábados descansan y trabajan el domingo, los judíos de Tánger no se diferencian en nada de los cristianos que con ellos viven. Son los dueños del comercio, son los poseedores de grandes fortunas. Las tres

cuartas partes del numerario que circula en el Imperio, es suyo. Imponen la ley en los mercados, y dictan fallo decisivo en las transacciones. A pesar de esta influencia, se



les odia lo mismo por los cristianos que por los moros, y tan injustamente por unos como por otros.

La mezcla de estos tres elementos constituye la vida de Tánger; y conociendo los contrastes que resultan de las costumbres de todos, las antipatías que los separan y los vínculos que los unen, se tiene estudiada la mitad del problema que representa el porvenir del Imperio mogrebita.

Que está llamado á desaparecer en plazo breve, nadie lo duda. No hay sino recorrer las calles de Tánger y las de Tetuán, hablar con unos cuantos moros de los que han viajado por Europa y que tienen ideas generales de la cultura moderna; escuchar los latidos de la opinión, expresada en las incoherentes conversaciones de los *zocos*, para convencerse de que todos sienten la herida de muerte que ha recibido el Imperio, y contra la cual trabaja en vano el espíritu de independencia, que constituye el principal carácter de los marroquíes. Trátase de una organización salvaje, que más bien merece el nombre de desorganización.

No hay Estado, en el sentido que á esta palabra dan los publicistas: no hay nación, en el concepto que á este vocablo atribuyen los geógrafos; no hay pueblo, en la acepción que del pueblo se tiene; es una mezcla confusa de razas é intereses; es una

superposición social é histórica de enemigas aspiraciones; viven juntas odiándose, con la esperanza de vencerse mutuamente y con el temor de ser derrotados



La suprema consideración de que en Tánger goza el cuerpo diplomático extranjero;

el respeto con que los moros se apartan de su camino para dar paso al caballo en que va el *attaché* de una legación; el servilismo repugnante con que aquellos hombres se doblegan, describiendo con su espina dorsal un arco turquesco al paso del ministro europeo; la apariencia de veneración con que saludan al borriquillo en que va la mujer de un secretario de embajada, ó al potro que monta alguna inglesa extravagante de las que recorren constantemente las calles de Tánger en busca de impresiones; todos estos indicios de esclavitud, impuestos por los cañones Krupp y por los acorazados de Germania, por los tratados de paz y por las órdenes medrosas del Sultán, dan una idea tristísima del porvenir del pueblo de Marruecos. Están en su casa, y no son dueños de ella; tiemblan de que una mirada, una frase, un ademán, pueda ser interpretado como desacato á las potencias europeas y hagan caer sobre ellos el castigo del que todo lo puede.

Así, que la impresión primera que recibe el europeo que va á Tánger llevando su cabeza llena de leyendas de muerte que por Europa corren, temeroso de los peligros que, según es fama, amenazan allí la vida del cristiano, es de sorpresa y de asombro,

porque, en vez de amenazas, encuentra servilismo; en vez de peligros, protección cuidadosísima; en vez de enemigos, esclavos.



—

¡La protección! Esta palabra encierra en sí toda la política europea en Marruecos. Aquellas moradas, sobre cuyas terrazas moriscas ondean otros tantos pabellones que representan el poder de Inglaterra y el de Alemania, el de España y el de Francia, el de Portugal é Italia, son el amparo de una muchedumbre de marroquíes que por diversas razones han encontrado cómodo sustraerse á las persecuciones de la justicia del Imperio y á las exacciones bárbaras del Sultán.

Cuando un moro quiere salirse de la ley común de sus compatriotas y teme por alguna razón las iras del bajá, del visir ó del sultán, acude á una de las legaciones y so-

licita del ministro europeo el dictado de "protegido„ El ministro lo otorga sin dificultad, y hete aquí que aquel moro, sometido hasta entonces á la autoridad omnímoda é ilimitada del Sultán, á las órdenes arbi-



trarias del bajá y á la influencia de cualquiera de los personajes que rodean á éste ó á aquél, queda ya indemne, independiente y dueño de sí mismo. Su hogar será sagrado para la autoridad marroquí; sus bienes serán respetados, cualesquiera que sean los actos que él ejecute.

Si comete un crimen, no podrá el bajá in-

tervenir para castigarle; si se subleva contra el Sultan, no podrá el ejército del Emperador apresarle y reducirle á la obediencia, porque entre aquel vasallo moro y la alta autoridad del Sultán, se levantan las manos de un embajador europeo, que han ungido con el óleo divino de la diplomacia la frente del avisado y prudente marroquí.

Noble y humanitaria por todo extremo fué la idea germinadora de esta protección. En un país en que por los delitos más insignificantes, sin procedimiento que acredite la culpabilidad, y con un sistema arbitrario y cruel, sufren la pena de decapitación hombres inocentes, se cortan las manos y la lengua, se sacan los ojos, se condena á reclusión perpetua y se confiscan los bienes de cualquier moro, por alto y principal que sea, por muy limpia y honrada que parezca su conducta, era necesario que los representantes de Europa y la civilización pudieran intervenir en algunos casos, impidiendo las espantosas injusticias del Gobierno marroquí. Pero es el caso que, al lado de estos "protegidos" en nombre de la humanidad, ha habido y hay otros muchos que, ungidos con ese mismo óleo divino de la diplomacia, declarados sacrosantos, libres de la autoridad del Sultán, no merecían sino

esos mismos castigos bárbaros y crueles, ú otros semejantes, que les hiciesen pagar sus delitos ó faltas. Muy cómodo es, en verdad, para el administrador de la aduana de Tánger ó de Larache, que harto de robar al Erario marroquí y á la hacienda de su señor el Sultán, cuando de Fez viene la orden conminatoria del castigo y se le exigen las cuentas de su administración, en vez de ir á la cárcel á purgar sus robos y sus defraudaciones, acudir al embajador de Italia ó al de Francia para que éstos le declaren "protegido", sustrayéndose así á las venganzas justas del Gobierno.

Los principios de justicia son eternos, y cuando se va á representar al país bárbaro de Marruecos la moral suprema del cristianismo, no es maravilla que á la postre tal abuso suscite odios y enemistades, en primer término, porque el Sultán ve burlada su autoridad en muchos casos contra criminales de delitos comunes, y además porque los celos de las potencias encuentran fáciles motivos de desprecio mutuo en esto que algunos llaman debilidades y nosotros llamaremos delitos perpetrados al amparo da los cultos pabellones de Europa. De esta manera, el ejercicio de una iniciativa generosa y humanitaria ha llegado á ser odioso

á los marroquíes; y como el número de protegidos es tan grande, sintiendo el emperador de Marruecos que su autoridad se disminuye y pierde prestigio, está decidido á que las cosas varíen y á que todos los súbditos suyos lo sean verdaderamente, sin limitación alguna. Se ha dado el caso, y como ejemplo gráfico lo citamos, de que el sheriff de Wazán, considerándose con derecho al trono de Marruecos, procuró rodearse de las simpatías de algunas kabilas de exagerados sentimientos religiosos, valido de la ley de herencia que le hace hoy representante de la familia del Profeta, y explotando la superstición marroquí, intentó nada menos que levantar bandera de rebeldía contra el Emperador, haciéndose dueño y señor de la corona.

La situación crítica que le crearon esos intentos, en los que no pudo pasar del deseo, porque la realidad se impuso, hubiera acabado tal vez con las penas terribles que aquí se guardan para los que osan faltar á la autoridad suprema, si no hubiese solicitado y obtenido la protección de Francia.

Cuando el Emperador quiso castigar al sheriff de Wazán, se halló con que aquel rebelde se había envuelto prudentemente en los pliegues de la bandera tricolor, y

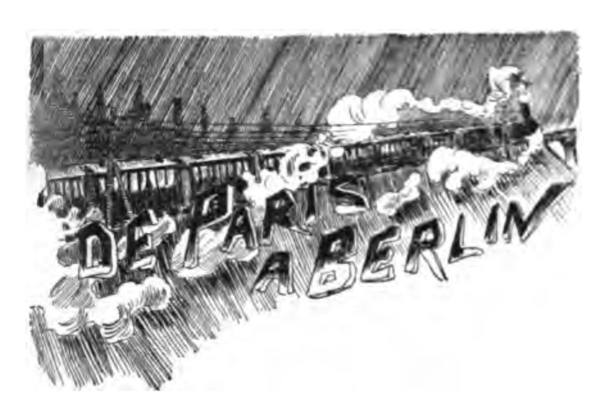
que un ministro había inscrito el ilustre nombre del sheriff en la lista de los protegidos franceses.

Si en cualquiera de los Estados del mundo, hasta en los más desorganizados y revueltos, aun en aquellos en que la rebelión es el pan nuestro de cada día, el motín la misión de cada semana y la insurrección el procedimiento de gobierno; si en cualquiera de estos países, digo, ocurriera un caso semejante, y la autoridad legal se encontrase, cuando fuera á poner su mano, llena de ira justa y vengadora sobre la cabeza del culpable, con que aparecía un embajador diciendo que antes de tocar á aquel ciudadano que había faltado á las leyes de su país era preciso atender á la amistad de la nación poderosísima, en cuyo nombre él estaba acreditado, ¿qué cosas ocurrirían? ¡Qué protestas levantaría la opinión! ¡Qué justa indignación experimentarían todos!...





# UN MES
# EN BERLIN




(MARZO DE 1887)

Cuando salí de París, el termómetro marcaba 13 grados bajo cero. Al atravesar la frontera belga empezó la nevada, y en todo el viaje no cesó ni un momento. El vapor se condensa en los cristales de las ventanillas, y el paisaje blanco huye á derecha é izquierda, desvaneciéndose tras la niebla y la nieve. El tren marcha con una velocidad de 70 kilómetros por hora, y sólo se detiene en las estaciones más importantes. Así pasamos por Bruselas, Charleroi, Namur y Lieja, sin poder distinguir la silueta de estas poblaciones. Un grupo de torres á lo le-

jos; centenares de altísimas chimeneas de fábricas, que humean, rayando con temblorosa línea negra un cielo que parece de cristal raspado: esto es todo lo que se ve en medio de la nieve que cae.

A las diez de la mañana llegamos á Herbestal. La aduana de Prusia envía á reconocer nuestros equipajes á unos cuantos gigantes vestidos fúnebremente de negro, con sus colosales gorras achaflanadas, de brevísima visera de charol. El tren continúa su camino, pasa por Aix-la-Chapelle (Aachen en alemán), y una hora más tarde estamos en Colonia. Un momento no más descubrimos las torres caladas de su famoso templo. Después, un soberbio puente de hierro tiende sus tres arcos de hierro sobre el Rhin, y atravesamos el río sagrado de las leyendas germánicas, lleno de barcos y animado por el trajín de un activo comercio.

Hay motivo para renegar de la velocidad y orar ante el dios del vapor para que detenga un punto el impulso jadeante de sus pulmones hasta dejarnos ver despacio la ancha y serena haz del río, y aquel elegante perfil de las torres de Colonia, que nos recuerda el de la catedral burgalesa. Pero el viaje sigue, la velocidad aumenta, y ya no es posible ni guardar en la memoria los de-

talles observados, ni hay tiempo de apuntarlos en la cartera; confúndense en la retina las estaciones, por las que pasamos sin detenernos.

La llanura se prolonga indefinidamente, y los campos de la Prusia rhenana dilátanse en vasta extensión, sólo accidentada por algunas ondulaciones. Düsselford, Duisbourg, Dormund, nos salen al paso mostrando hermosas perspectivas de industria y vegetación. Hay largas columnatas de chimeneas fabriles y grupos de altísimos árboles; edificaciones suntuosas, estaciones grandiosas de hierro y piedra, un ir y venir de trenes que marea y aturde y que pasan á nuestro lado por la doble vía como relámpagos, no distinguiéndose de ellos sino el ascua vivísima de la locomotora y la masa negra de los vagones.

A las siete de la tarde entramos en Hannover, después de recorrer las admirables campiñas de la Westfalia. Algún molino de viento hace girar sus aspas de lona, y parece ser lo único vivo en la vasta extensión nevada. Una inmensa impresión de dulce tristeza se apodera del alma. El crepúsculo va desvaneciendo líneas y contornos. La nieve cae sin cesar, y el frío aumenta. Van en el mismo vagón en que yo me hallo, un

ruso, que seguirá de Berlín á Odessa; dos oficiales de húsares, que se dirigen á Ber-



lín con motivo del jubileo imperial, y un secretario de la Embajada turca de Lon-

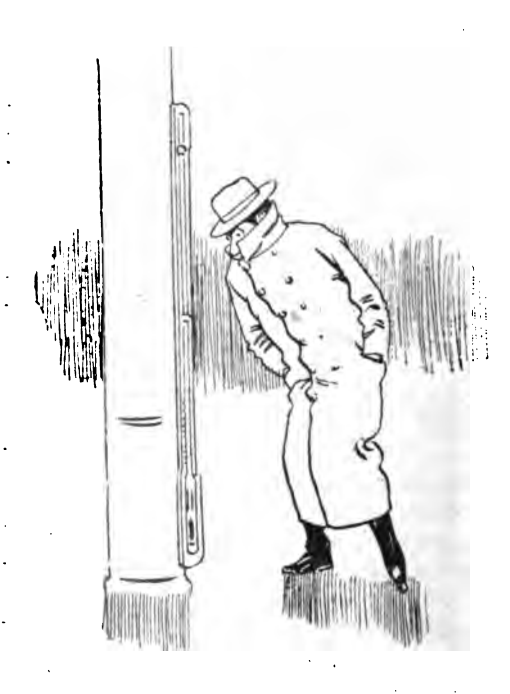
dres, á quien lleva á la capital alemana el mismo motivo. La confusión de lenguas añade nuevos motivos de tristeza al viaje, y la locuacidad española no halla medio de romper el silencio con tales compañeros de viaje.

La estación de Hannover es un poema de la industria. De elevadísima techumbre, de innumerables vías, contenía, al llegar nosotros, dieciséis trenes, y á cada momento uno de ellos se ponía en marcha y otro llegaba.

Miles de lámparas eléctricas, de arco voltaico ó incandescentes, poblaban el oscuro espacio de constelaciones luminosas. Ruedan sin ruido cientos de vagonetas que conducen los equipajes; vocean su mercancía muchachos ofreciendo al viajero cerveza, pasteles, carne fiambre y ¡cosa espantable con este frío!... sorbetes. Vendedores de periódicos pululan entre el concurso ambulante anunciando hojas escritas en todos los idiomas—menos en castellano,—desde el *Standard*, londonés, hasta el *Tagebat Berliner;* desde *Il Secolo,* de Milán, al *Golos* de Rusia.

*¡Einsteigen! ¡Einsteigen!* gritan los mozos de la estación. Esto dicen que quiere decir: "¡Al coche!„ Obedecemos, y vuelta á

encerrarnos en el vagón. Antes he tenido tiempo de mirar un colosal termómetro que hay en una columna de la estación. ¡Horror! ¡Marca 17 grados bajo cero!





## *Primer paseo por Berlín.*

A las once de la noche llegamos á Berlín, descendiendo del vagón en la estación de *Fiedrich Strasse* (calle de Federico). Es una estación colocada en un piso tercero. Los trenes pasan sobre *Fiedrich Strasse* á la altura de los tejados. Seis horas de sueño me dan el descanso necesario, y á las nueve de la mañana siguiente salgo del hotel.

El aspecto grandioso, monumental y severo de Berlín impone respeto. Las calles están nevadas. Coches de ruedas y trineos deslízanse silenciosa y velozmente sobre la blanca alfombra. Los ómnibus y tranvías pasan sin cesar por Friedrich Strasse. Con la febril impaciencia del viajero recorro las calles más céntricas y la gran avenida central de Berlín: *Unter den Linden* (bajo los tilos).

*Unter den Linden* es un amplio boulevard, cuyas dos calzadas adornan cuádruples filas de tilos. Por todas partes se ven magníficos edificios y tiendas lujosísimas. Pero reina en aquel movimiento humano y en aquel alarde de riqueza una falta de animación evidente. Puede decirse, después de recorrer Berlín, que la ciudad está concluída, el vecindario en sus casas y en las calles. Sólo falta un soplo divino que excite la vida, un rayo de sol que dé alegría al conjunto, un poco de fuego que funda estas nieves y cubra de hojas estos árboles.

No pretendo describir aquí Berlín, como si yo le hubiera descubierto; aun cuando son tan pocos los españoles que le han visitado, que no carecerán de interés algunos cuadros de la vida berlinesa. Sólo apuntaré algunas impresiones personales, mez-

clándolas al relato de las fiestas del jubileo que motivan mi viaje. Y antes de empezar, séame permitido delinear á vuelapluma el itinerario de mi primer paseo de curioso por calles y plazas, puentes y monumentos.

El río Spree, navegable en toda su extensión, divide á Berlín en dos fracciones iguales. Numerosos puentes unen las dos partes de la ciudad, siendo los más notables los de Alzen, Belle Aliance, de Moltke y del Castillo. Berlín ha crecido mucho desde que es capital del Imperio, y hoy cuenta con 1.300.000 habitantes. En su desarrollo ha seguido el plan trazado por Federico el Grande. Tiene 13 teatros, seis museos y 22 ministerios. Esta última cifra, que acaso bastaría á calmar las agitaciones de la política española, necesita su explicación. Prusia conserva los antiguos ministerios del reino, y además residen en Berlín los ministros del Imperio alemán.

Por todas partes estas hermosas calles ofrecen á la admiración monumentos recordatorios de sus glorias. El de Federico el Grande y el de Federico Guillermo III, son grandiosos. Además hay estatuas de Goethe, de Schiller, del Gran Elector, de los generales de 1813 á 1815, del barón Stein, de Schinkol, de Bruth y de los condes de

Brandeburgo. Treinta iglesias abren sus puertas al culto, y de ellas, dos, la de Santa Eduvigis y la de San Miguel, son católicas.

Son las doce. A esta hora se hace el relevo de la Guardia imperial. Todos los días el Emperador sale á la ventana de su gabinete á ver el desfile de las tropas. La gente acude á esta hora al Palacio á ver al anciano monarca, según antigua costumbre. Sigámosla nosotros.



*El Emperador.*

En efecto, á las doce había más de mil personas delante del Palacio viejo, donde el emperador Guillermo reside. Si se pueden escribir juntas las palabras "Palacio„ y "modestia„ á ningún otro corresponderán mejor que á la morada del Soberano alemán.

Es un edificio macizo, sin columnatas, con sencillos balcones de hierro. No ha querido jamás Guillermo, ni cuando era Príncipe, ni cuando Rey, ni cuando Emperador, vivir el gran palacio en el que la multitud amotinada humilló la altivez del rey Federico Guillermo IV. En su pequeño palacio vive el Emperador, ocupando un gabinete de piso bajo. El mueblaje de tal estancia, que es sencillo, puede verse desde la calle. Unos búcaros de cristal, en que florecen tulipanes y jacintos, adornan las ventanas. A la tercera, empezando á contar desde la esquina, se asomó, tras los cristales, el Emperador. La gente le saludó con un *¡hurra!* Él saludó y se retiró en cuanto las dos compañías de la Guardia hicieron el relevo.

Los noventa años de vida y luchas no han encorvado mucho al Emperador. Llevaba su cabeza cubierta con una gorra militar de paño, y se la quitó para corresponder á los vítores.

La sencillez de aquella escena impresiona vivamente. No se diría que aquel anciano es el dictador de Europa, sino un capitán veterano que, presenciando el desfile de la tropa, refresca sus memorias juveniles.

Su rostro largo y carnoso, sus blancas

vatillas, su frente espaciosa, la mirada azul, que centellea bajo los párpados gruesos y arrugados, las cejas pobladas, el gentil talle del anciano, quedaron grabados para siempre en mi memoria.

Aquél era el "Gran alemán„ como le llamá el pueblo; aquél era "el novio de Germania„ como le llama el himno bélico de los estudiantes.

La edad avanzadísima del Emperador, impide á la corte dar á las justas del aniversario 90 de Guillermo, aquel carácter de publicidad que la opinión deseaba. El sentimiento de adoración al Emperador es tan intenso, que apenas le concebimos nosotros los meridionales, acostumbrados á ver cómo un Gobierno cae, y una dinastía pierde el trono. Berlín deseaba manifestar al Emperador su adhesión, que más merece el nombre de idolatría, pero el anciano no podría resistir las fatigas y emociones del acto. Anoche estuvo en el teatro de la Opera Real (Oper-nhauss), durante un cuarto de hora, acompañado de la viuda del príncipe Federico Carlos. Observando de cerca al Emperador, causa maravilla cómo sus noventa años han respetado tanto aquella hercúlea naturaleza, dejándole para la edad caduca energía y fuerza. Anda aun cuan-

do lentamente, sin apoyo ajeno. No puede sufrir el peso del casco y lleva siempre una gorra militar, ni más ni menos que la de un soldado Vive frugalísimamente y duerme sobre un lecho de campaña, en el gabinete de trabajo, desde cuya ventana ve todos los días el relevo de la guardia del palacio. Es de advertir que esta guardia la hace una compañía de infantería, y que no hay en los alrededores del palacio, alarde de fuerza. Dos centinelas en la puerta principal, constituyen la única defensa del Emperador, además del amor de su pueblo, que es la defensa más firme.

La decadencia de la energía física del egregio anciano, no ha corrido parejas con su vida anímica, que es completa. Trabaja constantemente en la obra única de su vida: el ejército alemán. Él le ha formado laboriosamente. Su solo pensamiento, su solo desvelo, ha sido el ejército prusiano, primeramente; después el ejército alemán. Desde 1861, desde el día de su coronación en Koenisberg, pensó que los destinos de Prusia necesitaban un instrumento formidable, y emprendió su obra. Le han ayudado poderosos auxiliares: Moltke, Ausbenleben; pero la iniciativa, la tenacidad, la constancia, el amor pacienzudo que mina su obra,

la acaricia y la va cada día añadiendo un mérito, todo esto es gloria personalísima del rey de Prusia. No es el genio militar de Gustavo Adolfo, de Turena, de Federico II ó de Napoleón. Es sencillamente un organizador, un mecánico que monta el aparato, facilita el engranaje y función de las ruedas, y cuando está seguro de que ha de marchar bien, se la entrega al director de la fábrica. Porque es de advertir que el Emperador no dirige las operaciones militares. Se limita á vigilarlas, obedeciendo como el último soldado las órdenes del Estado Mayor.

La otra noche se celebró en el Palacio Viejo una fiesta muy característica de la corte de Berlín. Durante la Cuaresma, la Emperatriz celebra una vez por semana un concierto. Para tomar parte en ellos, vienen todos los años dos artistas españoles: Padilla y su mujer. Ambos ejecutan siempre música española, que obtiene un gran éxito. No se trata de los cantos populares andaluces, sino de las canciones de Iradier y de otros maestros de la época.

Terminado el concierto último, varias damas de la corte ejecutaron cuadros vivos, representando escenas populares del Tirol.

A las once había terminado todo; porque es de advertir que en Berlín, bailes y espectáculos, así los de la corte y la nobleza como los públicos, concluyen temprano. Los teatros comienzan sus funciones á las siete y concluyen á las diez y media.

Diariamente acuden á palacio, de ocho á nueve, algunas personas de la intimidad del Emperador á tomar el té.

A las diez se acuesta el Emperador, para levantarse á las siete, aún de noche en estos meses y en esta tierra.



## Berlín al sol.

Hoy ha amanecido el cielo limpio y el sol alegre. Las nieves se funden, y un ejército de obreros ha dejado durante la noche limpio á Berlín. Es una ciudad nueva. Sus amplias y larguísimas *strasses,* adoquinadas de madera, relucen como el parque de un salón de baile. Los escaparates de grandísimas vitrinas, las fachadas llenas de brillantes rótulos, el río Spree animado por flotillas de menudas embarcaciones; todo parece haber salido de la nada. Un poco de sol ha bastado á que Berlín aparezca á nuestros ojos tal como es.

Y le veo con su agitación de gran ciudad comercial infatigable. Todo es aquí más grande que en nuestro clima; los hombres,

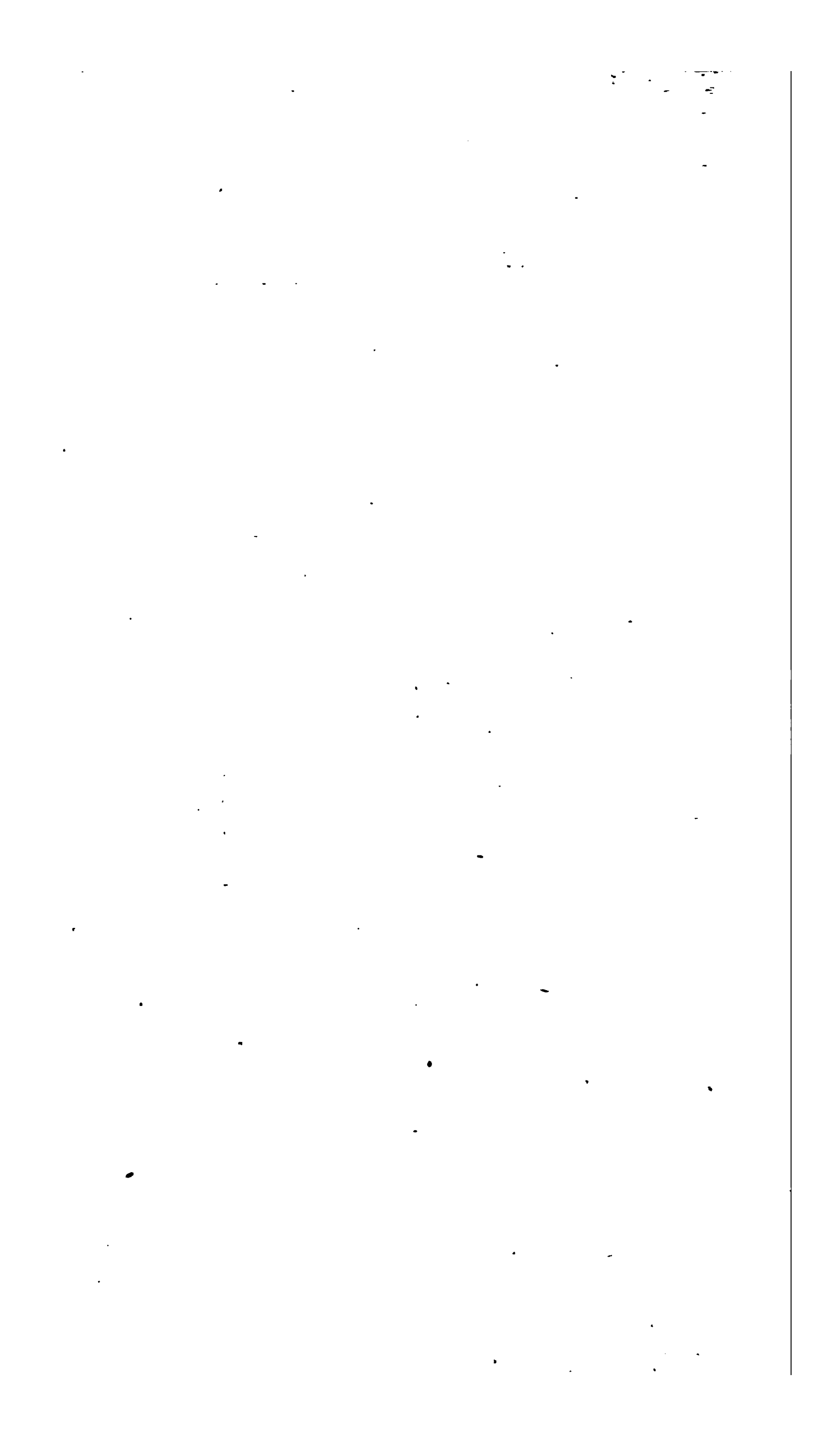
las mujeres, las casas, los salones, los coches de alquiler *(droshken),* los ómnibus, los tranvías y los caballos.

Entre el babilónico ir y venir de carruajes de todas las especies, circulan al galope pequeñas carretillas tiradas por perros. En las esquinas venden los periódicos, ofreciéndolos al transeunte sin gritar. No he visto esos puestos al aire libre, ese mercado ambulante que en París y en Madrid da á las calles más céntricas el aspecto del real de una feria. Abundan las tiendas de flores, y sus escaparates ofrecen en este clima húmedo y helado y en esta nebulosa atmósfera las perspectivas de la primavera. Hay un gusto exquisito en la exhibición de las flores, y constituyen motivo de un rico comercio y de una activa explotación.

Viendo estas hermosas avenidas y por todas partes hermosos edificios, la pregunta del viajero es ésta: "¿Dónde viven en Berlín los pobres?„ Hay motivo para dudar de que los haya. Pero anoche, cuando regresaba al hotel, he visto contestada esta duda. De una casa sacaban cuatro *polizais* el cadáver de una mujer helada. Su rígido cuerpo, el crispamiento de sus manos, la horrible torsión de sus ojos, constituían un espantable conjunto... Sí; hay pobres, pobres

que se mueren de frío. ¡Oh! ¿No es verdad que es cosa de cambiar la mitad de los esplendores de Alemania por aquel sol de nuestra España, que nos hace tan impresionables y tan vehementes, pero que nos calienta de balde?

Muchos edificios públicos han aparecido hoy adornados. El gusto de la decoración es aquí exquisito. En vez de las horribles colgaduras, de los palos vestidos de percalina y de las chocarreras guirnaldas de faroles, aquí se ostentan bellos mástiles torneados y adornados de figuras alegóricas; preciosas combinaciones de escudos y banderas, y estatuas de yeso que, en gracia y majestad, no tienen nada que envidiar á los esplendores de una decoración definitiva.. La Universidad y otros edificios situados frente á la estatua de Federico *el Grande,* una de las más hermosas creaciones de Rauch, ostentan festones de luces y gallardetes, coronas de roble, panoplias de antiguas armas, y otras galas semejantes.



## *Una anécdota de Krupp.*

Hace pocas noches asistía Krupp en la Ópera á la representación de una obra en que se simula un combate de artillería. El amor á la verdad hace que en estos teatros de Berlín estas escenas bélicas se representen muy á lo vivo. Cuando iba á empe zar esto, Krupp se salió del palco. Un diplomático amigo mío le preguntó por qué-

—Es que me molesta el ruido de los cañonazos.



## *Una fiesta imperial.*

La providencia de los corresponsales, tomando la forma de un distinguido compatriota, me facilitó el medio de entrar en el palacio imperial. A las siete recorría las

calles en demanda del viejo *schloss*, atravesando la nube de agua que se deshacía sobre Berlín. Por todas partes fosforescía la iluminación, reflejándose en largas y ondulantes líneas de fuego sobre el pavimento encharcado.

Las fachadas resplandecían. El gas, la bengala, la luz eléctrica, la antigua antorcha y el moderno arco voltaico, gigantescos pinos embreados y pequeñísimas lamparitas incandescentes que dibujaban en la oscuridad letras, cifras y emblemas: todos cuantos medios ha inventado el hombre para iluminar las tinieblas, hacían de Berlín una ciudad incandescente.

El castillo ó palacio imperial, ó *schloss*, es un antiguo edificio cuya parte principal construyó el elector Federico II. Causan pavor sus altos y negros murallones; dan miedo sus inmensos patios empedrados; inspiran antipatía sus pequeñas ventanas y sus tétricas torres, que elevan sus agujas á mucha altura. Más parece prisión de Estado que lugar de imperiales fiestas. En vez del cortejo fulgurante de damas, espérase hallar en las estancias del negro alcázar escenas lamentables de suplicios y muertes, y acaso al subir las entornilladas escalinatas el rumor de la plebe que aguarda al

Emperador, recuerda el popular furor de las luchas religiosas, cuando católicos y hugonotes chocaban en tremenda tempestad de hierro y sangre. El frac me parecía impropia vestimenta para presenciar la fiesta, como que el numen del alcázar pedía, para todo el que le visitase, armadura de acero y el montante de Carlos V.

Bien pronto, sin embargo, la fascinación cesó. Al pasar el vestíbulo, lleno de gigantescos lacayos vestidos de oro y cuyas piernas ciclópeas desaparecían bajo polainas de armiño, me encontré en la tibia atmósfera iluminada entre uniformes brillantísimos, entre caras sonrientes. La fiesta iba á empezar en breve; el Emperador era esperado de un momento á otro. Había llegado la ocasión de ocupar mi puesto en una pequeña tribuna alta, desde la que, en compañía de cuatro periodistas alemanes y un corresponsal inglés, iba á asistir á la fiesta más importante que en nuestra generación ha dado un monarca.

Sentado en mi observatorio, la cartera abierta, el lápiz en la mano, mi atención se fijó en la sala, mientras mi memoria evocaba recuerdos y fechas. Mis ojos veían la "Sala blanca" adornada con doce estatuas de los electores de Brandeburgo, y una

magnífica "Victoria„ debida al cincel clásico de Rauch. En el fondo estaba el teatro, muy modesto por cierto, y poco artístico en verdad. El telón era una tela plegada, y delante, sentados ante diez atriles, otros tantos músicos. El resto de la sala ocupábanla 15 filas de butacas rojas, que formaban un conjunto de 400 asientos.

Las dos primeras filas destinábanse á la familia imperial y á los príncipes, sus huéspedes de hoy. Quince arañas de cristal sostenían millares de bujías apagadas, y quinientas lámparas eléctricas encendidas. Cinco pajes de Corte ocupaban las entradas, destacándose sobre los altos cortinones de terciopelo sus siluetas juveniles, sus cabezas rubias y sus trajes blancos.

Mi memoria me recordaba en tanto la accidentada historia del anciano Emperador, que en breve iba á presentarse como astro rey de una corte de reyes. Pasaban rápidamente por mi memoria su triste infancia en Kœnigsberg, cuando los franceses eran dueños de Berlín; su gestión política como presidente del Consejo de ministros de su hermano el rey de Prusia, Federico Guillermo IV; su huída de Berlín el 22 de Marzo de 1848;—anoche se cumplió también su aniversario—cuando el pueblo le

arrojó de la capital; sus luchas con el Parlamento; su advenimiento al trono; sus campañas de Dinamarca y Austria; y, en fin, su triunfo sobre Francia y su proclamación de Emperador. Llegar á los noventa años después de haber visto humilladas tantas altiveces, vencidos tantos enemigos, cambiados los sentimientos de su pueblo, de odio en amor, y la revolución suavizando sus fierezas hasta trocarse en glorificación y apoteosis, es algo grande capaz de llenar de supremas alegrías el ocaso de una vida.

—

Vino á sacarme de estas reflexiones un ujier, que me entregó el programa de la función. Excepción hecha de una escena de *Tannhausser,* todo lo demás era español. Un cuadro vivo representando la célebre escena de Carlos V en casa del rico Tugger; una escena del *Don Carlos*, de Verdi, en que intervenían Isabel de Valois, la princesa de Éboli y el marqués de Poza; una escena de *Don Juan,* en que figuraban el héroe de las aventuras amorosas Leporello, doña Elvira y doña Ana; y, por fin, un *Fandango,* tocado por la orquesta mientras el

cuerpo de baile ejecutaba la clásica danza española, y cuadros vivos de la antigua Sevilla. Tal era el programa.

Entraban ya en la sala damas y personajes. Uno de mis amables compañeros de tribuna, redactor del *National Zeitung,* me iba diciendo nombres, y muchos de ellos respondían en mi memoria á ilustres personas cuyos hechos, conferencias y viajes ocupan el telégrafo á diario. Ví al conde Herbert Bismarck, hijo del Canciller y secretario del Ministerio de Negocios Extranjeros. Es joven, gigantesco, rubio, de largos bigotes, á lo Víctor Manuel, y luce con orgullosas actitudes su uniforme azul de la Guardia. Estaba sentado cerca del enviado del Papa, monseñor Gallimberti, con quien conversó toda la noche, á lo que parece, sobre asuntos bien ajenos á la fiesta imperial.

¿Y el Canciller? ¿Dónde está? ¡Ah! Bismarck no viene nunca á las fiestas de la Corte. Odia la etiqueta, y después de haber hecho el Imperio—una cosa tan grande,—le parece ridículo transigir con las frivoli dades palatinas—una cosa tan pequeña.—El tratar con respeto y acatamientos á esta lechigada de príncipes mediatizados, á los cuales él ha cortado el uniforme á su gusto, fijándoles sueldos y rango, como haría con

su servidumbre, le excita y le pone nervioso. No olvida su origen algo plebeyo, y ésta es su mejor gloria.

Todo el salón estaba lleno. La muchedumbre de damas con sus elegantes trajes; el lujo de la pedrería y la riqueza de los adornos, necesitarían una pluma ducha en describir estos cuadros *Fortunianos,* para lo que me declaro incompetente. La variedad de uniformes constituía un conjunto encantador. El general Córdoba y el conde de Benomar, con los oficiales Sres. Sánchez, Miláns y Planas, representaban las armas y la diplomacia españolas.

Aquí se destacaba una cabeza cubierta por el caftán turco; más allá un diplomático del Celeste Imperio con su chichonera de cautchuc; en este lado un grupo de chambelanes de Palacio con sus pechos surcados de seis galones de oro; en otra parte se veía el rojo uniforme de los húsares de la Muerte; y, en fin, en todas partes trajes diversos, colores diferentes, condecoraciones de todos los países, rostros característicos de todas las razas, ancianos cuya vida se destaca en la historia moderna; jóvenes á cuyas sienes puede bajar una corona el día menos pensado: el almanaque Gotha, animado y vivo.

Muchas damas lucían entre sus adornos la flor favorita del emperador: la *Kormblum,* parecida á la minutisa de los jardines castellanos, y que diariamente se ve en un florero sobre la mesa de trabajo del Soberano alemán.



A las nueve, un golpe dado por el gran chambelán sobre el parquet, anunció la llegada de la familia imperial. Todos se pusieron en pie. Apareció primero la Emperatriz, apoyada en el brazo de su nieto el príncipe Guillermo, hijo mayor del Kronprinz. La augusta dama, muy encorvada por la edad y los padecimientos, avanzó lentamente, sostenida sobre un bastón negro y colgada del brazo de su nieto, el cual, vestido de húsar, repre-

senta un admirable tipo de belleza varonil.

La Emperatriz llevaba sobre sus cabellos una corona de brillantes de valor incalculable. Detrás entró el Emperador con paso firme, seguro y desembarazado, llevando el uniforme de gala de los guardias de Corps, casaca roja y pantalón blanco, en la mano izquierda el casco, y conduciendo del brazo derecho á la reina de Sajonia. Después aparecieron el rey de Sajonia con la reina de Rumanía; el rey de Rumanía con la princesa imperial; el archiduque Rodolfo con la gran duquesa de Sajonia Weimar; el príncipe heredero de Suecia con la gran duquesa Wladimir; el príncipe real de Dinamarca con la princesa real de Suecia; el gran duque de Sajonia con la esposa del príncipe Guillermo, y, en fin, todos los príncipes alemanes y extranjeros que han acudido á las fiestas del Emperador.

El Emperador se sentó en el centro de la primera fila, teniendo á su derecha á la reina de Sajonia y á su izquierda á la reina de Rumanía. Empezó la representación.

—

Mi atención iba del escenario á los espectadores, y en verdad que, excepción hecha de nuestro compatriota Padilla y de su esposa, la señora Artot, no eran dignos de tan ilustre concurso actores ni espectáculo. La música era mediana; las bailarinas regulares, y los artistas de poco mérito. El *fandango* pareció agradar mucho á los señores, y las escenas andaluzas, poco exactas y poco interesantes, reproducían, más bien que la realidad, las ilustraciones románticas de Gustavo Doré. Dividióse el espectáculo en dos partes, y en el entreacto, mientras se servían helados sólo á los príncipes, el Emperador recorrió el salón, conversando con las damas, á quienes saludaba risueñamente, estrechando sus manos y manifestando la mayor alegría. Es asombrosa la vitalidad que revela el venerable anciano; y á no verlo, había motivo para creer que estos encarecimientos eran optimismos de imperialistas entusiasmados.

No sólo por el puesto de preferencia que ocupaba, sino por su elegancia y hermosura, se destacaba entre todas la reina de Rumanía. Más conocida es en el mundo por su seudónimo literario: *Carmen Silva*, autora de novelas y poesías, conoce el castellano, sigue con cuidado el movimiento de las

letras españolas y dedica muchas horas al estudio, sin haber adquirido por eso la antipática fisonomía de un *bas bleu*. Es gentil



y airosa como una madrileña, y tiene en sus grandes ojos negros y en el corte de su ros-

tro encantador mucho de la raza hispana, de cuyas artes é historia es apasionadísima. En el trono de Rumanía no es, sin embargo, completa la dicha. Los reales amores no han tenido fruto. Recientemente, para prevenir el caso de la sucesión, y con anuencia de la Cámara rumana, los Reyes han adoptado como hijo al príncipe Leopoldo Hohenzollern, candidato que fué al trono de España.

En medio de la infinita diversidad de uniformes, se destacaba el hábito cardenalicio de monseñor Gallimberti. Llevaba el enviado pontificio la insignia de la Orden del Aguila Roja, y su aspecto no tiene nada del austero y seco perfil sacerdotal con que sueñan algunos místicos. Es grueso y alto, de ademanes desenvueltos, conversación verbosa y jovial, y mirada inteligentísima.

No parecía hallarse en modo alguno contrariado ante aquel despliegue de mundanas pompas.

La nota más importante de la *soirée* fué la conversación del Cardenal con el hijo del Canciller. Todo el mundo se ocupó de ello y lo comentó á su modo.

En uno de los ángulos del salón, en silla aislada, estaba el conde de Moltke.

Su pelo blanquecino, su rostro afeitado y austero, más propio para el hábito de Gal limberti que para los marciales arreos, su silencio y su inmovilidad, causaban impresión muy extraña.





## El ejército alemán.

La paz y la guerra alternan, cubriendo de sonrientes perspectivas ó de negras tintas las hojas de la diaria crónica. Es natural, pues, que el objeto de preferente interés y el motivo de la primera curiosidad en quien recorre Alemania, sea el ejército alemán. Es el último que ha vencido sobre el

Continente, y el depositario de las coronas y trofeos que la gloria militar entrega á los que han triunfado, para recogérselos el día de la derrota.

No he de consignar observaciones técnicas: sólo apuntes, impresiones, rasgos que pueden contribuir á dar la línea principal de una silueta del soldado alemán.

Es el primer ciudadano del Imperio. Su persona obtiene todos los privilegios y todas las simpatías. Alemania le mima, le agasaja, le colma de atenciones, con la única condición de que sea perfecto. No se le pide talento, sino paciencia; no se le exige heroísmo, sino disciplina.

Todos sus actos en la paz y en la guerra, en el cuartel y en el campamento, están previstos. No hay paso, ademán ni gesto que no esté reglamentado. Por eso la instrucción es lenta, trabajosa, horrible. No se respeta el cansancio, ni se tiene en cuenta la salud. Es preciso llegar al ideal que hace del hombre una máquina, y el sargento mayor es responsable si mañana falta en aquel ser, alguno de los tornillos ó ruedas que la ciencia mecánico-militar tiene decretados para conseguir la metamorfosis. Moltke ha pronunciado una frase que sintetiza el pensamiento de tan minuciosa instruc-

ción. "Es preciso que el día de la lucha, cada actor sepa bien su papel. En el teatro de la guerra no puede haber apuntador."

No se pretende sólo que el soldado alcance el máximum de conocimientos militares; además, se le exige el máximun de resistencia. Una mujer ha escrito también otra frase muy significativa: "Alemania—ha dicho Mad. Stael—quiere que sus soldados sean vigorosamente sumisos."



El ejército alemán es la obra personal del emperador Guillermo. Y su programa ha sido éste: "fuerza material, fuerza intelectual, rapidez de acción."

Ha convertido en soldados á todos los alemanes; ha hecho adorar el marcial uniforme como el símbolo de la dicha y la glo-

ria de la patria. Para el doctor de Bonn como para el mercader de Berlín; para el agricultor de la Pomerania como para el cervecero de Munich; para el marinero del Rhin como para el herrero de Essen; para el banquero judío de Colonia como para el católico de Hannover, el recuerdo del uniforme militar es motivo de alegría, y en la juventud se espera con impaciencia el clarín que ha de llamar á las armas, y en la vejez se conserva con orgullo el casco y el fusil de la campaña pasada. Desde la capital hasta la última aldea, un telegrama recibido del Estado Mayor, el redoble de tambor resonando en las calles, formará el nuevo ejército instantáneamente. Cada alemán sabe dónde debe ir por su uniforme y su fusil, la estación en que ha de congregarse su cuerpo de ejército, el número de hombres que han de ir en cada carruaje, y hasta los puntos en que una administración militar, que parece mágica por lo previsora, ha de repartir las vituallas.

En la campaña francesa, el Estado Mayor, observó que la infantería no había respondido del todo al ideal que respecto de ella se había concebido. Por eso, desde entonces, se ha dedicado con particular obstinación á mejorarla. Pocas leyes, pocos re-

glamentos, órdenes lacónicas, claras, impresas con gruesas letras y repartidas profusamente, comunicaron las reformas; y antes de que la paz fuera un hecho, ya estaba el ejército alemán enmendando sus errores, aumentando su rapidez y su precisión.

Una de las cosas que más sorprenden en Berlín, es ver cómo aquellos hombres gi-



gantescos, cachazudos, que beben su cerveza en el café Baüer, leyendo el *Berliner Tageblat* ó la *Post*; que andan despacio y hablan con fría calma, pueden convertirse

en soldados ágiles que devoran el espacio en las rapidísimas marchas militares.

En efecto: el cambio es harto brusco para que no sorprenda. El alemán pacífico es un ser lento. En cuanto se viste el uniforme adquiere los veloces movimientos de una tropa de guerrilleros meridionales. Observando esto M. de Lesseps, ha dicho hace poco: "Indudablemente, á estos hombres les ponen charreteras de vapor."

Lo que sí es indudable, es que esas charreteras gruesas y de ancho junquillo, que adornan todo uniforme militar de Alemania, son aquí un distintivo estimado como una condecoración rusa para un francés. En las tarjetas de algunos hombres de alta posición social, banqueros acaudalados y profesores de Universidades, se ostenta como principal motivo de gloria, después de su nombre, este título, por ejemplo: "Subteniente de la Landwer."

Es frecuente ver desesperados á los jóvenes porque no les ha llegado ó les ha pasado su número para entrar en el ejército permanente, y cambian con júbilo las comodidades de su casa y su fortuna por el rancho pobre del soldado y las rudas faenas del ejercicio; su bastón de paseo por el pesado fusil de repetición, y las veladas

berlinesas en torno á la mesa de una *brassrie*, donde Gretchen canta sus himnos de amor, groseros y alegres, por la vida monacal del cuartel, toda llena de austeridades y privaciones.



La juventud alemana es esencialmente militar.

La Universidad de Heidelberg y el cuartel de Spandau—el Vicálvaro de Berlín—tienen secretas relaciones. Los cintarazos de la vida escolar anuncian el ejercicio de las armas; el gorrillo escolar, de paño azul y galoneado de delgada cinta de oro, predice el casco, y para descansar de las recitaciones del Derecho romano se entona el himno militar. La nostalgia del campamento inquieta los sueños de amor de la adolescencia. El decrépito Fausto, apenas se rejuvenece, echa mano á la espada y

piensa en las glorias del capitán triunfante. Una vez más, en esto, Goëthe ha sorprendido el espíritu de sus compatriotas.

En las supremas dificultades de la instrucción, en las asperezas del oficio militar y en los desmayos que impone á los más tenaces aquella persistente faena que va convirtiendo á los hombres en máquinas y va adhiriendo con soldadura duradera las manos al fusil, todos piensan en el concurso de supremas deidades que allá arriba, con celeste inteligencia, disponen de los destinos de Alemania. El Olimpo germánico no lo

componen los Mommsen, los Nanke ó los Helmholtz, ni los otros sabios reformistas de la historia y la ciencia; le constituyen unos cuantos ancianos, vestidos de militar uniforme, que se reunen cada semana en un oscuro y misterioso salón del palacio del Estado Mayor. Aquella Comisión, que preside el conde de Moltke, es el alma del país Excepto Bismarck, para quien no es otra cosa que un instrumento, para todos los alemanes, incluyendo al Emperador, es la encarnación de los antiguos hados.



El destino de Alemania, su gloria presen-

te, su salud futura, todo depende de aquel núcleo de sabios de la espada, de aquella Sorbona de Marte. Es tanta la confianza que el Estado Mayor alemán inspira á su pueblo, que por grandes que fuesen las dificultades del país, una ciega confianza en el acierto de aquellos ancianos animaría á todos.

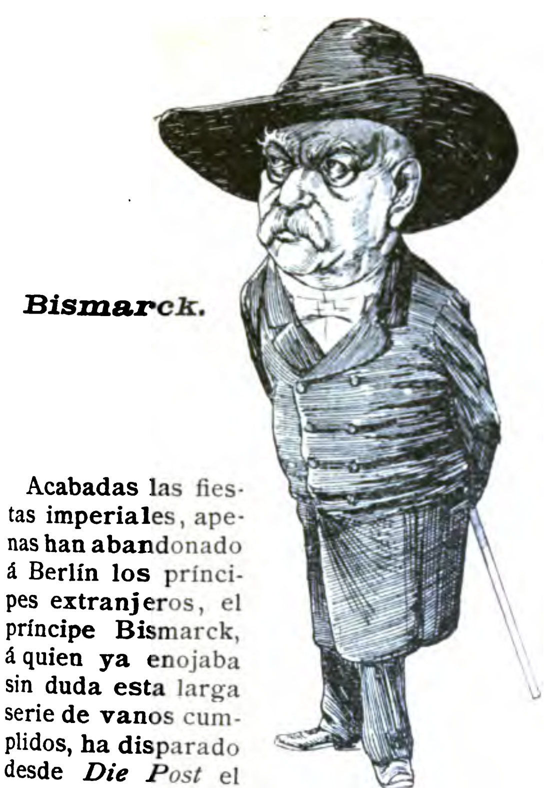
Nada expresa mejor este sentimiento nacional como un supuesto diálogo entre un berlinés y un parisién, que sirve de leyenda á una popular caricatura: —"Os venceremos - dice el francés. —No,—responde el alemán.—Os destruiremos.—No.—Contamos con Dios.—Bien, ¿y qué?... Nosotros contamos con nuestro Estado Mayor."

El conde de Moltke vive ensimismado en su obra. Asiste á las fiestas palatinas y á las recepciones, pero no habla. Es misántropo, poco comunicativo y huraño. Hace algunos años se le ocurrió que, si él moría, pronto Alemania necesitaría otro jefe de Estado Mayor, y buscó con inquietud alguien que le sucediera. Entonces nombró su adjunto al conde de Waldersee, y éste parece ser el futuro Moltke. ¡Singular pueblo el alemán que, en fuerza de método y de ciencia, quiere vencer la ley

humana que hace suceder á los genios de nulidades y pone en la cuna de los Césares el aborto de las legiones indisciplinadas!



**Bismarck.**



Acabadas las fiestas imperiales, apenas han abandonado á Berlín los príncipes extranjeros, el príncipe Bismarck, á quien ya enojaba sin duda esta larga serie de vanos cumplidos, ha disparado desde *Die Post* el primer cañonazo de alarma. El estampido ha resonado en todo el mundo, y la figura del Canciller ha vuelto á aparecer en pri-

mer término. Durante las fiestas sólo se presentó en tres ocasiones: para recibir y obsequiar á monseñor Gallimberti, para dar su acostumbrado banquete al cuerpo diplomático acreditado en Berlín, y para saludar á los estudiantes el día de la grande manifestación escolar.

Ahora que las nieves han desaparecido de Prusia, el canciller ha salido de Berlín, volviendo á Varzin, donde vive á su gusto, compartiendo su día entre la lectura de la prensa, el despacho de los asuntos, que hace por medio del telégrafo, y el paseo por el campo. ¿Quién había de imaginar que era Bismarck aquel hombre, de pelo blanco, cejas rizosas y andar rápido, que va por los senderos solo, apoyándose en un garrote, embutido en largo levitón negro y cubierta la cabeza con ancho sombrero deforme? Alguien que le ha encontrado ha creído que era un propietario rural que iba á reconocer sus bosques el día antes de empezar el carboneo. En efecto: ved á Bismarck. Se detiene ante ciertos árboles añosos, los examina con atención, y después de verlos rama por rama, saca del bolsillo un pedazo de tiza y raya de blanco el tronco. Ya se sabe lo que aquello quiere decir. Al dia siguiente el hacha cercena el árbol. Da Bismarck á

estas operaciones rústicas la misma importancia que á su gestión política, que suele abatir algún trono y cercenar los destinos de un pueblo, como abate y cercena los troncos viejos de su parque.

En él es donde se halla el canciller de hierro á su sabor. Es esencialmente burgués, y hace ostentación de serlo, sin duda para adular los sentimientos de las clases media y popular, que ve con orgullo cómo domina en el mundo un hombre que desprecia á los príncipes. Cuando le hicieron conde, después de la campaña de Bohemia; cuando le hicieron príncipe, después de la guerra de Francia, escribió de su propia mano debajo de los escudos recién pintados que le ofreció en marco de oro el comercio de Berlín, estas dos palabras, que indican el más grande orgullo: *Nominor Bismark*. Fuma en pipa, llena de tabaco de hebra, y bebe vino del Rhin á todo pasto, como un propietario de costumbres modestas, sin admitir en su comida ordinaria el lujo de una marca francesa. Alguien le hablaba un día de su antipatía á las galas de la corte y de su odio á los usos del gran mundo. Él contestó: "Sí; ya sé que á las damas les causo horror. Pero decidles de mi parte que si yo me perfumase, ellas seguirían formando

la corte de un Rey pobre.„ Recuerda con gusto la antigua cortesanía prusiana, no exenta de libertades, como en tiempo de Federico Guillermo I, que recibía á sus amigos en ahumado gabinete, y allí, depuestas las etiquetas, corría de mano en mano el jarro de cerveza y se fumaba la pipa tradicional cantando el *lieder* de la juventud, en que se mezclan los donaires del cuerpo de guardia y las chanzonetas de la orgía estudiantil.

Bismarck padece una grave enfermedad. Los constantes trabajos desarrollaron en en él una excitación nerviosa que le impedía dormir. Inútilmente acudía al lecho; éste le arrojaba de sí, y obligado por el insomnio, volvía á su gabinete de trabajo. Bien puede decirse que la falta de sueño del Canciller ha quitado la gana de dormir á muchos hombres. El médico Schnowerin se dedicó á curar al Canciller. Le prohibió el uso del vino, del agua y de la cerveza en las comidas; le prohibió el paseo á caballo, y en dos meses dejó sano á Bismarck.

Pero aún más que el ¡médico, ha curado al Canciller el campo. Más que nunca ahora siente el gusto de la vida campestre. La horticultura le encanta; y tan contento como cuando vence alguna grave dificultad polí-

tica, estaba en la pasada primavera por haber conseguido aclimatar en su huerta cierta rara especie de col de Bruselas que hace papel muy importante en los usos de la cocina alemana.

Bismarck estudió en la Universidad de



Gœthinga, y en ella figuró como uno de los más revoltosos escolares; siempre la espa

da al viento, siempre comprometido en duelos y aventuras, de los que le queda, como perenne memoria, una cicatriz en el rostro.

Ha conservado el modo de ser especial y originalísimo de aquella docta chusma, tan semejante á las clásicas hordas de Salamanca y Alcalá, retratada en algunas de las obras de Cervantes y Quevedo.

A los treinta y siete años era representante de Prusia en la Dieta de Francfort, y de entonces data una anécdota muy vulgarizada, que le dió á conocer en el mundo diplomático como un carácter independiente. El conde de Thurn, embajador de Austria, presidía la Dieta, demostrando el desprecio más grande hacia los representantes de los Estados pequeños. Un día el conde recibió á los representantes sin levantarse, y fumando un cigarro. Bismarck se acercó al de Thurn y le pidió fuego; encendió su pipa y asistió á la Dieta fumando, entre el asombro de los circunstantes, que no se explicaban aquella osadía.

El cuidado que dedica á la prensa y la importancia que da á su misión, contrasta con el desdén de otros personajes microscópicos que necesitan despreciar lo grande para parecer menos pequeños. En el Ministerio de Negocios Extranjeros de Berlín

hay un negociado en que se extracta ó se traduce todo cuanto cualquier periódico importante del mundo dice sobre política exterior. Bismarck mismo examina la prensa alemana y francesa, y con un largo lápiz, encargado por él á la fábrica Faber, y al que ha dado nombre, apunta algunas palabras. Es una indicación que poco después se traduce en un artículo de la prensa de Berlín ó de Colonia. Un biógrafo ha dicho que este lápiz era la varita mágica con que el Canciller fascinaba y hacía bailar á los reptiles. Ciertamente, el fondo de los reptiles no es ajeno á las relaciones que median entre Bismarck y algunos periódicos.

Es sabido que la renta patrimonial del reino de Hannover, no admitida por el anciano monarca, que prefirió vivir en París sin trono á admitir la imposición del Imperio nacido en Versalles, asciende á una suma anual de 10 millones de reales. Esta es la cantidad que se emplea en pagar la prensa oficiosa. Tal es el fondo de los reptiles.

Hoy Bismarck parece poner toda su atención en desagraviar al Vaticano, lo cual demuestra que si sabe avanzar sin miedo, sabe retroceder sin amor propio. Cuando promulgó las leyes de Mayo, declarando la guerra moral al Catolicismo, dijo:

"No iré á Canosa.„ Pero parece que los dictadores de Alemania están destinados, por secretos designios, á recorrer el camino del arrepentimiento. Bismarck ha sabido cubrir las apariencias. No ha ido á Canosa pero ha traído Canosa á Berlín.

Aunque no es hombre de detalles, le enoja mucho que se le haya atribuído por los escritores meridionales la paternidad de la frase: *La force prime le droit*. Afirma que esta frase no es suya, sino de Voltaire. Lo cierto es que si el buen Arouet la dijo, el Canciller de hierro la ha ejecutado.





## Las noches de Berlín.

Las fiestas y el modo de divertirse un pueblo le pintan, tal vez mejor que su historia, porque ésta sólo narra los hechos públicos, las batallas y las glorias, mientras que las preferencias de cada raza por un espectáculo habla de sus pasiones y de su

cultura, revelan el secreto de su corazón y de su entendimiento.

Berlín, á primera vista, es un pueblo exclusivamente militar é industrial. La guerra es la primera de sus industrias, y la industria una manera de hacer la guerra á sus adversarios. Pero nadie imaginaría que tan sesuda raza emplea sus noches en divertirse; de tal modo, que no se sabe cómo, empleando su día entero en trabajar, pueda quedarle tiempo para dormir.

A las siete de la tarde empiezan los teatros. ¿Cómo tan temprano? Es que estas gentes no gustan de perder su tiempo, y apenas abandonan su oficina ó su fábrica, comen, y en cuanto comen, salen para el teatro, para salir del teatro, con dirección al lecho, de diez á diez y media de la noche. He aquí lo que piensa el extranjero.

Pero no es así, porque desde las diez de la noche en adelante empieza la vida de los cafés, y se prolonga hasta la madrugada. París duerme desde la una de la madrugada. Madrid se acuesta á las dos. Berlín duerme una hora menos. A las tres de la madrugada, cafés y cervecerías están llenos de gente, iluminadas sus fachadas y sus vitrinas, y animadas sus salas con el bullicio de las conversaciones y con el ir y venir de

los mozos cargados de bandejas. Los españoles tenemos en Werter y en Carlota una idea falsa de la sociedad alemana. Los idealismos purísimos del hijo de Gœthe y las supremas honestidades de la hermosa Carlota, no son la realidad. El amor hace sus correrías por los corazones de los buenos berlineses, y no va sólo Cupido, sino que Venus le acompaña, y Baco le da la escolta. De donde resulta que las noches de Berlín dejan atrás á las del París del Imperio y revisten un particularísimo carácter de costumbres libres y de fáciles placeres.

En España no conocemos de Alemania sino el lado glorioso: las victorias de Moltke, los triunfos de Bismarck, los cañones de Essen, la filosofía, la música. Pero no sabemos que Berlín es una de las poblaciones menos morales que existen, dando á la palabra *moral* el concepto ordinario de ascetismo, regularidad de vida, virtud femenina, y sobriedad masculina.

—

Entre los teatros de Berlín ocupan los dos primeros lugares *Opernhaus* y *Schanpielhaus*. La Ópera Imperial es un teatro mediano, bien alumbrado, pero sin brillantez. Las damas no van vestidas con lujo, sino

con modestos trajes, y los caballeros prescinden del frac. Cantan en alemán, y Wagner, como es natural, entretiene la mayor parte de las veladas.

*Schanpielhaus* (Comedia Real) es el teatro clásico de drama y comedia. Schiller es el rey de este teatro, y con frecuencia se representan allí obras clásicas del teatro español. Una de las que más éxito obtienen es *El Alcalde de Zalamea.*

Uno y otro teatro son propiedad del Emperador, que tiene un chambelán encargado de contratar los actores y cantantes, escoger las obras y buscar las novedades que sean del gusto público.

*Deutsches Theater* es el teatro de comedia moderna. *Walner Theater* es el de las revistas y piezas ligeras de gusto berlinés. *Victoria Theater* se dedica á las *feeries* y obras de gran espectáculo. La lista de los demás coliseos es demasiado larga. Su número es de 26. Sin embargo, citaré uno, cuyo nombre es lo único notable que tiene para nosotros. Se llama *Newesfriedrichwilhelmstædischesteater.* Un teatro cuyo nombre consta de 40 letras, merece, por lo menos, una visita del extranjero.

La mejor compañía dramática de Alemania es la del duque de Mainingen. Este li-

najudo potentado, que es muy joven y posee una ilustración poco común, se paga y se cobra el gusto de tener una compañía de excelentes actores, escogidos con exquisito cuidado, y que representan las obras más notables de Francia y de España. Ahora ensayan *El Gran Galeoto,* de Echegaray. Nuestro insigne dramaturgo goza en Alemania de gran reputación (1). La obra cuyo estreno se prepara en Berlín ha sido representada, con gran éxito, en el teatro *Lindau de Bonn.* Durante el invierno, la compañía de Mainingen representa en Berlín, y después recorre las principales poblaciones del Imperio.

—

En Berlín hay una gran afición á los cuadros vivos. La escena final de todas las obras que se representan es un cuadro vivo. Los actores se quedan durante algunos instantes en la actitud final del acto, y mientras el telón desciende lentamente, varios refractores de luz eléctrica iluminan el escenario con vivísimos resplandores.

No va allí la gente al teatro á ser vista,

(1) Esta obra y otras más de Echegaray han obtenido grandes éxitos, y forman en el repertorio de la compañía de Mainingen.

sino á ver, por lo cual, al empezar la función, la sala se queda casi á oscuras y el escenario es el único punto luminoso. Verdad es que las damas han dejado en el guardarropa sus abrigos y sus sombreros y no van engalanadas como para una fiesta, sino con el modesto pergeño de beatas que acuden á una novena. En los entreactos, caballeros y señoras van al *restaurant* del teatro, donde devoran carne fiambre, lengua de Hamburgo y las salchichas berlinesas, que son muy estimadas, rociándolo todo con sendos jarros de cerveza. Después el público vuelve á sus asientos, y la función continúa.





# IMPRESIONES DE BERLÍN

## La música.

La afición á la música es una de las más vivas pasiones de Alemania. Mientras los teatros de Berlín sólo consiguen una media entrada cada noche, en los salones de con-

ciertos diarios hay una concurrencia extraordinaria. En la Sociedad Filarmónica y en el concierto de Karl Meyders puede verse uno de los aspectos más curiosos de la sociedad de Berlín. Ambos conciertos son notables, no sólo por el número y calidad de ejecutantes y por la perfección con que interpretan las obras clásicas, sino por el público que escucha y el aspecto de la sala. Es extensa, de elevada techumbre, iluminada por gas y lámparas incandescentes. En el escenario está la orquesta. Llenan la sala muchas mesitas de caoba rodeadas de sillas. La entrada cuesta 75 *pfennig* (una peseta próximamente). En torno de cada mesa se reune una familia. Las damas, que han dejado sombrero y abrigo en el guardarropa, hacen labores de aguja ó cosen, á cuyo efecto llevan en pequeña cestilla los útiles de su trabajo.

Los caballeros leen sus periódicos y beben cerveza, sin abandonar su pipa ó sus cigarrillos, que llenan de humo la atmósfera hasta hacerla densa é irrespirable. Al acabar cada pieza la orquesta, la señora deja su labor, el caballero su periódico, y ambos dan seis ú ocho palmadas, y vuelven á la aguja y á la lectura. El aspecto de aquella sala, ocupada por doscientas mesi-

tas, el ir y venir de los mozos que marchan silenciosamente merced á su calzado de orillo, el cuidado con que los consumidores dejan el vaso en la bandeja, la cucharilla en la taza y el cuchillo en el plato, á fin de no producir ruido; la aparente desatención del auditorio, la inmovilidad de los ojos, en que no se refleja nunca el entusiasmo que debía producir, y que, en efecto, produce la excelente música, forman un conjunto curioso. Diríase que es aquello el *buffet* de una estación de ferrocarril en que mil viajeros esperan llenos de aburrimiento la llegada de un tren que trae retraso, no un templo del arte. Y cuando nos acordamos de nuestros conciertos del Príncipe Alfonso, de los rostros en éxtasis de nuestros aficionados, del entusiasmo, antes comunicado que sentido, de nuestros *dilettanti*, nos creemos defraudados en la idea que teníamos sobre la afición y competencia de los alemanes respecto á música.

Es que aquí cada ciudadano se guarda sus impresiones, en lugar de manifestarlas, y no hay esa costumbre indominable que hace de cualquier reunión de hombres meridionales una ruidosa colmena en que todos hablan á la par y pretenden implantar en el alma de los demás sus opiniones.



En el programa de un concierto Meyders á que he asistido, figuraba la sinfonía número 4 de Beethoven, que fué escuchada con el más religioso silencio y aplaudida con veneración. Beethoven es objeto aquí de un culto supersticioso. Sus obras son conocidas de todos, y constituyen el principal motivo de vanidad de todo buen alemán. Si Jehová es el Dios que truena, Beethoven es para Alemania el Dios que canta.



**Los judíos.**

Ocupan los mejores edificios de Berlín, son los más ricos, mandan en la Bolsa, en la mayor parte de la

prensa, en el comercio y en todas partes. Sinembargo, los judíos se hallan en Berlín en una situación triste. Se les desdeña, se les desatiende. No son invitados á los banquetes oficiales, y no pueden alternar con la alta sociedad.

Cosa singular y sorprendente es esta separación cuidadosa en que se mantiene á los judíos. Se les deja hacerse ricos, pero no se les permite codearse con la gente principal, que vale positivamente menos que ellos. Son el trabajo, la honradez y la inteligencia. Y no se quiere que estas virtudes alternen con la vanidad estúpida de los guardias de Corps, con la honestidad dudosa del *demi-monde* aristocrático, con la holgazanería vergonzosa de los linajudos *gomosos* que pasean sus inútiles personas por los salones elegantes.

Razones parecidas á éstas decía yo á un berlinés, y me objetó:

—Es que si se abriese la mano, los judíos nos devorarían. Usted no sabe adónde llega el espíritu absorbente de esos hombres. Necesitamos defendernos.

El aislamiento de los judíos les hace conservar los rasgos característicos de tan hermosa estirpe. Vénse en Berlín mujeres de suprema belleza, de ojos negros y cabe-

llos negrísimos, que se destacan en la coloración rubia y bermeja de las Gretchen y las Elvuises como astros de luto de encantadora poesía. Son las huríes colocadas á la puerta de los tesoros de sus padres y esperan á un *attaché* de embajada ó á un ingeniero para entregarle su corazón y su cuenta corriente con Rotschild.

### La comida.

Después de atravesar medio Berlín; después de pisar nieve; después de haber subido y bajado de doce tranvías, escuchado el sonoro campanilleo con que piden paso entre el barullo de carruajes, camiones y carretillas, llegamos á un *restaurant* y nos dejamos caer en el diván hambrientos y molidos. El *keller*, ó *garson*, ó camarero, nos saluda en francés, pronunciando las *vv* como *pp* y las *pp* como *ff*. Nos entrega la lista, y pedimos. ¡Qué espantoso suplicio! La manteca lo invade todo. La sal ha desaparecido del mundo. El vino no existe, y en vez de las alegrías confortativas de la libación cristiana, nos escancian cerveza. Sírvennos el pan con gran parsimonia, entregándonos un minúsculo panecillo, antes devorado que visto, y pedimos otro y otro,

y causamos el asombro de los circunstantes, que no se explican cómo un buen español necesita una rosca en cada comida, no acordándose sin duda de que descendemos de Sancho, aquel gran consumidor de hogazas. Ya aparece la clásica *choucrute*, la comida nacional alemana, y no hay paladar castellano que aguante su insipidez y el olor sebáceo de su condimento.

Con el asado nos traen la compota de ciruelas, manzanas y grosella, y no hay más remedio que mezclar la carne con el dulce Separamos con horror el plato y renunciamos á seguir comiendo. ¡Oh felices vecinos del Manzanares, los que podéis comer el injuriado cocido y beber el bautizado vino de Valdepeñas y Arganda! ¡Dios os conserve el jamón extremeño y las cepas, principales causas de nuestro ruidoso júbilo, que desafía las penas de nuestra decadencia!

Claro está que cuando sois invitados á comer en una casa principal, halláis la cocina francesa, excelentes vinos y un servicio acomodado al gusto cosmopolita. Pero cuando acabáis de comer, aun en el palacio más rico y en la morada más suntuosa, os espera una sorpresa desagradable. El criado que os pone el abrigo espera una propi-

na. La costumbre es general. Acaso dudéis, temiendo ofender al dueño de la casa, que os acompañe hasta la puerta. No tengáis cuidado. Esas propinas forman parte del ajuste del criado, que al entrar en la casa pregunta á su amo cuántos banquetes daba y cuántos convidados acudían á ellos. Abrid la bolsa, entregad tres marcos, y quedáis como unos príncipes.





# POR LAS COSTAS ANDALUZAS



## *Málaga.*

GRAN placer es para el periodista llegar á una población tan espléndida como Málaga, donde nadie le conoce, y recorrer sus calles sin guía que le importune, exigiéndole el obligado tributo de la admiración para este detalle del paisaje ó aquel edificio suntuoso. Este ir y venir del viajero por un

dédalo de calles desconocidas; este azar que se corre de perderse en las revueltas de cada callejuela tortuosa de las que en Málaga abundan, ó de ir á parar diez veces á la Alameda ó al muelle ó á la plaza de la Constitución, cuando pensaba el extraviado caminante hallarse en las puertas del hotel, es la salsa más agradable de una expedición, máxime cuando viene uno harto de programas y cansado de itinerarios fijos. Viajar así por los laberintos de una población desconocida, es el mayor de los gustos entre todos cuantos el *tourismo* encierra.

No me ha hecho falta guía ni he necesitado *cicerone* para admirar las muchas cosas dignas de admiración que Málaga atesora; su mar azul, su cielo luminoso, su rico caserío, producen impresión inolvidable y causan huella indeleble en quien viene de antemano predispuesto al entusiasmo por la eterna canturia de encomios que la literatura popular entona á las bellezas de Málaga y de la raza que la puebla.

Cuando Byron hizo su accidentado viaje por España, dijo de Málaga que desde lejos sintió por ella el ansia de la posesión, y al abandonarla, la tristeza del bien perdido.

Su Caleta con aquellas dos hiladas de ca-

sas, que se apoyan la una en las ásperas montuosidades de Gibralfaro, y la otra en las suaves orillas del mar; su barrio de la Trinidad, lleno de alegría y de júbilo; su cortina del muelle, que parece pintado sobre el telón de un escenógrafo, para admirar á la muchedumbre de un teatro; el arbolado frondoso de su vega; las pendientes del Guadalmedina, accidentadas y floridas; las alamedas sombrosas y las plantaciones de caña; los plátanos, que desarrollan sus amplias hojas bajo el sol más vivo y fecundo de Europa; su castillo de Gibralfaro, que parece obstinado en bajar á la ciudad, apoyándose en los murallones y la almenería que le guarnecen; su *farola*, blanca como si fuese de estearina; su puerto, medio cegado para el comercio, pero abierto siempre á la poesía... todos los detalles que impresionan sin cesar al que llega á Málaga por primera vez, podrían formar el sumario de una serie de páginas que trasladasen al lector los accidentes y novedades de un viaje artístico. Quédese tan grata tarea para quien pueda y sepa acometerla, y me limitaré yo á volcar sobre el papel, con tosca sobriedad, los apuntes de mi itinerario.

Ir de Madrid á Córdoba, es como pasar del invierno á la primavera. Dejamos allá el cielo nublado, y vamos á buscar el cielo azul; hemos perdido de vista los árboles del Retiro, que pierden sus hojas y muestran el esqueleto de su ramaje, y nos hallamos con los nopales, que forman caprichosos grupos á los lados del camino, y con las filas de agudas pitas, que parecen cuchillos de plomo. Cuando, ya en Madrid, parece la capa abrigo escaso, es en Córdoba inútil, y si se lleva es por recordar que es Córdoba la patria y corte del rey de los toreros.

La morisca ciudad tiene dos monumentos que atraen al viajero en primer término: la catedral y el puente romano. Las ochocientas columnas de la mezquita; su *mirab* famoso, con paredes caladas como encaje de oro en que tiembla la luz centelleando y serpean los versículos del Profeta, trazando ondulantes líneas azules; el misterio que envuelve las infinitas naves; el silabéo monótono de una oración, pronunciada por algún devoto que no se ve, escondido, sin duda, en una de las mil celdillas de aquella colmena de mármoles; la perspectiva de los naranjos y las palmeras, cargadas de dátiles, que se agrupan en el patio de entrada, llevan la imaginación á edades pasa-

das, allá cuando Alah quiso que fuese Córdoba la sultana de Occidente, y medio mundo ponía en ella sus ojos y sus deseos.

Tras breve descanso, reanudamos el viaje. En el vagón venían un agricultor andaluz, que con su conversación, llena de tristezas y funestos presagios, llenó de notas sombrías mis apuntes de viaje. Esto bastará para que comprenda el lector que hablamos de la crisis agraria de Andalucía.

—¿Ve usted—me decía—esos naranjos que se extienden á uno y otro lado de la vía? Pues todos van muriendo rápidamente. Los que están sin fruto y con sus hojas amarillentas, sólo esperan ya la segur que ha de derribarlos. No hay remedio que ataque esta enfermedad desconocida, esta ictericia arbórea que viste de amarillas galas los naranjos que ha condenado á muerte. Además, el precio de la naranja es tan bajo, que no paga ni el trabajo de recogerla. Lo mismo sucede con el aceite. Podrá seguir á altos precios en las grandes poblaciones, porque el derecho de consumos casi duplica lo que cuesta comprado al cosechero; pero éste no puede pagar los tributos, el laboreo y vivir con el producto de sus olivares. Un ejemplo voy á dar á usted, que pinta la situación. Hay no lejos del terreno que

atravesamos una finca que tenía fama por la abundancia y excelencia de su aceite. Antes producía á su dueño, en arrendamiento, 60.000 reales al año, después de pagada la contribución. Hoy le produce 10.000 reales, y de esta suma tiene que pagar la contribución, que le cuesta 16.000. De modo que la tal finca le cuesta 6.000 reales anuales.

—¿Y por qué no la vende?

—Porque nadie se la compraría. Todos los agricultores se quejan del mismo dolor.

—¿Cómo se podría aliviar esta ruina?

—Un solo medio hay, y ese no se empleará: rebajar los tributos. Insistir en los antiguos tipos de contribución, es llevar la agricultura á la muerte y el país á la miseria.

—¿Cómo ha sido que los agricultores no han acudido á las sesiones de la información agraria, ni han contestado al cuestionario repartido por toda España?

—Porque no creemos en informaciones, ni esperamos nada bueno del Gobierno; porque siendo tan conocido el daño que sufre la agricultura, y tan evidente, que su único alivio está en la modificación del sistema tributario, es ridiculez ó sarcasmo venir á preguntarnos si vamos á gusto en el machito. ¿Se quiere que también nos haga-

mos oradores y vayamos á decir tonterías al seno de una Comisión? Para eso basta con las Cortes, y aun sobra. Este sistema de informaciones sólo puede conducir á la propaganda de la retórica en los campos, y que donde se quiere que brote el trigo, salga un orador.

—

Habíamos llegado al punto de la línea de Málaga llamado El Chorro. Las últimas estribaciones de la Sierra de Gaitanes aparecieron de improviso en el horizonte con sus ingentes picachos pelados y cárdenos. El tren salvaba los abismos sobre atrevidos puentes y sobre un admirable viaducto. Crecen y suben hasta las alturas las paredes graníticas, encerrando la vía en angosto pasadizo. Una cortadura estrecha enseña inopinadamente el paisaje, el hondísimo barrancal poblado de naranjos, de nopales, de pitas y de cañaverales; el cielo azul, luminosísimo. Por aquella abertura entra en el siniestro recinto una oleada de luz, que hiere los ojos y los deslumbra.

Después abandonamos las espesuras de los Gaitanes para entrar en el suave y prodigiosamente hermoso valle de Alora. La

multitud de casitas y hoteles esparcidos por el paisaje, parecen invitar al descanso en aquel paraíso. Los plátanos que hay delante de todas las casas abanican el aire con sus anchas hojas, y de las copas de las palmeras cuelgan racimos amarillos de dátiles. Un ambiente primaveral nos rodea. Una alegría inocente emana de aquel cuadro, y cuando el tren parte no queremos separarnos de la ventanilla hasta que la encantadora perspectiva se ha perdido en una curva de la vía.



## De Málaga á Marbella.

Para ir de Málaga á Marbella es preciso pedir á las naves su hélice ó á los gamos su agilidad y ligereza. Porque la carretera no está terminada ni lleva trazas de estarlo, y las diligencias que salen todos los días de Málaga constituyen, más que una empresa industrial, una empresa heroica. La salida de Málaga es deliciosa, ancho el camino y bordeado de plátanos, pitas y palmeras, rico el caserío que salpica con notas blancas el paisaje. Vamos á orillas del mar, y la verde llanura muéstrase animada por legiones de navecillas que van á la pesca.

Las blancas alas con que navega y vuela aquel barquío por un mar tranquilo como un lago, temblando ellas entre la suave vibración del viento y la resistencia de las aguas, traen á la mente visiones de la vida seráfica, de un cielo azul como este que nos cobija, donde la hueste angélica flota llenando las esferas de sus grupos rafaelescos en la suprema dicha que anhela el místico.

El primer pueblo donde la diligencia se detiene, es en Torremolinos, elevada prominencia que domina el mar. Mientras se cambia el tiro de mulas, un ventorrillo inmediato brinda al viajero con los agasajos de la cocina costera, y en fuentes limpias como la plata, y en platos de basta *loza* cuyo tosco vidriado refleja los objetos como espejo, nos ofrecen los boquerones que se fríen en haces y la pescada, partida en rajas, el jamón de la serranía, sonrosado y aromoso, y el vino blanco que en la estrecha caña parece oro fundido.

Después de la parada, la diligencia sigue su ruta por un camino imaginario en demanda de Benalmádena. Salta la pesada mole del cochemato desde un bache á otro; ya estamos á un dedo de la pendiente, á cuyos pies el mar viene á estrellar sus

olas; ya nos precipitamos por un pedregal, en que las ocho bestias del tiro arrancan chispazos de fuego al chocar de su herraje y el duro pedernal. En este camino íbamos á ratos encomendándonos á Dios, de cuya bondad lo esperábamos todo, y á ratos recordando un artículo publicado en *El Imparcial*, no hace muchos meses, y en que, con dolientes razones, una víctima de este modo de viajar se burlaba de quienes toleran que la carretera de Marbella tarde en concluirse indefinidamente.

Es muy frecuente en España encontrar ejemplos como éste. Cualquier interés mezquino detiene una obra de interés general. Tal vez es una lucrativa pereza en los encargados de activar los trabajos, ó el deseo de un propietario que no quiere dejarse expropiar la finca por donde la carretera ha de pasar.

A veces, en presencia de tales abusos, nos imaginamos si aquí se habrá perdido toda idea de administración, ó si el sistema imperante en el país será el de la anarquía. Diecinueve siglos de civilización se han detenido en las cuestas de Benalmádena. Y que vengan á entonar á los vecinos de estos pueblos la eterna cantata del siglo XIX que horada las cordilleras, fran-

quea los abismos y abre los estrechos. Eso será en otras partes del mundo. Por aquí el siglo de Lesseps no ha podido aún hacer unos cuantos kilómetros de camino.

Cuando salimos de Benalmádena y nos creíamos en salvo, vimos con terror que el zagal iba calzando las ruedas del carruaje con dobles tornos, plancha de hierro y arrastradera de ferrada encina. Quedó la diligencia convertida en un cajón enorme, que, en vez de trasladarse sobre ruedas, arrastrábase ruidosamente sobre el piso inseguro y pendiente. Algunos viajeros preferían ir á pie, y abandonando la dudosa comodidad del estrecho interior y la ratonera humana que se conoce con el nombre de berlina, apelaron al tranvía de San Francisco. Volvimos la vista atrás para ver la iglesia de Benalmádena, y puestos los ojos en la cruz de hierro que la domina, y el pensamiento en la Providencia, estuvimos así en muda oración, dudando si sería mejor numerarnos los huesos para que, después del esperado cataclismo, algún mecánico cuidadoso nos restaurase en la integridad de nuestro ser.

Magnífico debe ser el panorama que desde aquella eminencia se descubre cuando nos paramos á gozar de él, y gozamos no

obstante que el espíritu más atento debía hallarse al peligro que á la contemplación. El templo de Benalmádena, puesto en una elevación algo aislada del caserío, parece



nacido de las olas y flotando en ellas. Los blanquísimos muros diríase que son las anchas velas, y su veleta remeda el remate

del palo mayor. Una revuelta del camino, construído por la misma empresa de la diligencia, nos oculta aquel grupo de casas y seguimos descendiendo, despeñándonos, dando rudos tropezones con las paredes del coche. Por fin llegamos á la carretera de Fuengirola, y viendo á lo lejos, tendidos á la orilla del mar en apacible llanura Los Boliches, Fuengirola y Marbella, todos nos damos el parabién unos á otros y dirigimos al cielo la mirada y la gratitud.



La ciudad de Marbella vive en perenne primavera. Por la parte Sur, el mar la acaricia con sus tranquilas olas; por la parte Norte, Sierra Blanca la defiende del frío.

Es, más que un pueblo, un invernadero de personas y plantas, en donde el frío no llega y la vejez se retarda en la suavidad

de un clima en el que son desconocidos los violentos contrastes de Madrid. Aún conserva su antiguo recinto de murallas; pero el caserío se sale fuera, desdeñando por inútil el amparo de las arcaicas fortalezas, en las que crecen los chumberos con prolífica abundancia. El color de aquellas piedras es como el de la yesca, y en el horizonte de azul brillante se destacan sus siluetas con cierto aspecto de senectud alegre, muy ajeno al ordinario carácter elegíaco de otras ruinas.

En la playa prolonga sus tramos de hierro sobre el mar, el magnífico muelle construído por la sociedad inglesa que explota las ricas minas de hierro. Desde el puntal del muelle, el espectáculo es admirable. Dilátase en amplia curva el pueblo y los cortijos, que con sus blanquísimas casas llenan los rellanos que preceden á las estribaciones de Sierra Blanca. En último término eleva sus crestas azuladas y grises la cordillera, y allá arriba se ven los movimientos de tierra que indican la existencia de las minas. El anteojo marino nos enseña allí, entre aquellas asperezas y fragosidades, el hormigueo de la población minera, y en el campo cristalino del catalejo destácanse las figuras de algunos hombres que

trabajan en picos inaccesibles, colgados de la cintura por tirante cable, como arañas pendientes de su hilo. Y en las desigualdades y accidentes de la perspectiva, descúbrese la vía férrea de la sociedad minera, que en seis kilómetros de plano inclinado traen el hierro hasta el muelle, donde los buques lo cargan y lo exportan.

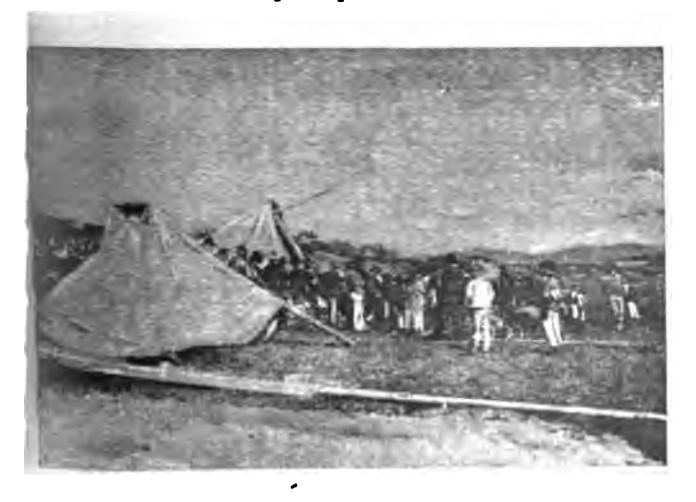
Una amable invitación me proporcionó el



gusto de hacer el viaje ascensional á las minas. La pequeña locomotora arrastraba jadeando la larga fila de vagones, al fin de la cual habían enganchado el vagoncillo en

que íbamos los expedicionarios. Cada curva de la vía nos dejaba ver nuevos horizontes espléndidos de luz y de vegetación, el mar dilatándose en amplia llanura, sólo limitada por la borrosa silueta de la costa de Africa, el promontorio de Sierra Bullones y el Peñón de Gibraltar.

La dinamita y el pico horadan sin des-



canso las montañas y las arrancan sus peñascos de hierro. Constantemente se oye el estruendo del monte que cae desgajado

á la detonación de la dinamita que estalla. En lo más alto, en el vértice de estrecho cono, vive el ingeniero que manda aquel ejército de operarios, y su casa recuerda las soledades del eremita y las fecundas vigilias del trabajador moderno. Las vías férreas que desde aquella casa bajan al muelle de Marbella, indican que no es á las alturas celestes donde van las ansias del obrero, sino al valle de lágrimas donde la humanidad vive esperando siempre de la ciencia el milagro de la redención de sus dolores, de la saciedad de sus necesidades, del alivio de sus tristuras.

Cuando el sol se fué poniendo, regresamos á Marbella en una vagoneta que, abandonada á su propio peso, corría por el plano inclinado con una velocidad de un kilómetro por minuto.

Aquel despeñamiento suave por la hermosa vía, aquella caída sin temores ni angustia desde el nido de águila, aún iluminado por la luz diurna, al oscuro valle, nos produjo viva impresión y dulce abandono. El vivo vientecillo del mar nos acariciaba los sentidos; la luz tenue del horizonte daba infinita magia á objetos, contornos y dintornos. Cuando el extraño vehículo se detuvo, nos pareció despertar de un sueño.

¡Un sueño! Sí; el postrer rayo del sol doraba aún el Peñón de Gibraltar, y las cumbres de Sierra Bullones se aparecían envueltas en triste sombra.

Así en el sueño de la Historia van quedando en la sombra nuestros triunfos y en relieve nuestras vergüenzas.

Noviembre de 1887





# SILUETAS GADITANAS

## San Fernando.

DESPUÉS de una lectura reciente de las *Memorias* de Alcalá Galiano, puéblase esta ciudad de diversos recuerdós. Ciertamente que si en el palacio del Congreso decoran el salón de sesiones marmóreas lápidas donde campean con doradas letras los nombres de aquellos insignes patricios que dieron vida al régimen parlamentario, debía consignarse en lugar preferente el nombre de San Fernando, porque sin la tenacidad heroica de estos españoles, se hubiese atrasado muchos años la obra de la libertad.

El progreso rapidísimo que se observa en San Fernando, la no interrumpida actividad de sus mejoras urbanas, el *modernismo* que se advierte por donde quiera, no

han quitado ni un átomo al polvo de las gloriosas tradiciones que aquí se conservan bajo el sol brillante del Mediodía, y que al recuerdo que suscitan las *Memorias* del gran orador, hacen vivir la imaginación en aquella época tormentosa, llena de luchas sangrientas, fecunda en incidentes memorables.

No podía haber escogido un poeta escenario más grandioso para la tragedia nacional. En el confín de España se refugió el espíritu civilizador de nuestra raza. A haber triunfado la fuerza del tirano, habrían tenido que refugiarse nuestros legisladores en Africa. Fué esto algo así como un símbolo geográfico de la historia española. Entonces fué la isla gaditana peñón aislado en el mar negro del oscurantismo. Allá arriba, ondeaban las banderas vengadoras de los absolutistas. Por el Sur, se destacaba el pendón marroquí. Si no hubiese acudido toda la vida intelectual de España á San Fernando, España y Marruecos hubieran sido patria común de la barbarie y la tiranía.

---

Así como artista enamorado de su obra, después de concluída ella, aléjase á alguna distancia para contemplarla más á su sabor,

así el Creador de las bellezas de San Fernando ha puesto á los pies de la gentil ciudad los espejos de sus marismas, para mirarla mejor y recrearse contemplándola.

El río de Santi-Petrí, los Caños de la Carraca, parecen curiosos investigadores que, en representación del mar, vienen á enterarse de los inefables encantos de San Fernando, y embebecidos en la contemplación de sus blancas torres, quédanse perezosos, olvidados de que deben retornar al Océano, y sus aguas dormidas dejan caer en el lecho el blanco cendal de sus espumas. Y de esta combinación poética y química resultan los terrones de sal que enriquecen á los propietarios de las tierras ribereñas.

---

Nada más pintoresco que el conjunto de pueblecitos que se extienden y asientan en las orillas de esta prodigiosa ensenada; en esta lengua de tierra que une á la ciudad de Cádiz con la Península. Amplios horizontes marinos, ciudades que se levantan de entre las espumas, desafiando la inconsistencia de ellas; palacios de labrados mármoles que se copian en las aguas; torres, fortificaciones, inmensos arenales y

grupos de palmeras: tal es, en conjunto, el paisaje que vamos recorriendo.

Cuando salimos de Cádiz en demanda de las aguas de San Fernando y de las del arsenal de la Carraca, vemos á derecha é izquierda aguas sin término. Una estrecha faja de arena, que por la parte mayor apenas medirá diez metros, sirve de paso á la carretera y á la vía férrea. En los días de grandes mareas, cuando el mar gigante encrespa sus olas, saltan las aguas por encima de ambos caminos, amenazando á los viajeros inadvertidos. Diríase que en un momento cualquiera, el menos esperado, estos montones de arena, esta línea que serpea entre las verdes aguas, va á ser borrada sin más trabajo que el que se tome una marea viva para saltar en busca de las mareas de otro mar.

San Fernando es una población clásica y característica. Sus 30.000 habitantes revelan en el pergenio, en el lenguaje y en las costumbres, mucha cultura; sus edificios, coronados de elegantes terrazas, limpios y blancos, como si acabaran de ser construídos, con sus anchas rejas, traen á la memoria todos los recuerdos de nuestra literatura idílica y caballeresca, con sus tapadas y sus aventuras de amor, los romances del duque

de Rivas, escritos en esta misma zona é inspirados en la contemplación de este espléndido paisaje; las musas, en fin, meridionales, que tienen, por bañarse en el mismo mar de Grecia, la misma inspiración de las musas clásicas, y el tinte romántico que imprimieron á toda su obra los árabes, habitadores y dueños durante ocho siglos y medio de estas costas.

---

Desde la estación del ferrocarril dilátase una llanura arenosa, sin árboles; despunta á lo lejos la nota alegre, el blanco caserío, apiñado en artísticas líneas, y dominado por la torre plateresca de una iglesia; relumbra el sol en las monteras de cristales de los patios y en los azulejos árabes de las terrazas.

A la izquierda, elévanse múltiples é inmensos edificios que constituyen, cada uno de ellos, una dependencia, una fábrica ó un taller del arsenal. Innumerables chimeneas de rojo ladrillo elévanse al cielo, y sale de ellas á bocanadas el humo denso de la hulla; escúchase el ruido estridente de las forjas donde se lamina el hierro, de los talleres de carpintería de Ribera, donde á grandes golpes de hacha son desbastadas

las antenas de las naves. Lejanas perspectivas marítimas, un bosque de palos rígidos y enhiestos nos anuncian el arsenal.

El paseo del general Lobo, con su amplia área cubierta de marmóreo losanje, en que se destacan artísticos asientos de forma circular, es algo más que un sitio de recreo; es el prólogo de una ciudad sabiamente urbanizada. Lo que hasta hace poco eran barracas y lodazales, son hoy magníficas avenidas, dignas de los mejores y más adelantados pueblos.

Las calles amplísimas, los edificios de alegre y moderna fisonomía, las tiendas de aspecto parisién, el movimiento de riperts, parecen contradecir las esperanzas de quienes esperasen hallar en este nido de las libertades patrias remembranzas de aquellos días luctuosos en que un Monarca desleal correspondía á los favores de la raza independiente con la horca y los fusilamientos.

Pero en la revuelta de una calle, elévase vetusto edificio, la antigua Casa de Comedias, donde aún resuena la jubilosa carcajada de Momo, y donde un día hubo de refugiarse la representación de la voluntad nacional.

No ha experimentado grandes modificaciones aquel edificio, que debía ser monu-

mento de la historia nacional, conservado con esmero por los contemporáneos. Aún entra el público al patio y las galerías por aquella estrechísima puerta en donde el duque de Orleans, poco antes de ser rey de los franceses, hizo humilde antesala á los diputados españoles.

Ayer resonaban en estos ámbitos los discursos de Argüelles y Toreno. Hoy resuena el *tango* de *El certamen nacional*. El contraste es asaz vivo. El olvido de los hom bres ofrece materia de curiosos é injustos epigramas. Diría que se trata de venganzas preparadas por los redactores de *El Siglo Futuro*.



## «El chicuco.»

Recibo *La Puchera*, de Pereda, pocos momentos después de haber saboreado la que me sirvió un cocinero montañés en clásica tienda gaditana. Rápidamente, con el ansia de la posesión que inspira todo lo bello, recorro las páginas del admirable libro, y no

puedo contener la pluma, que por impulso propio quiere escribir de algo que se relacione con las escenas y los tipos que se destacan en los cuadros que Pereda pinta.

El montañés que emigra en busca de fortuna, dejando los hermosos horizontes de su tierra, sus praderas, sus helechos y sus bosques, poblados de pintorescas casitas, lleva siempre consigo algo de las costumbres propias. Aquí, en plena Andalucía, en el rincón clásico más apartado del contacto con otras comarcas, el montañés sabe guardar aquellos hábitos que aprendió en *la tierruca*.

Pereda ha retratado en varias de sus obras al *jándalo*, aquel montañés que con míseros ahorros vuelve al valle en que nació lleno de rumbo y gallarda vanidad, ni más ni menos que si hubiese conquistado medio mundo.

Pero este ejemplar es poco frecuente. Lo es, en cambio, el *chicuco* que viene de *la* montaña malpergeñado y trabaja como una máquina, ahorra como una hucha, sufre privaciones, insomnios, molestias de toda especie, y luego llega á conseguir una fortuna.

Ese que ahora véis en mangas de camisa, con la cabellera indómita, el rostro respi-

rando humildad, que presenta al bebedor las cañas de vidrio cogidas por las bocas, que lleva la cuenta del despacho apuntando con tiza en el mostrador unos guarismos difíciles, ese será rico. Levántase al alba, acuéstase á las dos, teniendo que aguantar las veladas insoportables y eternas del borracho discutidor, nunca contento con lo que se le sirve. Va capitalizando su reposo, su sueño, su libertad, su gusto de ser independiente, las tristezas de la emigración, y todo lo va reduciendo á una pasta acuñable... ¿Será dueño de una tienda? ¿Será banquero? ¿Será armador de naves? ¿Será senador por derecho propio?... Ante esta última idea le miramos con veneración, y respetuosamente le pedimos que se digne darnos unas cañas.



## La caña.

Largo y curioso es el vocabulario báquico de esta tierra.

El gusto al buen vino que aquí se cría ha buscado hipócritas maneras de pedirlo. La

caña, el privelo, la mariposa, son diversos modos de beber los líquidos de las viñas jerezanas y sanluqueñas. Antes de comer, porque prepara el estómago; después, porque ayuda la digestión; cuando hay sol, porque refresca; cuando hace frío, porque calienta; si llueve, porque contrarresta la exterior humedad; si hace calor, porque ayuda á resistirlo: siempre hay aquí ocasión para llegar á la espita de madera, torcerla y recoger en el vaso el chorro de oro que exhala suave olor y gratísimo *aroma*.

Ha escrito Edmundo de Amicis un curioso estudio acerca del vino. Viene á ser *este* trabajo de observación una serie de viñetas en que aparece el hombre en distintas actitudes: ya alegre y discreto en el banquete donde los esplendores de la riqueza y la cultura se reunen, ya brutal y encanallado, en la sucia tasca. Cuando el vino apareció en la vasija, después de haberle estrujado del cristalino racimo de uvas, comenzó una nueva era en la vida del hombre, no menos digna de ser apuntada en la historia de la humanidad que la del descubrimiento de la pólvora. Amasó ésta en negra pastilla el odio. Fermentó en el cristal el vino, por obra y gracia de la alegría. El cañón se inventó para dividir á los hombres. El tonel, para

congregarlos. Vulcano fundó sus fraguas bélicas para prestar á los héroes de Homero la lanza y la egida. Baco abrió sus bodegas para premiar en las alegrías del triunfo, el cansancio y las privaciones de los combatientes.

Un día Vulcano, envidioso de las alaban-



zas que la humanidad bebedora tributaba á Baco, quiso hacer vino; pero no le daba el naipe por la industria, y resultó su brebaje,

el vino peleón. Esto quiere decir que algunas veces las cañas se vuelven lanzas. Pero es porque interviene el alcohol de Bismarck, adulterando el vino noble, cortés, alegre é ingenioso, que se evapora en canciones, en rasgueos de guitarra, en dichos graciosos, en donosas burletas; nunca en navajazos y bárbaras riñas.

La caña gaditana no es el vulgar recipiente que pide la sed del borracho; nunca se llena toda. Déjase la mitad del vidrio vacío. Es el cáliz de una flor de cristal en el que el rocío sólo ocupa el fondo. Bébese, á no interrumpir el uso gaditano, de un solo sorbo, sin apurar el líquido. Así, en tal vaso y por tal modo, tiene la libación cierta elegante espiritualidad, muy ajena á la grosera sed de Pantagruel, que recogía con la lengua las últimas gotas de Borgoña que le escanciaban.

La manzanilla es un vino verde sin madurar. Es el hijo de la uva, en su edad primera, con la inocencia y la gracia de la infancia.



## «Despesca»

En una de las salinas inmediatas á San Fernando, allí donde la carretera y la vía férrea van juntas por estrecha cinta de arena, teniendo á la izquierda el tormentoso Océano y á la derecha la tranquila bahía, me proporcionó la amabilidad pródiga de amigos cariñosos ocasión de asistir á una fiesta esencialmente gaditana: la "despesca„.

Entra el agua del mar en los remansos de las salinas, y los peces amigos de la vida metódica, refúgianse allí donde jamás llegan las olas ni las tempestades. Son peces desengañados de las luchas de alta mar, amigos del reposo y decididos á gozar los

días que les separan de la red y la cacerola, en aguas dormidas, entre los prados sumergidos, descansando en lecho de ovas y algas, jugueteando en la tibia y suave corriente.

No les inquieta á diario la red del pescador; aguardan tranquilamente el momento en que han de morir con una dicha epicúrea.

Pero ¡ay! llega el día, y llegó ayer para los peces de la salina de los *Dolores*. Habían sido puestas á uno y otro lado del estrecho caño dos redes, que encerraban la pesca como en un aprisco.

No podían los peces escapar. Saltaban en la superficie la redonda *sapatilla*, de lomo erizado, como una flor de cardo; la estrecha *llisa*, cuyas escamas brillaban como si fuesen de acero inglés, y la escurridiza y voraz anguila describía *SS* y *QQ*, girando y retorciéndose de pavor ante la inminencia del peligro.

En aquel espacio, de una longitud menor de quince metros, había más peces que agua. Agitaban la tabla del remanso olas de peces, y la línea recta de la corriente erizábase de aletas, de colas y de lomos llenos de espinas.

Cuando avanzaron los "despescadores"

con su lancha, unos metidos en el agua hasta la cintura, otros dentro de la nave, sosteniendo la red, aquel espacio de agua se estremeció con la agonía de miriadas de peces.

Avanzaban la red y la lancha, y pronto



ésta se llenó de montones de *llisas* que saltaban agitando sus rojas agallas. Fué un momento pintoresco y curioso. Para trasladar al cuadro la escena, sería preciso volcar en el lienzo los colores plateados, nacarados y plomizos, combinándolos con las

irisaciones y los tornasolados de una luz viva y refulgente.

No había soñado Lúculo, cuando agotaba el ingenio combinando en su mesa los manjares más exquisitos, bocado semejante á estos peces cebados en su plácida cárcel, como se ceban las aves en el corral.

Su carne, blanca y aromosa, asada sobre las cenizas de enorme hoguera, convida al paladar con las delicias de un banquete de sencillez y abundancia homéricas.

En aquellas tierras pantanosas que parecen ofrecer resistencia á la pisada, realizó el suelo de la patria, por sí mismo, la mejor defensa de su integridad. Llegaban los invasores, aquellos cien mil hijos de San Luis que venían á castigar en los súbditos del tirano las heroicidades de los ciudadanos de la Independencia, y la tierra se los tragaba.

El escuadrón sobre cuyos cascos brillaba la cimera galaica, avanzaba al galope para tomar posesión de aquel puñado de casas.

Resonaba á lo lejos el cañón de Zuazo. La inmensa llanura, ya líquida, ya sólida, aquí cubierta de barcos de guerra, allá armada en baterías, parecía animada por el Dios de las discordias.

Y el escuadrón francés seguía avanzan-

do. ¡Qué fieras aposturas las de los jinetes sobre las sillas! ¡Qué temblar el suelo bajo las herraduras de los bridones! ¡Cómo resoplaban éstos, arrojando por las fosas nasales el vapor de su respiración en densas columnas!...

De repente, los jinetes se tambalean en las sillas, los caballos chapotean en el barro, hundíanse poco á poco, la arena los devoraba, el agua los sorbía... Y cuando llegaba la noche, sobre aquel escuadrón brillante, resplandeciente de arneses dorados, de plumeros blancos, había tendido su lápida movible el mar.

¡Tierra inconquistable, tierra intangible, tierra donde sólo puede pisar tu hijo el salinero! Estás amasada con huesos de invasores.



## *En el cerro de los Mártires.*

Otra amable invitación... ¿cómo agradecer á la hospitalidad de San Fernando tantas bondades? me llevó al Cerro de los Mártires. Sobre alta cima, donde la fe puso una capilla en que se venera á los mártires y patrones San Fernando y San Germán, sirviósenos exquisita merienda. Mientras gustábamos los sabrosos mariscos y bebíamos el rico néctar jerezano, alguien,

conocedor del país, nos explicaba nombres y lugares. Divisábamos, más que un panorama, un mapa en relieve. Allá arriba, al pie de arisca montaña, Medina Sidonia, patria de Thebussem. Más abajo, en plena llanura, resplandeciendo sobre la plateada marisma, Chiclana, famosa en los anales del *sport* nacional.

Allá, en el mar, casi sumergido, el castillo de Santi-Petri, cuya posición aislada le da aspecto de cenobio donde espíritu místico contempla á Dios.

No son, sin embargo, frailes, sino sufridos soldados españoles los que allí viven, y sobre los muros dentellados elévase al cielo, en guisa de oración visible, la bandera española, oración de nobles y puras ambiciones que pide á la Providencia glorias pasadas, no de otro modo que las preces del huérfano demandan la resurrección de la madre.

Al pie del castillo de Santi-Petri hállanse las famosas almadrabas de que ya habló Cervantes, donde en Marzo se efectúa la pesca del atún, contratada por muchos miles de pesetas al año, y hoy explotada por italianos.

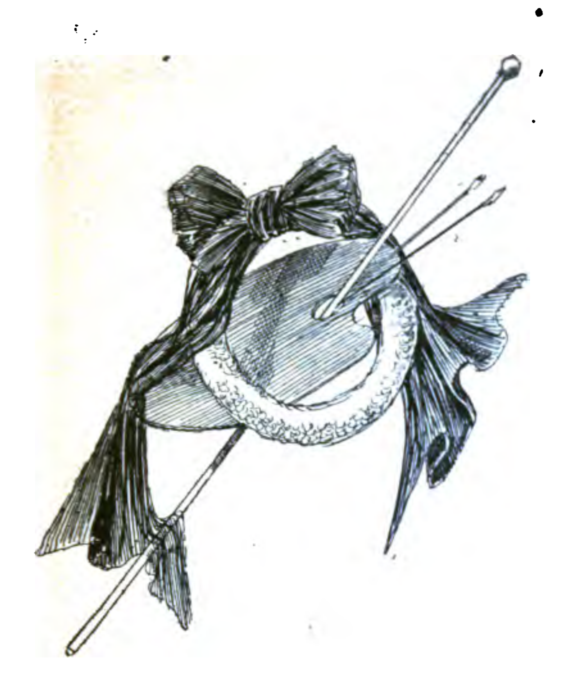
Aquí y allá sobresale de la tierra alguna construcción poligonal, donde, si la distan-

cia no lo impidiera, veríamos asomar la boca de los viejos cañones de la Independencia, que hoy, en su majestuosa inutilidad, más parecen las derrumbadas columnas del templo de la guerra.

Estas baterías ya no sirven de nada. Son monumentos de la historia hispana, y su abandono de hoy les cubre con el sudario del silencio, que tan bien sienta en los cementerios y en las ruinas.

Sobre la negra boca del cañón que ayer vomitaba el fuego, hace su nido la gaviota; y donde ayer se elevaba el montón de granadas, hoy se arrastran los reptiles.

En la llanura cubierta de césped pace un rebaño de vacas, cuyos mugidos se dilatan en la serena inmensidad del mar, como el resoplido de vapor de una nave que pidiera socorro, presa entre los escollos de Santi-Petri.



## *Murillo en Capuchinos.*

—Esta es—me dijo el capellán que con exquisita amabilidad me enseñaba el templo de Capuchinos,—esta es la piedra en que se hirió el insigne Murillo al caer del andamio en que pintaba el retablo que re-

presenta los místicos desposorios de Santa Catalina.

Y acompañando la acción demostrativa á la frase, señaló el segundo peldaño de la escalera del altar mayor.

Allí recibió el pintor de la fe la lesión que había de acabar breve y dolorosamente su vida. Sobre el lienzo destácanse las figuras angélicas, los resplandores del cielo, las suaves entonaciones de una mágica paleta. Deslumbrado por su obra, no vió el pintor dónde acababan las tablas del andamio, y cayó de espaldas sobre el duro mármol. Sin duda que allá arriba, donde viven con vida real los ángeles, hubo un estremecimiento de dolor. Se había roto el pincel único que había podido adivinar los misteriosos encantos de la oración; el que había sabido convertir la salve en una gama de colores, el que había pintado la fe, el Palestrina de la pintura... Bartolomé Esteban Murillo fué del templo de Capuchinos de Cádiz al lecho del dolor, en el que moría el 3 de Abril de 1682.

La amplia nave del templo hallábase iluminada por la luz tibia de la tarde, filtrada á través de las azules cortinas de las ventanas.

Un dulce silencio reinaba en aquel recin-

to. Frente á nosotros destacábase en viejo marco un sublime San Francisco, de Murillo, arrodillado, envuelto en efluvios de luz divina, los brazos en cruz, el rostro dilatado por la contemplación de perspectivas paradisiacas. La noble figura del santo, trazada con gentil pasión por Murillo, parece allí, más que recuerdo de humana forma, el trasunto visible de la oración, la fórmula artística del culto del hombre á Dios. Desde el cielo cae un rayo de luz sobre la frente de San Francisco, y sobre el oscuro ambiente destácanse las pálidas mejillas, en las que brillan los ojos con apasionado fulgor.

La viva claridad de este cielo es un comentario preciso para comprender la pintura del insigne maestro. Mezclando con los colores de la paleta los átomos del sol meridional, es como pudo Murillo hacer flotar en horizontes azules las sonrosadas vírgenes y los angelitos gordezuelos y sonrientes.

¡Lástima que el templo de Capuchinos, donde estas joyas se guardan, no ofrezca buenas condiciones para asegurar la conservación de las pinturas! La Casa de Dementes, contigua al templo, contribuye no poco, con su estado derruído y sus cañerías

[illegible]

[illegible]



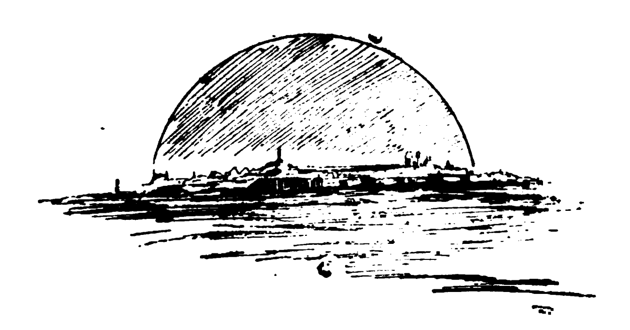
## Meditación al vuelo.

...sde Puerto Real á Cádiz, la tierra
...on el mar. La solidez del planeta
...anece al beso de las olas, como la s...
... al vibrar el rayo del sol. Esta lu...
... de la isla gaditana una mezcl...
... y tierra, montones de sal y play...
...na; donde acaba el bosquecillo de
... empieza el bosque de mástil...
...cos.

Seguís un camino, y tropezáis c...
... que se desliza rozando con su...
... los tejados de dos casas camp...
...áis al mismo tiempo la arena ru...
...nco polvo de la sal. Todo horiz...
...no está limitado por un horizo...
... Toda senda va á parar á un m...

medio destruídas, á que las humedades se filtren y rezumen en los muros de la iglesia. A pesar de los buenos deseos del clero, á quien está confiada la custodia de aquellas y otras notabilísimas obras de arte, la humedad y el moho acabarán por profanar los inimitables matices de los pintores sevillanos.

Cuando salíamos del templo, el misterioso silencio que en él reinaba vióse alterado por gritos guturales, lamentos broncos que ponían pavor en el ánimo y borraban la dulce impresión artística, así como una piedra turba la serena horizontalidad de las aguas de un lago. Eran los pobres locos del vecino manicomio; eran los tristes acogidos de aquel edificio que amenaza de muerte al templo, que es riquísimo museo. Los alaridos furiosos de los dementes parecían anunciar la guerra de la sinrazón y la barbarie contra el genio y el arte.



## *Meditación al vuelo.*

Desde Puerto Real á Cádiz, la tierra lucha con el mar. La solidez del planeta se desvanece al beso de las olas, como la sombra al vibrar el rayo del sol. Esta lucha hace de la isla gaditana una mezcla de agua y tierra, montones de sal y playas de arena; donde acaba el bosquecillo de árboles, empieza el bosque de mástiles de barcos.

Seguís un camino, y tropezáis con una nave que se desliza rozando con sus antenas los tejados de dos casas campesinas. Pisáis al mismo tiempo la arena rubia y el blanco polvo de la sal. Todo horizonte urbano está limitado por un horizonte marino. Toda senda va á parar á un muelle. La

vía férrea se humedece y cubre de herrumbre por el contacto de las olas. En un accidente del ferrocarril podrían los pasajeros salvarse saltando de un vagón á la lancha. En un naufragio, fácilmente podría el nadador menos fuerte pasar del puente al vagón.

Estas circunstancias de la tierra, esta mezcla de lo sólido y lo fluido, de la arena y la sal, del agua y la nube, hacen del glorioso rincón de la Península algo así como un símbolo vivo de la raza gaditana, llena de ideales generosos, nada afecta á las miserias del interés, defensora innata de lo más hermoso de la patria: de sus ilustres timbres espirituales, del culto del derecho, de la poesía nacional, de la fe en los destinos de España. Aquí han nacido héroes que han desafiado al Jehová de la tiranía, caudillos que han luchado contra el dios de la Victoria, y, más fuertes que Ayax, han vencido: legisladores que han llevado la luz de la moderna conciencia al antro de las supersticiones.

Imaginad tales victorias, empresas semejantes, martirios similares en otra comarca, y os parecería inverosímil; aquí las condiciones de la tierra son un prólogo que indica algo extraordinario, algo que no cabe

dentro del cálculo, algo que sobrepuja las esperanzas del espíritu frío y reflexivo.

Se venció á Napoleón, se venció á Fernando VII, se venció á la Inquisición, se venció al oscurantismo, se venció lo invencible.

Hoy, España vive porque la isla gaditana quiso un día que viviera.

Ved su posición en el mapa. Es una partícula de tierra suspendida sobre el abismo; un nido de aves marinas, un punto de apoyo para empresas grandes.

El sol la borda de flecos de oro, y recama de plata sus espumas. Añade lo fantástico á lo sublime, la escenografía grandiosa al lugar de la acción de la antigua epopeya.

Cuando viene el navegante de lejanos mares, Cádiz se le aparece en perspectiva ideal. La ciudad surge de las aguas, más que como realidad tangible, como promesa de dichas futuras. Si es de noche, sobre cada torre tiembla una estrella, como el pistilo dorado sobre el cáliz de una flor. Si es de día, el astro rey inunda la atmósfera con oleadas de claridad cegadora.

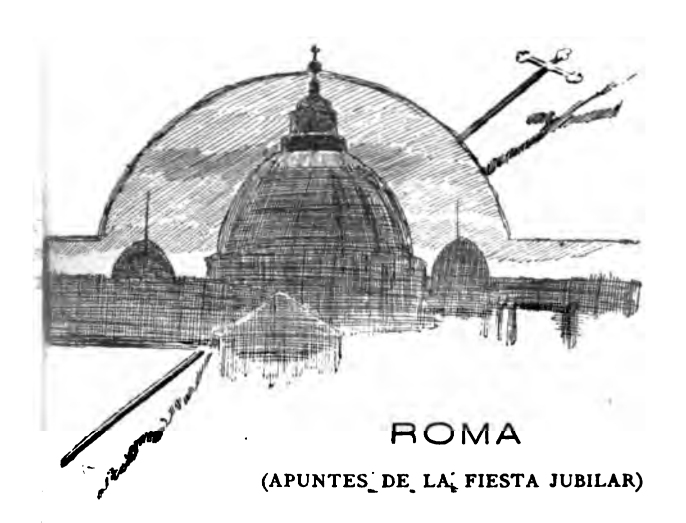
La línea, erizada de ángulos, del caserío, destaca su silueta varia en un celaje tan claro, como si cada hebra de luz se quebrase en un reflector de nácar.

¡Oh país de la luz y de la poesía! ¡Oh tierra donde cada piedra es un foco de resplandores, cada terrado un espejo ustorio, cada árbol un abanico de plumas coloreadas!

Tu historia sólo puede escribirla un poeta. Tu geografía sólo puede grabarla, en mapas de oro, un cincel de diamante. Cuando Hércules, según la helena leyenda, puso aquí el fin de la tierra, explicó la admiración de quien aquí vive un día: "después de verte, sólo pueden los ojos hallar tinieblas y negrura."

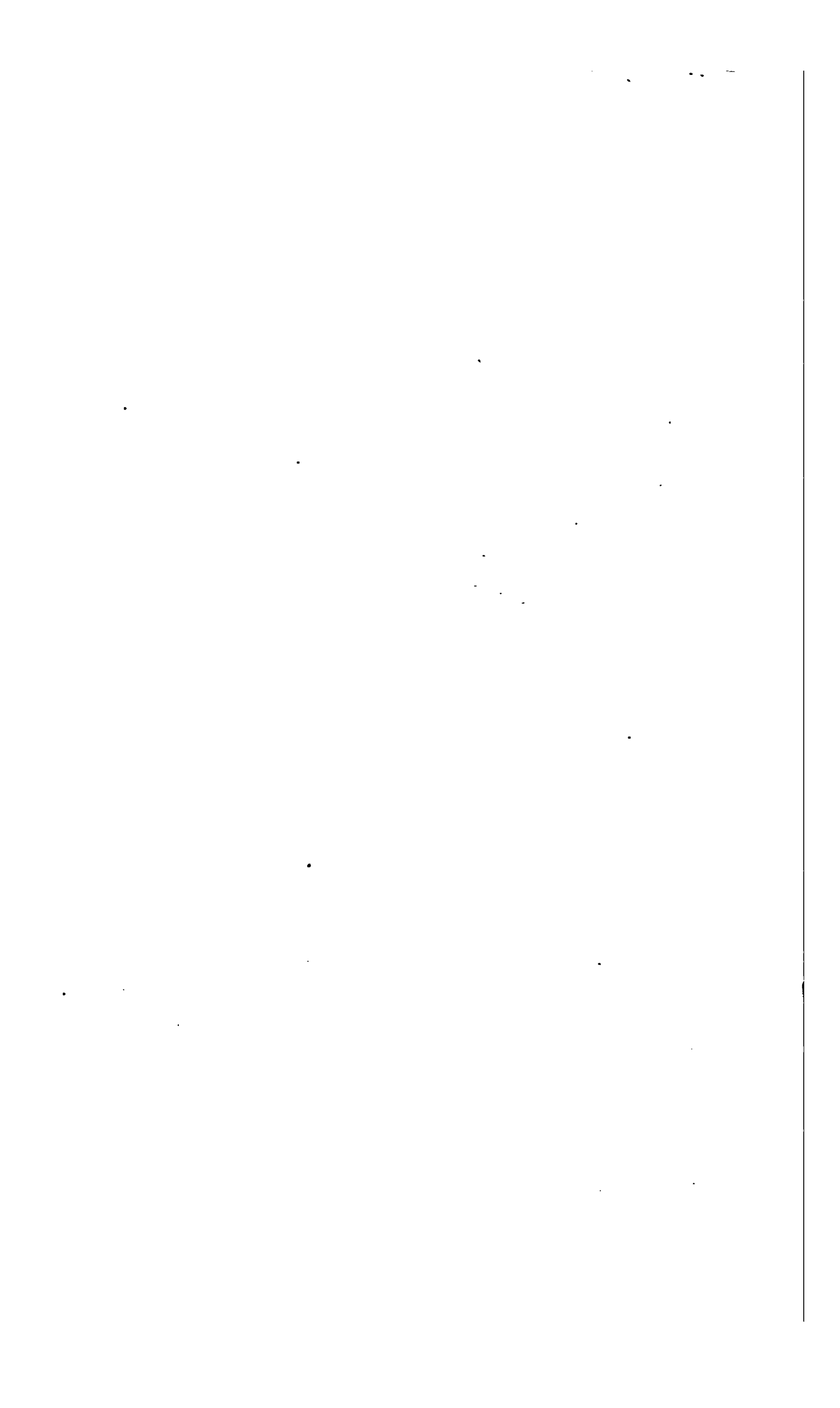
Febrero de 1889.





# ROMA

## (APUNTES DE LA FIESTA JUBILAR)





## *Una tarde*

## en el Vaticano.

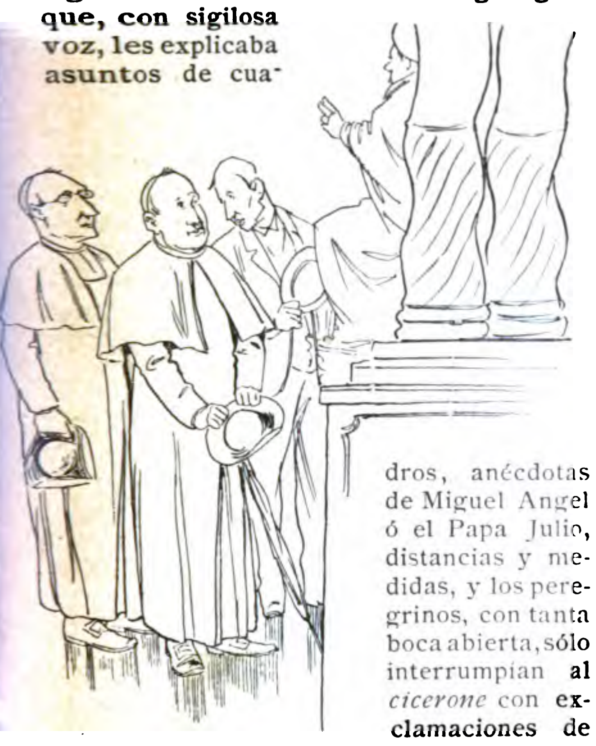
27 de Diciembre de 1887.

Ayer, á las cuatro de la tarde, el puente de Sant-Angelo estaba lleno de españoles. Iban camino del Vaticano, por una acera, más de cien presbíteros catalanes, con un obispo á la cabeza, y por la otra, Hermanas de la Caridad, seglares y frailes, todos reunidos, para visitar la basílica. El acento español resonaba en la conversación con toda la variedad infinita de los acentos re-

gionales. Llovía copiosamente, y bajo los arcos del gran puente, el río bramaba lleno de espuma, arrastrando árboles y hierbas, arrancados á las riberas en el día de la crecida. ¿Quién osará emplear la pluma profana del periodista en describir impresiones tales como las que se experimentan al penetrar en la plaza de San Pedro, al subir la amplísima escalinata, al pisar las anchas losas de la basílica, y al medir la propia pequeñez con las líneas magnas del templo ideado por Bramante para servir á las devociones de un pueblo de gigantes? El pavor de las cosas sublimes se apodera del que por vez primera se halla en aquel mundo artístico.

Cuando entró en San Pedro la hueste de españoles con quienes me encontré, sonaba el órgano en la capilla de la Presentazione, y se celebraba no sé qué ceremonia, con asistencia de la capilla papal. Con la gente que ocupaba la mitad de esta capilla, que constituye una quincuagésima parte del templo, se hubiera podido llenar la iglesia más grande de Madrid. Bien habría en la basílica veinte mil personas, y, sin embargo, parecía que el templo estaba desocupado. En infinitos grupos repartida aquella muchedumbre, unos oraban en esta capilla

ó ante aquel sepulcro, los más curioseaban, siguiendo las indicaciones de algún guía que, con sigilosa voz, les explicaba asuntos de cua-



dros, anécdotas de Miguel Angel ó el Papa Julio, distancias y medidas, y los peregrinos, con tanta boca abierta, sólo interrumpían al *cicerone* con exclamaciones de asombro, ó con tal cual monosílabo de duda.

La peregrinación española se pasa el día en el Vaticano, sin separarse un momento de aquel templo que atrae á los creyentes con el imán de la santa tradición de fe y de gloria. El principal anhelo de los pobres curas que aquí han venido, es tener papeleta para asistir á la misa que ha de decir Su Santidad. Del templo salían ayer en busca de algún Monseñor á quien vienen recomendados, y á quien no pueden ver nunca. Descendían las escaleras del palacio, perdíanse en los mil claustros, pasillos, patios interiores y callejuelas que forman el *pueblo* Vaticano. Ya se desanimaban, juzgando cierto el haber venido á Roma y tener que marcharse sin haber visto al Papa; ya volvían á recobrar la esperanza de adquirir una papeleta de invitación, cuando algún canónigo de Zaragoza ó de Gerona, cuando algún apóstol de levita de los que predicaron la guerra santa en Pamplona ó Mendizorrot, les prometían emplear su influencia en servicio de ellos.

He observado la impresión que causa *á la* mayor parte de los curas de los pueblos pequeños de España el esplendor del Vaticano, y no es tanto de alegría como de miedo, y aun osaría decir que de disgusto. En la severa é imponente pobreza de nuestro

culto, en la sencillez conmovedora de nuestros templos románicos y góticos, no se concibe la visión esplendorosa de San Pedro, llena de luz diurna que entra á torrentes por las grandiosas ventanas, y en cuya brillante decoración fulguran los ropajes de aquel ejército multicolor que sirve al Soberano Pontífice. Estos curas labriegos, que son la personificación más simpática de la fe del pobre; estos beneficiados de las oscuras catedrales castellanas, miran con sorpresa á aquellos suizos que guardan las puertas del palacio del Papa; suizos aún vestidos con el traje que ideó Miguel Angel, de calzas á rayas negras, amarillas y encarnadas, cubierta la cabeza de dorado yelmo, el pecho de plateada coraza y apo-





yada la gentil persona en alabarda de hierro formidable; aquellos *camerieri* de capa y espada, vestidos con la negra ropilla de Felipe II y liado al cuello el pesado toisón de oro; aquellos guardias nobles, de casco á la dragona, con cimera llena de flamígeras crines doradas, casaquín encarnado con brandeburgés de oro, banda de terciopelo azul calzones de ante y botas altas de charol; aquellos *gendarmi* de casaquín negro y altísimo morrión de piel de oso; aquellos guardias pa-

latinos, adornados con el chacó francés y la casaca violeta; aquellos *palafrenieri* de riquísimo traje de terciopelo carmesí, que ostentan recortadas en el precioso tejido las armas de León XIII, las flores de lis, el pino y la estrella; los canónigos, que se visten de sotana violeta y esclavina de piel de marta; los Monseñores, de roja seda adornados; los colegiales de San Pedro, que parecen cardenalitos pequeños, con sus becas arrastraderas en que se destacan las armas pontificias; y, en fin, aquel ejército de *sampietrini*, guardias de la Iglesia, cuyo uniforme azul y dorado se recorta sobre el gris de los antiguos mármoles



con cierta dureza de pintura pompeyana.

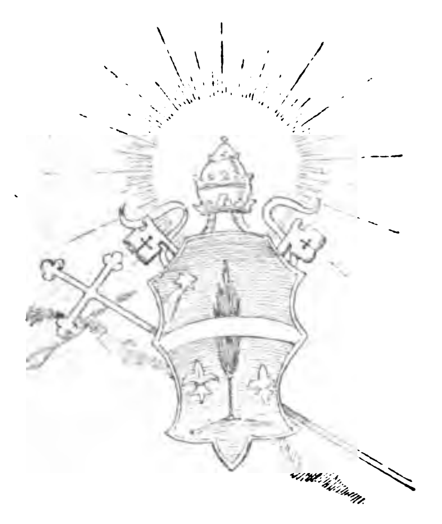
Este espectáculo brillantísimo, este desfile de palatinos y soldados, trasunto cada uno de una época pasada, asombra por su novedad á nuestros pobres curas, y los deja absortos Y luego, cuando salen del templo y de la plaza del Vaticano, y se pierden en el dédalo de las callejuelas del Trastevere



y tornan á la ciudad italiana, á la capital de la nación, á la corte de Humberto, parece como que despiertan de un sueño y vuelven á la realidad. Así se les ve malhumorados y discutidores, queriendo aniquilar con la mirada el esplendor de la nueva vida que sonríe en el Corso y en la Via Nazionale,

en la estación del ferrocarril y en toda la extensión de esta ciudad tantas veces grande.

Sin la infinita prudencia de Su Santidad y sin la sabia política de Humberto I, todos los días habría un conflicto en Roma. Allí



donde empiezan los muros sagrados, acaba la jurisdicción del Rey; y están juntos, frente á frente, viéndose todos los días y á cada hora, el suizo armado de la alabarda ponti-

ficia, y el *carabiniere* de la prefectura romana, sin que jamás se suscite entre ellos una disputa ni una polémica. Esta singular concordia de los soldados que representan ambos poderes, contrasta con la fiera lucha que en España sostienen claricales y liberales. Si en la región de las ideas y de los debates, donde parece como que se purifican las pasiones, la reyerta es tan agria; aquí, en esta línea de la frontera terrenal y y divina, era de presumir, con sana lógica, que la contienda debía ser formidable. No es así, por fortuna de la humanidad y para eterno ejemplo de la Historia. La sagrada figura del Papa brilla en lo alto de la colina Vaticana como hermoso faro de blancos resplandores, como pálido astro de paz y de amor.



## *La Misa*

# *del Papa.*

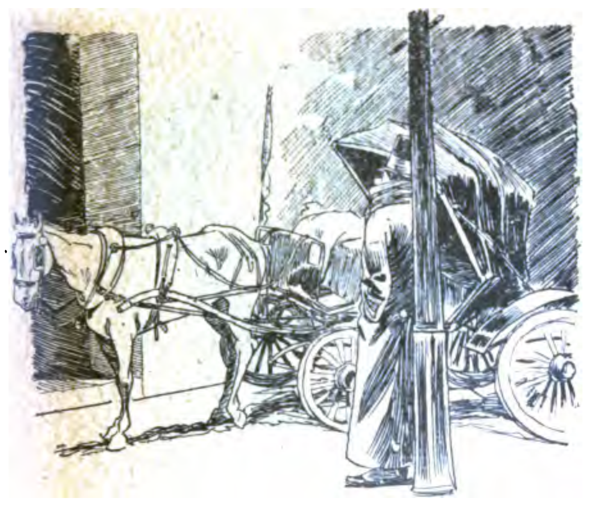
2 de Enero de 1888.

Aún faltaba la luz del día; eran las cinco de la mañana, y ya andaba revuelto el hotel con la precipitación y la premura de cien personas que querían llegar pronto á la basílica de San Pedro, temerosas de no hallar buen sitio para asistir á la solemne ceremonia, única en la historia religiosa del siglo. Sonaban los timbres, corrían los camareros, unos pedían su desayuno, otros preparaban su paquete de emparedados para comérselos irreverentemente en el

templo. Un grupo de ingleses, interpretando lo del "abito borghese„ exigido en la invitación, de un modo amplio, salieron vestidos de gorrilla de piel y manta, por miedo al frío glacial. Ante la puerta del hotel esperaban los coches, alquilados á precios fabulosos. Ardía el gas en los faroles de las calles, soplaba la tramontana que trae la nieve, y en el piso duro y helado sonaban pasos precipitados y los golpes secos de los caballos trotando hacia el puente de Sant-Angelo.

Roma se levantaba del lecho cuatro horas antes de lo que suele, y por todas partes, en calles y plazas, las puertas entreabiertas, las luces misteriosas de gabinetes y tocadores, indicaban el mismo deseo de presenciar la ceremonia, el mismo propósito de evitarse apretones y molestias. Corrimos calles y calles, solitarias unas, y otras llenas de animación. Los coches corrían impulsados por el látigo del cochero y por la curiosidad de sus dueños, y á través de los cristales, ó en el fondo de la capota, veíanse trajes sacerdotales de todos los pueblos del mundo; ya un obispo moscovita con su cabeza metida en enorme turbante, ya un fraile de suposición con la capucha calada, ora el tocado de una dama pa-

tricia, que lucía la mantilla española, de rigor en la Venus del Tiber cuando va á casa del Santísimo Padre, ora el exótico capacete de piel y plumas de una señorita húngara; ya se dejaba oir la risa clara y el habla dulce de alguna española, ya se divisaba



algún rostro senil, adornado de gafas de oro que brillaban bajo el ala del capelo cardenalicio.

A medida que íbamos llegando al puente de Sant-Angelo aumentaba la gente, y los

carruajes iban lentamente, en dobles filas, como en el Prado de Madrid los días de Carnaval. La impaciencia de los que iban dentro se traducía en alguna exclamación que salía del interior, ordenando al cochero adelantar; pero el puente estrecho, la



vigilancia de los gendarmes de trípico sombrero, y la abundancia de coches, retenía á todos en aquel pesado desfile. Pudo formarse una curiosa colección de interjecciones y vocablos de impaciencia en todos los idio-

ıas, desde el que se habla en Frància, al
ue se gorjea en Alemania; desde las lacó-
icas y contundentes formas del estilo ruso,
asta la profusa elocuencia española. Algu-

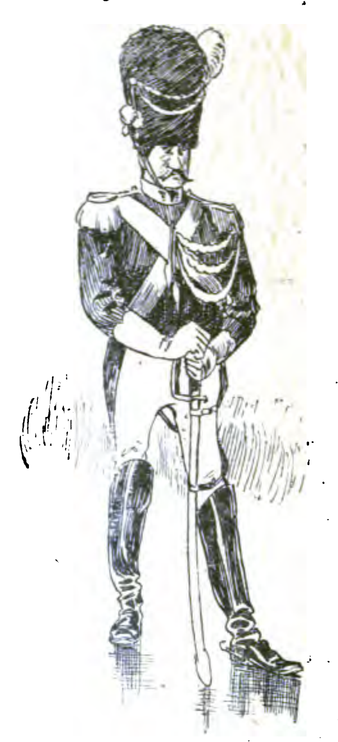


nos preferían seguir á pie; dejaban sus carruajes la dama que iba á tribuna distinguida, recogiéndose los amplios pliegues de su

minuto que pasaba crecía el tumulto. ¡Qué apreturas! ¡Qué gritos! Una andaluza pedía á un griego que no la estrujase; el griego pegaba un empujón á un romano; un aragonés soltaba una viva frase contra un húngaro, que acababa de ponerle sobre el pie una de aquellas botas ferradas que parecen el calzado de un elefante. Entre las espaldas de un alemán y un ruso, gemía y pedía socorro vieja bearnesa, cuya toca blanca encañonada estaba ya deslucida completamente. Una madre inglesa gritaba llamando á su hija, y le contestaba un joven portugués que había perdido á su novia, sin que por ello pudiera censurársele. Era una confusión horrible. La colosal masa humana se estrujaba, se oprimía, procurando adelgazarse para entrar por el pórtico de Carlomagno, donde seis *gendarmi*, con el sable al viento, iban ordenando aquel desbarajuste. En las dos columnas que sostienen el pórtico, dos *bersaglieri* procuraban salvar de las apreturas á las damas, cogiéndolas en brazos y levantándolas sobre la muchedumbre; con sus plumas negras flotando en el viento y con sus expresivos rostros morenos, parecían ángeles infernales que se hubiesen puesto allí para robarle almas á Dios.

Al entrar en el temploó la primera luz del día, iluminaba las amplias ventanas y destacaba entre las masas negras de la muchedumbre los brillantes uniformes de los servidores del Papa. Desde el rico, pero feo templete de Bernin, hasta las puertas de la basílica, había una calle formada por dos valles de terciopelo y dos filas de guardias pontificios, transunto vivo de nuestros milicianos nacionales. Reclútalos la bandera papal de entre los cereros, fabricantes de rosarios y constructores de objetos destinados al culto. Los hay viejos y jóvenes; pero predominan las cabezas canas, las piernas temblonas y el *coram vobis* abacial, que desentonan antiestéticamente bajo el levitón azul, el charolado cinturón y el chacó francés Formados desde las cinco de la mañana, ya denotaban el cansancio de los flojos músculos, más acostumbrados al reposo de la vida de mostrador que al trajín de las facciones y las guardias. De trecho en trecho veíase una pareja de dragones, con su enorme morrión de pelo en la cabeza. A buen seguro que estos gigantescos suizos lamentan la dispensa papal que les permite estar cubiertos en el templo, porque bien se ve en el sudor de sus rostros arrebatados y bigotudos, la moles-

tia de aquel catafalco lleno de gruesos cordones blancos y coruscantes chapas do



radas. Son soldados de caballería, á quienes

lo único que les falta es el caballo, y sitio por donde correr.

En la puerta de la capilla del Sacramento, por donde ha de penetrar el Santo Padre, hay un piquete de guardias nobles, cuyo uniforme es magnífico, aunque hoy sólo van de media gala, pues no llevan coraza. Las tribunas están llenas, y en su amplia gradería vése el hormiguero de los trajes elegantes, de los cascos, las cimeras, las plumas, las condecoraciones, las calvas, hermosas cabezas femeninas, lindísimas caras romanas y españolas, blondas negras,



llevadas con gracia igual por las hijas del Tíber que por las del Manzanares, trajes de corte, telas de brocado y tisú, rojas sotanas cardenalicias, uniformes extraños de ejércitos extranjeros. Imposible es hacer

una lista de nombres, ni un catálogo de trajes. Más bien pide esta parte de mi trabajo los tonos de color y el pincel de un impresionista, para ir dando pinceladas abigarradas sobre un fondo luminoso pálido, que ya el sol ha salido y acaricia con su polvillo parecido al pólen del lirio, doradas y telas ricas. De las altas ventanas de la bóveda caen dos franjas amarillas de luz, que por artística combinación del templo, posan sus extremos inferiores en el altar del Papa y en las tribunas. Ved allí una legión de camareros secretos luciendo ropillas de raso y terciopelo, espadas finísimas, golas de cinco rangos y collares abrumadores de oro. Ved un pueblo de prelados, sacerdotes, diáconos, frailes y diplomáticos. La Historia ha enviado para representar cada época un uniforme, una banda, una condecoración. La etnografía ofrece las páginas de sus estudios en cada uno de los tipos distintos: armenio, turco, griego, hispano, galo, tudesco y británico.

Hay un clérigo negro, un arzobispo de luenga barba amarilla, un patriarca de ojos oblicuos y piel aceitunada. Graciosas legioncillas de colegiales del Seminario pontificio, del de San Ambrosio y del de San Girolamo, cuyas sotanas tienen los colores

negro, azul y violeta, muévense con inquietud infantil, como los pensamientos en el arriate de un jardín cuando el viento sopla. Las noventa archicofradías y las setenta y tres cofradías de Roma, los treinta colegios apostólicos, eclesiásticos, regulares y secular pontificio, habían enviado su diputación. Allí andaban doce estudiantes del Colegio Noble Romano, de doce años de edad el mayor, con su crdinario traje de frac y chistera, y que parecían elegantísimos criaditos de una fonda lujosa. Y en triples filas de bancos, veíase á todos los cardenales palatinos, prelados domésticos, y en primera línea el Sacro Colegio.





En el blanco altar, puesto bajo el temple-

te de Bernin, lucía la tiara como un ascua de oro. Sus tres coronas parecían tres discos de fuego, y en la cruz que las domina fulguraba un brillante de extraordinario tamaño, en el que la luz producía cabrilleo constante y explosiones de claridad.

Aun cuando el Papa debía aparecer á las nueve, según el programa de la solemnidad, hasta las nueve y media no sonó la música de la capilla Sixtina que, entonando el motete *Tu es Petrus*, acompañaba con celestiales acordes uno de los momentos más conmovedores de la ceremonia.

Había quien llevaba seis horas en pie, y empotrado en el hueco de un muro ó incrustado en el mosaico humano que ocupaba el templo. La molestia general se advertía en las conversaciones en voz alta, en los empujones, en el oleaje de la multitud.

Había más de 50.000 personas en la ba-

sílica, pero aún quedaba hueco para otras 30.000. Podía circularse libremente en todas direcciones, y esto aliviaba la fatiga de la espera. En la circunferencia del altar y



en la puerta de la capilla del Sacramento es donde había verdadera confusión, por-

que allí se aglomeraba la gente esperando, unos ver al Papa durante la misa, y los otros queriendo verle pasar desde cerca.

En las estatuas y en los confesonarios había gente que había trepado buscando buen observatorio, aun á trueque de romperse el alma. En el sarcófago de Clemente XIII, hermosa obra de Canova, había una porción de gente. Un húngaro estaba á horcajadas sobre uno de los leones del monumento, y en la extraña cabalgadura de mármol causaba un efecto cómico caricaturesco. Los *sampietrini*, guardianes del templo, dejaban hacer á todos lo que mejor les parecía, consintiendo las más grandes profanaciones. Aparte de algunas de estas exageraciones de la curiosidad, el inmenso público guardaba correctísima compostura.

No hay modo de expresar, en la rapidez con que escribe un *reporter*, detalles de que sólo se da cuenta el cronista cuando pasan algunas horas y se produce en su alma un fenómeno de decantación como el que en la retorta del químico separa unos cuerpos de otros. Así, el punto en que apareció tras las colgaduras y verja de la capilla del Sacramento Su Santidad León XIII, necesitaría, no sólo reposo y

calma para ser narrado, sino una pluma elocuente y maestra. Hubo un movimiento de aproximación en la concurrencia. Todos quisieron acercarse á la entrada de la capilla. Luego sonó un vítor general: "¡Viva el Papa! ¡Viva León XIII!„

Habíame colocado en buen sitio, y pude examinar atentamente la magnífica escena. Suizos armados con alabardas y picas, canónigos del cabildo romano, camareros de capa y espada, Sacro Colegio, guardias armados con montante... en nada de esto me fijé. Apenas vi á los príncipes Orsini y Colonna, que iban al lado de la silla gestatoria. Vi solo la figura del Papa, que se destacaba pálida, blanca, en la atmósfera luminosa del templo. Iba inclinado hacia el respaldo de la silla. Su rostro, demacradísimo, tenía el color de la hostia. Llevaba los ojos medio cerrados; los labios, entreabiertos, hacían un movimiento de respiración difícil. Cubría su cabeza la mitra episcopal, empedrada de brillantes, y ceñía su cuerpo túnica de seda blanca, con ligeros vivos de plumoso armiño. Un ropón de lana y oro caía de sus hombros. A derecha é izquierda, dos *flabularii* sostenían sendos abanicos de plumas de avestruz, blancos y festoneados de negro. Extendía en el aire

su mano derecha, con los dedos colocados formando cruz, y bendecía, inclinándose á



un lado y á otro: León XIII manifestaba la más viva emoción, y de cuando en cuando

salía de sus labios una tos seca y aguda, que parecía hacerle sufrir.

El entusiasmo de la muchedumbre se expresaba en vítores, en aclamaciones inarticuladas, en aplausos, en lágrimas, en frases de todos los idiomas, que formaban una caótica é indescifrable sinfonía de admiración y amor. ¡Qué rostros de éxtasis, qué



ademanes de oración, qué actitudes de asombro se veían por todas partes! Así llegó Su Santidad al altar.

Al regresar, por el centro del templo, y una vez cumplido el ritual de la bendición, los vítores resonaron incesantemente. "¡Vi-

va el Papa! ¡Viva León XIII! ¡Viva el Papa-Rey!„ Este último grito fué repetido seis veces, partiendo siempre del mismo lado del templo.

Todos advirtieron en el Papa una profunda expresión de tristeza y una melancolía, que unía simpática veneración á la que inspira el Santo Padre. No es fácil describir cuán conmovedora fué aquella escena. No es fácil que se olvide á quien ha tenido la dicha de presenciarla. En nuestra memoria vivirán con perenne remembranza la pálida figura del Papa y el momento en que tendió su brazo en el aire y marcó sobre nuestras cabezas una bendición.





## *La Exposición Vaticana.*

Imposible es escribir un estudio minucioso de la Exposición. La muchedumbre de objetos, la monotonía de una misma cosa repetida hasta el infinito, el tener todas las salas análoga fisonomía, la falta de rasgos salientes en el modo de hallarse expuestos los donativos, imposibilitan el método. Es desesperante para el que tiene obligación de describir aquello, ver cómo, apenas ha

empezado á tomar apuntes de una sala, escribiendo: "Admirable casulla, bordada por las monjas de San Ambrosio de Bérgamo," encuentra en la sala inmediata otra casulla, bordada admirablemente por las monjas de Bolonia. Si en la sala primera os detiene una estola con los escudos pontificios bordados en realce, en la segunda galería os sale al paso otra estola semejante. Aquí hay una mitra, un báculo y un pectoral de brillantes y oro; más allá veis todo esto reproducido en plata y esmeraldas.

La impresión general de la Exposición es ésta: muchedumbre inmensa de donativos, poca variedad, riqueza, mal gusto. Predomina la labor femenina, el bordado pacienzudo y *rococó*, la obra lenta de la devoción bordadora, mucho terciopelo, mucho oro, maravillas de encaje, asombros de bordado. No hay uno de los innumerables conventos de monjas de Italia que no haya enviado su terno ó su palio.

Después ocupa el segundo lugar, en lo cuantitativo, la escultura. La imagen de San Pedro, copia de la que hay en la basílica vaticana, aparece treinta veces, en grande, en pequeño, gigantesca y microscópica, en oro y en yeso, en mármol y en marfil, negra, dorada, blanca. Un fa-

bricante de velas, de Milán, la ha construído con cera; un fundidor de cañones, de Spezzia, la ha hecho con bronce.

Ocupa el tercer lugar, en la lista de mayor á menor cantidad, la obra de orfebrería y platería. Cálices, custodias, ánforas, navetas, copones, incensarios, ciriales, candeleros, corazones con las siete espadas simbólicas, mitras, relicarios, báculos, campanillas, hisopos, varas de palio... de todo esto hay por millares.

Un carpintero de ribera de Civita-Vecchia, un armador de Nápoles y una sociedad de navegantes de Génova, han enviado cada uno una preciosa navecilla. Una es de caoba y oro, los remos de plata, los cables del velamen de cobre, y el timón de platino. Las otras dos son también de maderas preciosas, y podrían servir para ilustrar al vivo las aventuras de Gulliver en Liliput.

—

Lo más curioso y rico de la Exposición es el salón de los dones de los soberanos, colocados en la galería del Braccio Nuovo. Allí atraen en primer término las miradas, no los regalos de príncipes y reyes, sino las maravillosas obras de escultura clásica

que están situadas por derecho propio alrededor de las paredes.

En el centro, y en un escaparate octógono, se destacan con brillantes fulguraciones los regalos de algunos reyes y presidentes de república. Entre todos llama la atención el donativo de la reina de España. Es uno de los más ricos, y sin duda el más artístico de todos. El escudo coronado por la tiara, las dos llaves cruzadas y las cifras de León XIII, constituyen una hermosa obra de la joyería española, bien conocida en España, porque su grabado ha aparecido en *La Ilustración Española y Americana*. También está allí el anillo donado por la Reina Regente al Papa, hace algún tiempo.

La mitra de la emperatriz de Alemania, la cadena y pectoral de la república del Ecuador, el cáliz, jarrón y plato de la reina Victoria, la tiara de la ciudad de París, el altar de plata de los príncipes de Torlonia, el *bureau*, candelabros y reloj de los condes de París, son riquísimos.

Entre ricas vestiduras, regaladas por el rey de Wurtenberg y por los príncipes Colonna, hay un lujoso manto de terciopelo rojo, al cual va unida una interesante anécdota.

La princesa Corsini era dama de la reina Margarita. Cuando los reyes de Italia entraron en Roma, la ilustre señora creyóse obligada, en su conciencia de católica, á no seguir sirviendo á quienes habían acabado con el dominio temporal del Papa. Retiróse de la corte, entonces, la princesa Corsini, á pesar de que uníanla con la reina Margarita, más que vínculos de respeto, lazos de amistad cariñosísima. Al llegar el jubileo del Papa, la princesa Corsini ha regalado á León XIII el último manto que usó en la corte de Florencia, símbolo delicadísimo de adhesión y de fe, que trae á la memoria la piedad de aquellos paladines que, acabada la lucha y obtenida la victoria, deponían su espada, aún caliente del trabajo de la reyerta, ante los pies de alguna Virgen, entre flores y luces.

Saliendo del salón de los regalos reales, para describir las nueve salas que componen la Exposición, fuera necesaria la paciencia que la leyenda atribuye á los chinos.

La nota cómica la da un escaparate de zapatero, en que se exponen botas, zapatillas, chanclos y polainas. El buen hombre, regalando lo que no puede servir de nada á quien lo recibe, ha buscado sencillamente un reclamo de su negocio.

La nota curiosa la da un escultor español, presentando un bajo-relieve en que aparece el Santo Padre resolviendo el asunto de las Carolinas. En una mano, da Su Santidad al Sr. Cánovas un pliego, y con la otra, otro pliego al príncipe de Bismarck. Detrás están el emperador Guillermo y el rey Alfonso, estrechándose las manos afectuosamente. La intención es sana; pero no basta en arte la intención.





PÁGINAS

DE LA

# EXPOSICIÓN DE PARIS



## *El guiñapo y el juguete.*

(MAYO, 1889.)

Para orientarse en el Palacio Principal, no basta servirse de los catálogos ni de las guías.

La inmensidad del recinto, los centenares de galerías, los millares de escaparates, la cantidad de lo expuesto, abruman la

atención. Es una ciudad, una gran ciudad cuyas casas son de cristal, y detrás de cada uno de cuyos balcones la industria ha almacenado tesoros de incalculable precio. Todas las industrias, todas las artes y todas las ciencias se han unido para producir estas maravillas. El tapiz que cubre el suelo, el sillón en que se descansa, el traje que se viste, la joya que adorna, la lámpara que ilumina el salón en las fiestas ó el gabinete durante el trabajo; las pieles que hacen soportable el frío, el carruaje que nos transporta, el paraguas que nos preserva de la lluvia, los tejidos baratos que forman la indumentaria del pueblo, y que se venden á cincuenta céntimos el metro, y los brillantes que forman el orgullo de una mujer y la fortuna de una familia; aquello que se paga con el trabajo de toda la vida; aquello por cuya posesión se lucha; lo que hace rico y confortable el hogar; lo que diferencia el aspecto de los pueblos cultos, del aspecto de los pueblos salvajes; todo puede verse en el Palacio Principal.

Recorremos varios kilómetros de galerías, y aún no hemos visto la mitad de lo que hay expuesto. Si quisiéramos apuntar nuestras impresiones, llenaríamos de notas un volumen. Si intentamos clasificar lo que

hemos visto, presto la confusa variedad de colores y de formas hace que nuestro cerebro sea un caos donde se amontonan olas de encaje y seda, lluvias de piedras preciosas; matices y siluetas que más responden al recuerdo de lo visto en el ensueño, que al de lo contemplado en la realidad.

—

Ya que no sea posible una clasificación, por la clase de los distintos productos, sigamos un procedimiento nuevo. He ahí una mujer y un niño. Espiemos su curiosidad, tomemos nota de sus sorpresas, y habremos podido analizar dos especies distintas de lo expuesto: el traje y el juguete; lo que adula la vanidad femenina, y lo que divierte la curiosidad infantil.

En este pueblo de cristal, Lyon y Saint-Etienne forman dos barrios en que hay toda la varia gama de los colores tejidos en seda, en peluche y en terciopelo. El chal, el vestido hecho por sabio *modisto*, el encaje, las finísimas pieles de Australia, aparecen formando un conjunto al mismo tiempo magnífico y gracioso. Las fábricas de Davenière y de Warée presentan sus

fantásticos encajes, de los que alguien ha dicho que eran la nada tejida.

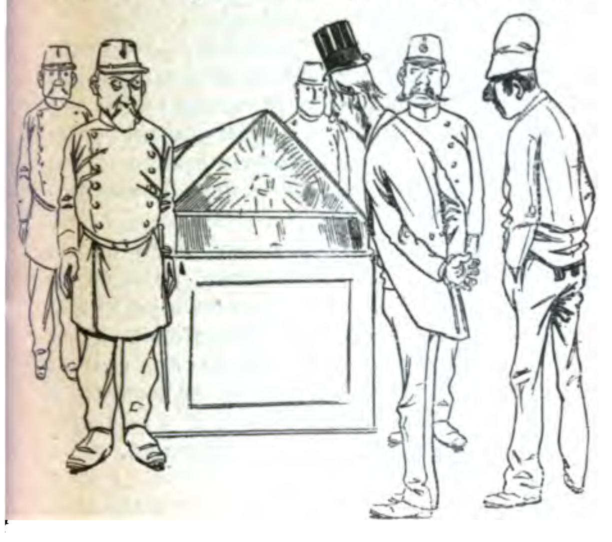
La rapidez del comercio en la vida moderna hace que apenas un producto ha sido fabricado, cuando el vapor le transporta por todo el orbe. No hay, pues, posibilidad de hallar aquí algo que no se haya visto antes. Lo que sólo aquí puede verse es el conjunto riquísimo, la multitud inagotable de tejidos, pieles, joyas. El gusto del artista y el capricho de la mujer dudarían al escoger revoloteando como las mariposas que buscasen en inmenso jardín las flores más bellas.

El sindicato de joyeros ingleses presenta en sencilla vitrina el diamante más grande del mundo. Hasta ahora había ocupado esta categoría el *Regente*, que pesa 136 quilates; pero esta extraordinaria piedra pesa 180. Ha sido encontrado en el distrito diamantífero del Cabo; vale *veinticuatro millones de reales* y le dan guardia de honor cuatro *sergents de ville*. Este monstruo de la joyería obtiene un gran éxito, reuniendo alrededor numeroso concurso.

El oro y la plata, el brillante y la perla, la esmeralda y el topacio, destácanse en todas las combinaciones posibles sobre el terciopelo de los escaparates. Aquellas vitrinas

parecen empedradas de estrellas. Hasta cuando el cielo se nubla, brilla allí el sol.

Los *modistos* y los joyeros de París dan el tono de la elegancia en todo el mundo. Sabido es que la rue de la Paix, donde viven Whort y Laferrière, Debut y Sandoz,



es algo así como el ateneo de la moda y la academia de la elegancia. El oro llega lo mismo de San Petersburgo que de Viena para enriquecer á estos artífices, que son

consultados, adulados y sostenidos por la vanidad de la mujer. Ni la gran duquesa alemana, galófoba hasta el delirio, ni la piadosísima condesa de la corte papal, dejan de sacrificar su patriotismo y su fe para enviar el dinero de Berlín y de Roma á esta ciudad corrompida y sublime.

Pero en la Exposición de París, y en esta sección de ella que vamos recorriendo, al lado del lujo supremo reservado á los poderosos, campea el lujo *à bon marché,* principal sostén de la industria francesa. La clase media y el pueblo pedían la magnificencia, el esplendor poco costoso, vestir como príncipes con el presupuesto de un plebeyo, y Lyon ha hecho este milagro tejiendo sedas que no cuestan más de lo que costaría el percal hace veinte años. Para esto se ha apelado á la falsificación, que en la ocasión presente ha resultado honrada y provechosa, porque permite ir á la mujer elegante sin que el marido se arruine.

—

Si hemos llegado hasta aquí, guiados por la curiosidad de una mujer, no tengamos la candidez de imaginar que hemos de conse-

guir hacerle variar de espectáculo. Rusas, españolas, alemanas, canadienses ó porteñas, unidas en una misma admiración de lo frívolo, permanecerán en esta parte de la Exposición hasta que el cañón de la torre Eiffel resuene anunciando que se van á cerrar las puertas.



Sigamos, pues, á los niños, que van á ver la sección de juguetes.

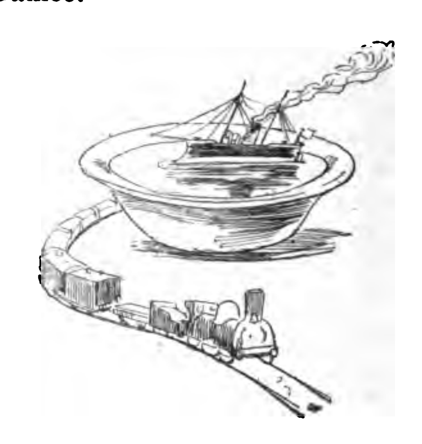
París ha vencido en esta fabricación á los tiroleses y á los alemanes, llevando al juguete algo de su ingenio, de su originalidad y de su brillantez. Los escaparates en que se expone la juguetería atraen al público, y le entretienen durante mucho tiempo.

La moda está por el

juguete eléctrico. El conejo que toca el timbre, el vaporcito que ha de hacer travesías en una jofaina, el globo que ha de volar dentro de una habitación; todos los juguetes que antes se movían por el resorte, ahora obedecen á la electricidad.

Pasamos revista á toda esta inagotable colección de juegos infantiles, algunos de los cuales son la aplicación de inventos científicos que en otra época hubieran preparado á su autor el martirio reservado á la hechicería.

Los niños del año 89 juegan con lo que hubiera bastado para la gloria de Volta ó de Galileo.





## *La historia en la Exposición.*

El deseo de representar la historia por modo visible, ha reunido en la Exposición la obra de pintores, escultores y coleccio nistas, que comprenden que así como al acabar un libro el autor resume las teorías que en él ha sustentado, al acabar un siglo debe éste sintetizar lo que la vida suya representa, ya remontándose á los orígenes de la humanidad, ya limitándose á un período de ella.

Por eso abundan en la Exposición las colecciones históricas.

En *Chateau d'eau* se exhibe un panora-

ma titulado *Los hombres del siglo*, donde pintores de fama presentan en bien combinados grupos á los personajes ilustres de nuestra época. Poetas, capitanes, inventores, músicos, filósofos, Papas y Monarcas ocupan las fingidas terrazas y avenidas de un jardín. He aquí á Marat, la cabeza entrapajada, y nudoso garrote en la mano, la mirada hosca y el rostro repugnante. Poco más atrás se halla Lamartine, contraste de belleza moral y física, que resplandece más al lado del cruel *amigo del pueblo*.



Víctor Hugo, Dumas, Napoleón y el emperador Guillermo; la Rochel y Talma, Corot y Regnault, Gurko y Moltke; los sabios que han ilustrado su generación y los ídolos de un día, hacen de este panorama un á modo de Diccionario biográfico del siglo XIX. Falta, por supuesto, la representación de España. No creen nuestros vecinos que en

el siglo XIX hayamos tenido ni un solo hombre que pueda ponerse al lado de Boulanger. Favor que nos hacen.

Otro museo histórico: el del trabajo humano. En el Palacio de Artes liberales se ha dedicado un elegantísimo templete á conmemorar fechas famosas en el progreso de las industrias. Representan estas efemérides, ya un busto, el de Pablo Broca, que en 1859 fundó la primera Sociedad antropológica; ya una vieja estampa tirada por Finiguerra, que en 1452 descubrió la impresión del grabado; ya una clave de amarillas teclas, la que construyó en 1711 Cristóforo de Padua, inventor del mecanismo del piano; ya un medallón laureado en que se ostenta el nombre de Ictinos, que edificó el Partenón en el año 438.

Seis grupos escultóricos, tallados en madera, recuerdan el nacimiento de industrias hoy portentosamente desarrolladas: la fundición de hierro y del vidrio; el papel y el pulimento y corte de piedras.

La historia del teatro ocupa otro templete. Allí se ve el carro del Tespis; un grupo de comediantes clásicos, con el rostro embadurnado por el zumo de las uvas; una decoración del teatro que dirigía Shakspeare; la carátula broncínea de los griegos; el

coturno; los disfraces de la compañía que Scarrón pintó en su famosa novela; Colombina y Casandra; una mascarilla de Deburau, el célebre pantomimo, y hasta una peluca que usó Sarah Bernardht al representar *Adriana de Lecouvreur*.

La historia del periodismo ocupa varios estantes. El *Journal des Débats*, que acaba de celebrar su centenario, presenta sus colecciones, curiosísima historia del siglo, anotada día por día, y cuyo carácter anecdótico y sincero le da un valor incalculable para el porvenir.

Resulta del examen de esta sección, que el primer periódico que se publicó en el mundo, es obra de los chinos. Se llamaba: *Virtudes del Señor*. Este señor era el tirano que pegaba y pagaba. Véase si la prensa ministerial tiene nobilísimo abolengo.

También fueron los chinos los primeros que publicaron la novela de folletín. La primer obra de este género que se conoce, se titula: *El Monstruo de Yedo*.

En una de las galerías adyacentes del Palacio de Máquinas se halla la historia de la locomotora. Figuran en primer término dos máquinas que inauguraron el servicio de mercancías en un muelle del Támesis. La rudeza de estos aparatos; sus rails sin

traviesas y montados sobre enormes adoquines; su ténder, que no era sino un carro



en que una cuba hacía de depósito de agua,

sorprenden, porque hacen ver cuán rápido y feliz ha sido el progreso.

Curiosísima es también la sección titulada: *Historia de los medios de locomoción*. El carro, la angarilla, el palanquín, la lancha hecha con odres llenos de aire; el globo de papel de amianto y el trineo, ocupan una galería. Después se hallan los animales que han ayudado al hombre en su empeño de acortar las distancias; el reno, el caballo, el perro, el elefante, el camello, la paloma mensajera, el buey y el llama.

La historia del faro empieza en el hachón de viento clavado en un árbol, y acaba en el moderno y maravilloso sistema lenticular, que reparte en haces luminosos, de potencia calculada, el resplandor de un arco voltaico.

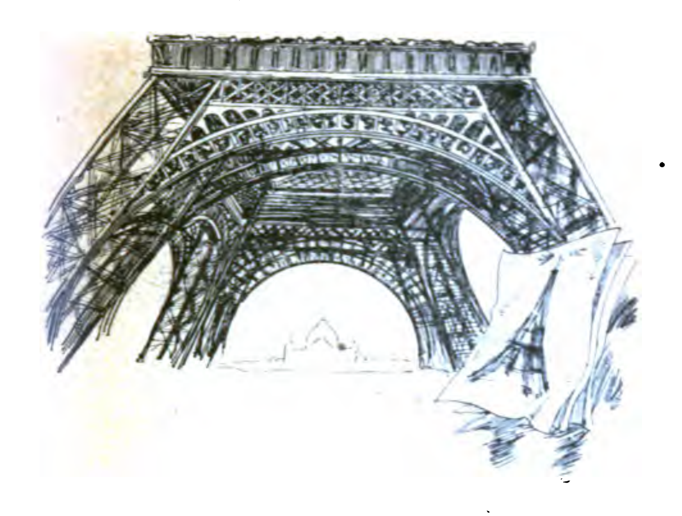
Motivo de hondas meditaciones es esta parte de la Exposición. Viendo el progreso continuo; asistiendo á la labor incesante del hombre, ideas de júbilo y esperanza llenan el alma. La humanidad nunca ha retrocedido, y su camino hacia la civilización se ve claramente marcado en cada una de las industrias. Parece como que una voluntad providencial ayuda al hombre en su trabajo, le dota de genio para inventar, y le da resistencia para la lucha. Si se fatiga y de-

siste, envía á la casualidad para que le ayude. Un obrero asmático, que no podía soplar en el tubo de hacer botellas, ideó el moderno horno de cristal por aire comprimido. Aparatos hay que suponen la vida de



un hombre, y en cada diente de una de sus ruedas se adivina un año de estudios. En cambio, el pararrayo fué una inspiración que Dios envió con el rayo mismo. En la elaboración continua de la idea se observa

el mismo procedimiento que en la obra de la naturaleza. La lentitud con que el mineral se cristaliza en el perdurable reposo de las entrañas de la tierra, y la rapidez con que el insecto nace, procrea y muere, no son sino ritmos distintos de la gran sinfonía de la naturaleza, que pone al lado del genio improvisador el experimentador pacienzudo, y funda en la cima de la inmoble roca el nido del águila.



## *La torre Eiffel.*

Eiffel ha subido demasiado alto para no tener enemigos. Se ha combatido su obra por inútil, por antiartística y por peligrosa. Antes de que el Gobierno eligiese el proyecto del sabio ingeniero entre 500 que habían concurrido al certamen promovido para construir un monumento que conmemorase el centenario de la revolución, se juzgaba imposible erigir una torre tan alta. Cuando se ha visto concluída, se dice que

atrae las tempestades. Quien no puede castigar á Eiffel de otro modo, lo hace suprimiendo el ilustre apellido al hablar de su obra, y llama á ésta la *Torre de trescientos metros;* por lo que, andando los siglos, habrá quien crea que fué un famoso arquitecto este *Señor de trescientos metros.* Por artes tales, John Churchill, el héroe de Malplaquet, ha llegado á ser el *Mambrú* cuyas aventuras cantan las niñas en el Prado.

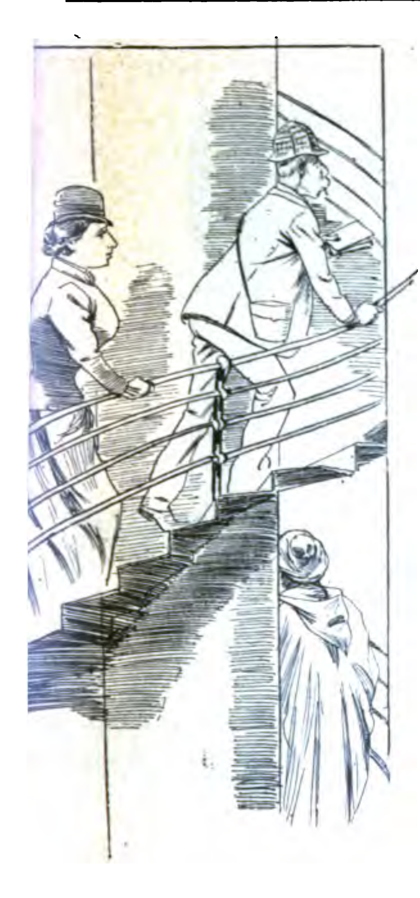
Podrá discutirse y aun negarse el mérito de la torre Eiffel como obra de arte. Nadie podrá disputar á Eiffel el triunfo de haber erigido el más alto monumento del mundo, de haber idealizado el hierro, de haber llevado la luz eléctrica á la región de las águilas, y, sobre todo, de haber dado á la Exposición de París el más estruendoso y brillante de los reclamos.

—

Subamos á la torre.

Los ascensores no pasan de la segunda plataforma, y no funcionan con regularidad.

Hay que hacer el viaje trepando por las escaleras de caracol que, á lo largo de las armaduras de hierro, se enroscan como virutas de madera arrancadas por el cepillo



á una tabla. No se pasa del piso segundo. Allí es donde el *Figaro* ha establecido una imprenta, en que se publica todos los días una edición especial referente á la Exposición. Allí hay un *restaurant* ruso, un *bar* americano, una cervecería flamenca.

La Exposición de París aparece en conjunto y como un plano de relieve. Las líneas de los edificios dibújanse con la suprema corrección que da el

ver á distancia grandes conjuntos. Los palacios enormes, la colosal galería de



máquinas, parecen pequeñas desde este

punto de vista. Las 48 galerías del Palacio de Industrias diversas, con sus tejados en ángulo agudo que se apiñan uno detrás de otro, podrían compararse, contemplándolos desde la torre Eiffel, con los pliegues de un acordeón. Los pabellones de Méjico, la República Argentina, Chile, Bolivia y el Principado de Mónaco, y los otros cientos y cientos de edificios desperdigados por la inmensa área, no son, así vistos, sino juguetes. Las estatuas colosales, la fuente monumental que hay debajo de la torre, parecen minúsculos *bibelots;* los jardines y pedazos de césped, manchas verdes y ramos de flores: las gentes que desfilan, procesiones de insectos; los camiones, arrastrados por los recios y peludos caballos de Normandía, invenciones tirolesas, propias para que los niños jueguen con ellas en la mesa del comedor después de levantados los manteles. Todo lo disminuye la distancia; y así en las lejanías de la historia como en las de la visualidad óptica, las cosas más grandes se achican y se esfuman, dejando de ser enormes monumentos para convertirse en graciosísimas menudencias.

—

Al mismo tiempo que subimos nosotros, sube un centenar de curiosos. Unos hacen la ascensión no más que por inscribirse en el registro del *Fígaro* y ver mañana su nombre impreso. Otros suben por decir que han subido; quién por hacer observaciones de artista; cuál otro para contar los escalones. Pocos, muy pocos, ascienden por el gusto de gozar del espectáculo grandioso, único, admirable, que desde la segunda galería se descubre. No hay asomo de ironía en llamar torre de Babel á ésta en que nos hallamos; porque si para dar desahogo al cansancio os apoyáis un punto sobre la barandilla y decís en el patrio idioma: "¡Cuánto falta aún!„, os responderán en ruso: "¡Qué escalera tan mala!„ y en inglés: "¡Admirado, pero reventado!„ Y en cada escalón halláis un ascensionista de nación diferente, sin que falte el obligado moro, que ya es ornamento necesario de toda fiesta que se estime en algo.

Iba detrás de mí un buen señor, en quien lo obeso no empecía á lo ágil, todo cargado de guías y planos, su anteojo sobre la espalda, y para quien indudablemente aquello revestía la importancia de una ascensión á la "Junfrau.„ Resoplaba como una morsa; el agua se rezumaba de sus mejillas como

de andujeña alcarraza. El aspecto solemne y maravillado de aquel sujeto me hizo pensar en Tartarín cuando realizó su segunda y nunca bastante alabada salida de Tarascón, capital de la hipérbole, y llegó á las



nevadas cumbres del Righi. No teniendo con quién hablar, y siendo una de esas na-

turalezas espontáneas para quienes la comunicación es, como la respiración, fenómeno involuntario, dirigía la palabra á cualquiera de los que estaban más cerca, y sin interrumpir la fatigosa subida, decía:

—Hemos llegado á la altura de 46 metros, la misma del Arco del Triunfo. La primera plataforma está á 56 metros: diez menos que la torre de "Notre Dame.„ La cúpula de los Inválidos mide 105 metros, y la segunda plataforma 115. Desde esa altura Eiffel ha podido ya tratar de tú á la Gran Pirámide de Egipto, que tiene 146, y al campanario de la catedral de Colonia, que mide 159. Pero aún había un monumento más alto: el de Wáshington, 169 metros: ¡bonita elevación! Eiffel, de un salto, ha subido á la última plataforma, 300 metros. Desde allí puede reirse de todos los templos, torres, alcázares y campanarios del orbe. Los mira como á una turba de enanos... Dicen que la temperatura varía á medida que se sube. Sin duda alguna. En lo último de la Eiffel el termómetro marca 10 grados menos que en el Campo de Marte. Es pasar del verano al invierno... Si los alemanes vuelven á sitiar á París, desde su observatorio podrá Eiffel reconocer una extensión de 120 kilómetros. No se moverá un soldado de Bis-

marck sin que nuestro gran hombre lo vea y avise por teléfono. Verdad es que los cañones del bárbaro tirarán al blanco sobre la punta de la torre, y un proyectil de Krup podrá quitarle al foco eléctrico su sombrero de cristal. Pero ya inventará algo Eiffel



para reirse de los alemanes... Con lo que no estoy conforme es con los ascensores. Subir en ellos es como hacer un viaje en ferrocarril: no se ve el paisaje con detenimiento... Aquí cada escalón ofrece un nuevo punto de vista. Poco á poco va entrándose en posesión del espacio y va dominán-

dose el horizonte: el hombre va convirtiéndose en pájaro...

Dejamos atrás al pájaro, que en lo que parecía deber convertirse era en agua, tal sudaba, y llegamos á la primera plataforma.

—

Es una gran extensión, una amplísima plaza, rodeada de barandillas. Quien se retira de ésta creerá hallarse en la plaza de la Concordia ó en otro punto semejante de la gran ciudad. Allí hay *restaurants*, cervecerías, kioscos, vendedores de estampas, planos y anteojos; una muchedumbre que va y viene, llenando de animación y movimiento el área de 4.200 metros cuadrados. Por un momento se cree que no es aquello el primer punto de descanso de la torre Eiffel. Lo que desde abajo parecía pequeña jaula de alambres, hállase magnífica y extensa cubierta de cristales, donde la vida turbulenta y ruidosa del boulevard hállase reproducida en todos sus esplendores é incidentes. ¿Estaremos seguros paseando por aquella plaza? ¿No vendrá de improviso un ómnibus de la *Compagnie général*, con sus tres caballotes blancos, al

trote, á aplastarnos?... En la duda, entramos en la cervecería de Alsacia y Lorena, hermosísima sala donde una muchacha escapada á las garras del alemán, y vestida con un lindo traje alsaciano, sírvenos un *bock* de fresca cerveza de Strasburgo.

—

¿Quién no ha visto algún grabado que represente la torre Eiffel? Todo París está lleno de estampas grandes, pequeñas, en negro ó coloreadas, que representan la obra de Eiffel.

El fotógrafo, el grabador, la han copiado en todos los tamaños posibles; adorna los botones de las camisas; destácase en relieve en medallas y monedas conmemorativas; la venden á sueldo, convertida en microscópico dije de metal para la cadena del reloj.

Es la victoria mejor conseguida con el hierro.

Puestas en función las fraguas de los cíclopes, hubiera el tirano empleado estos nueve millones de kilogramos del duro metal en fabricar millones y millones de espadas con que imponer su mando por toda la tierra. Eiffel, con la tiranía de la cien-

cia, ha hecho que el hierro sirva para elevar un monumento á la Libertad.

Las torres que hasta ahora elevó la vanidad humana; aquellas que, según el poeta, fueron desprecio al aire, y

«á su gran pesadumbre se rindieron,»

eran de piedra, gigantescas masas de granito, en cuyas entrañas, frías y silenciosas, era encerrado el prisionero de Estado. Las *oubliettes* de la Bastilla y del Temple, los plomos de Venecia, las *tumbas vivas* de Cheops, han hecho odiar estas torres construídas por el odio.

Porque aún resulte más hermoso el símbolo, la torre Eiffel es un enrejado aéreo; la luz entra por todas partes, el sol juega en sus arcos y en sus flejes, y la inmensa cuanto elegante mole, vibra y resuena al estremecimiento de las ondulaciones de la atmósfera.

Sigamos subiendo.

—

Cuando acometemos la subida de la escalera que conduce desde la primera á la segunda plataforma, llega, á la altura en

que nos encontramos, un ascensor. Su forma es igual á lo que resultaría de un vagón de ferrocarril que hubiera sido cortado en línea diagonal desde su techo á la base. Las ocho pequeñas ruedas en que se sustenta, giran lentamente sobre dos rails, iguales á los de una línea férrea que se hubiera puesto vertical; los primeros metros del ferrocarril directo de la Tierra á la Luna. Es extraño el aspecto de los ascensores, que parecen caricaturas de carruajes, vagones deformes, y su marcha despaciosa, sin ruido ni oscilaciones, inspira confianza. Muchas personas que venían temerosas, acaban por meterse en el ascensor y abandonarse sobre sus banquillos de madera, en el vacío. Una alegre banda de mujeres llena el aéreo carruajillo. Unas van asomándose a las ventanillas, y gritando á alguien que, menos atrevido, se ha quedado abajo; otras, parecen aterradas y se tapan los ojos con las manos, aunque su terror tiene algo de fingido, por cuanto bajo las manos se observan en sus rostros estremecimientos de risa.

Un joven inglés, vestido con un terno á cuadros, cubierta la cabeza con un kepis de paño, ocupa el primer asiento, y lleva en las manos una máquina fotográfica ins-

tantánea, cuyo objetivo asesta al suelo, lleno de un enjambre de personas que parecen pequeñas como las figurillas de alcorza del retablo de Ginesillo de Pasamonte. Se hallan de tal modo establecidos los ascensores, que no se ve cable que le suspenda, ni cadena que le sujete. Diríase que asciende por propia facultad de flotar, como si fuese la barca de un aerostato. La reputación de los ingenieros MM. Roux, Combaluzier y Botis, inventores de estos aparatos, inspira la seguridad que da un cálculo matemático; pero cuando pensamos que aquellos vagoncitos suben hasta 115 metros de altura, y que un tornillo que se rompa ó un rail que se desvíe pueden dar al traste con el cálculo matemático y con la vida de los ascensionistas, se apodera el vértigo de quien ve cómo la máquina trepa por su vía casi vertical, llena de gente, coronada de blancos sombreros de paja y acompañada por la alegre música de la risa femenina.

Aún hace falta que pasen muchos días y que la confianza se arraigue para que se prefiera la peligrosa comodidad del ascensor á la cansada escalera que da vueltas, describe ángulos violentos, ya se mete entre las mallas de hierro de la torre, como

si huyese del abismo, ya se acerca á la parte más saliente y rodea la armadura. Estas



escaleras van estrechándose á medida que van subiendo.

En su primera parte, las barandillas no tienen ninguna defensa contra el vértigo; pero cuando se pasa de 80 metros, un espeso y alto alambrado impide todo propósito suicida. Se ha querido evitar que se convierta la torre en el *suicidadero* universal. En efecto, aquellas alturas ofrecen seducciones sin cuento al aficionado.

Nuestro viaducto de la calle de Segovia no constituye sino un salto de placer, si se le compara con aquellas mesetas y aquella escalinata, bajo las cuales bulle París, atrayendo con la fascinación del vértigo, al que lleve en su cerebro la idea de la muerte.

Cuanto más subimos, más violenta es la línea espiral que traza la escalera. Va incrustada en la malla férrea de la torre, dando á los ascensionistas el aspecto de grandes pájaros encerrados en una manga de cazador artimañero. Subiendo de prisa, puede hallarse en cada escalón un tipo distinto, digno de examen.

La edad, la soltura y el temperamento van clasificando á los ascensionistas. El viejo que, fatigado, se sienta en un escalón, no pudiendo más, echa una mirada de envidia al mozalbete que trepa cantando, como si, en vez de pies, alas le condujeran. Hay quien se pára en cada escalón, no para

descansar, sino para consultar un plano que venden en el *guichet* de entrada, en que se halla detallado el espacio de 90 kilómetros, sembrado de bosques y pueblos, que se domina desde la torre.

El anteojo ayuda al observador en el exa-



men, y es de ver el gozo con que éste, después de media hora de pasear el cristal por el espacio, encuentra allá lejos, muy lejos,

el bosque de Rambouillet, cubierto por débil neblina gris, ó los blancos campanarios



de Etampes, que parecen pintados con tiza

en la verde llanura. No falta la pareja de recién casados que, apoyados en la barandilla, se miran embebecidos, como si hubieran subido á la torre á ver el panorama copiado en sus propios ojos. Y dicho se está que también es frecuente encontrar en un recodo de la rampa á alguna gentil cazadora de corazones, que espera al extranjero al paso, ofreciéndole sus conocimientos en urbanografía de París y en la ciencia de amar.

Cuando se ha llegado á una altura de 100 metros, se hace una observación curiosa. El silencio que reina en derredor. Los ecos de París mueren á nuestros pies, y el ruido vibrante de la población, las armonías de las músicas militares que tocan en varios kioscos, los gritos de los vendedores de *tikes* y de periódicos, la agitación multiforme, desordenada y febril que llena el Campo de Marte, desvanécense en el espacio. Parece que se ha perdido el oído ó que aquello que vemos allá abajo, es panorama pintado, prodigiosa combinación de escenógrafos mecánicos, con telones y marionetas.

El Sena se divisa en la inmensa extensión de su larga carrera, y para desmentir la eterna y falsa metáfora, no parece cinta

de plata ni cosa que lo valga, sino turbia senda de nieblas, en las que apenas si se distinguen los *bateaux-mouches* filando en la corriente, como los caballitos del diablo en un arroyo.

Ya estamos en la segunda plataforma. El descanso se impone. ¿Qué sitio elegiremos para descansar? ¿El *bar* americano ó la *buvette* parisién? Pero no: llega á nuestro oído el vibrar de una máquina en función. Nos acercamos á ella. Es la maquinita Marinoni en que se tira *Le Figaro de la tour Eiffel*. Vemos allí, en elegante y reducido pabelloncito, una mesa de redacción, varias cajas, una docena de cajistas que manejan el componedor, la máquina rotativa, vomitando papel impreso, y un centenar de personas que se inscriben en el registro del *Figaro*, deseando que su nombre figure en la lista de los ascensionistas. Hay quien lleva preparado su dístico para improvisarlo allí y dejarlo escrito en el libro, todo lleno de exclamaciones, de admiraciones, con mucho de *Gloire á la France!* y no poco desatino hueco y rimbombante.

Los ascensores suben y bajan; la segunda plataforma se llena de gente. El aumento de ascensionistas obedece al deseo de

ver cómo se encienden las luces de París. Son las siete y media de la tarde.

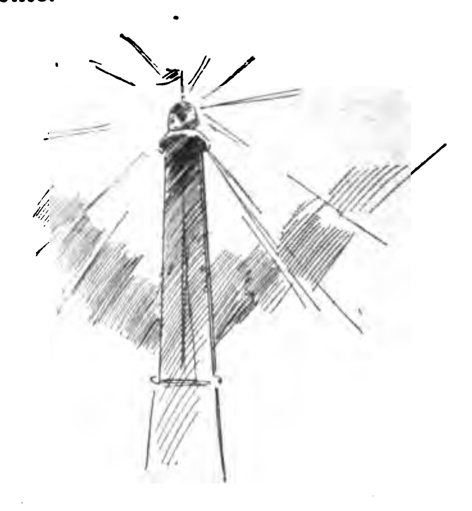
Las nieblas envuelven el paisaje: todo lo que se ve es un confuso montón de sombras,



un mar de inmóviles olas de vapor, en que se destacan los palacios del Campo de Marte, aplastados y sin relieve.

De improviso suena una detonación terrible, que conmueve la torre. Las mil y mil piececitas de hierro que forman la ingente mole, vibran y se estremecen como si fueran á desunirse, cayendo á tierra en lluvia de pedazos de metal.

Es que el cañón colocado en el *campanile*, á 300 metros de altura, ha hecho su disparo reglamentario, en el momento en que el último rayo de sol se borra del horizonte.





*Algo de*

# Bellas Artes.

I

El espléndido palacio de Bellas Artes, obra del arquitecto M. Formige, consta de una cúpula central y de numerosa serie de amplísi-

mos salones. El mismo gusto que en las demás construcciones de la Exposición, reina en ésta. La amplitud, la riqueza, el hierro y el cristal, combinándose para producir un efecto de brillantez y de alegría; los matices claros, la luz cernida por rosados *velums* que cubren las inmensas claraboyas, dan al palacio de Bellas Artes un aspecto totalmente distinto del que ordinariamente tienen los museos, con sus sombríos tonos y su decoración severa. Este aspecto marca perfectamente la diferencia que hay entre el museo, donde se hallan las obras sancionadas por la crítica y premiadas por la opinión general, y estas *galerías*, donde se reune aquello que acaba de salir del estudio del pintor y aún no ha sido sometido al juicio de los inteligentes. Acaso haya alguien que prefiera para templo del arte pictórico un edificio de aspecto majestuoso y clásico, sin adornos, sin colores brillantes, de sobria ornamentación; pero no puede olvidarse que la Exposición tiene principalmente que responder á la idea de una fiesta, y en ella todo ha de ser alegre, risueño y atractivo, así para los espíritus aficionados al arte como para el vulgo.

La pintura en la Exposición no ofrece

derrotero marcado. Todas las escuelas y todos los estilos aparecen cultivados con



iguales empeños. Y esto se observa en to

das las salas, lo mismo en la que ocupan los artistas españoles, que en las que encierran cuadros rusos ó ingleses. Hay quien aún se inspira en las visiones místicas, y hay quien sólo cultiva el arte modernísimo; el idilio á la griega, con sus paisajes sencillos y armónicos, aparece al lado de la escena del boulevard, picante y chusca; la manera *fortunyana*, con sus árabes en oración y sus casacones de colores chillones, tiene muchos cultivadores; y el género histórico, lleno de quintas esencias de crítica histórica, de erudición de manuscritos é incunables, no ha sido olvidado, ni mucho menos. Esta misma variedad infinita de asuntos trasciende á los procedimientos. Hay quien minia y detalla con un pincel fino como un cabello; hay quien pinta con grandes brochazos, arrojando los colores en el lienzo como si los lloviera. No falta el que ejecuta una pequeña idea en un cuadro enorme, desierto de tela donde se pierde la inspiración. Ni deja de haber quien presente minúsculas tablitas, aleluyas artísticas en que se adula al comprador norteamericano, cuyos *dollars* se buscan.

En medio de la numerosa falange de pintores que ocupan con sus obras el palacio de Bellas Artes, destácanse una docena de

apellidos ilustres de todas las naciones.

A la cabeza de todos destácase Alma Tadema. Es el pintor de la historia griega y romana; sobrio en sus medios de expresión, como Tácito, y como él mordaz é intencionado; dibujante prodigioso, colorista excepcional grandioso y sublime en todo. Alma Tadema es oriundo de Holanda, pero vive en Inglaterra y expone entre los ingleses. Sus cuadros han causado siempre gran impre-



sión en el mundo artístico. Pertenece al núcleo de grandes pintores que llevan al lienzo siempre un pensamiento, un problema, un caso histórico ó psicológico, algo importante de la vida moral, y la expresan sirviéndose de la línea y el color, como de esclavos. Dicho se está que tal estirpe de pintores ha de ocupar una esfera muy superior á la de aquellos para quienes el color lo es todo y lo único. Entre el mago, que con los matices de su paleta fascina é hipnotiza al observador, y el artista, que le atrae y subyuga por el imperio de la idea, media un abismo: el que separa á Gautier de Víctor Hugo, por ejemplo.

El cuadro que presenta Alma Tadema es de pequeño tamaño, y representa el amanecer después de una orgía en el pórtico de un templo romano. La tibia luz de la aurora envuelve en vagorosos resplandores los mármoles del pavimento y las columnatas. Yacen en el suelo, no bien despiertas aún, varias mujeres. Otras, ya en pie, se desperezan. Algunas conversan con las que llegan á ofrecerles frutas y aves en cestos de mimbre. La composición es sencilla, fácil, espontánea. Aquellas figuras no pueden estar de otro modo que como se las ve. Un pincel suave las ha trazado, dando á la car-

ne el vigor y el colorido juveniles; á los cabellos ondulaciones sedosas, á las miradas la vaguedad del despertar, á los ropajes los pliegues de la realidad. Hay allí horizonte, aire, luz, y la escena no parece pintada, sino vista. La verdad y el arte corren parejas. Una sinceridad de maestro domina en el cuadro. Las dificultades de ejecución, si las hubo, no se adivinan. Diríase que Alma Tadema ha pintado su lienzo en un momento, vertiendo sus inspiraciones sobre la tela, sin trabajo, después de haber leído una página clásica.

Otro autor famoso, Munkacsy, presenta dos cuadros: *Cristo ante Pilatos* y la *Crucifixión*. El primero ha obtenido, antes de ahora, no sólo aplausos del público, no sólo elogios de la crítica, sino el homenaje nacional de Hungría, patria del autor. El segundo es la continuación del primero: una nueva afirmación de artista librepensador frente á las leyendas bíblicas.

Porque ésta es la fisonomía principal del talento de Munkacsy. No ve en el drama del Calvario el sacrosanto suceso anunciado por los profetas, ni en Jesús al hijo de Dios, sino un hecho histórico y un genio reformista. Busca en el libro y en la tradición la verdad naturalista; despoja al Divi-

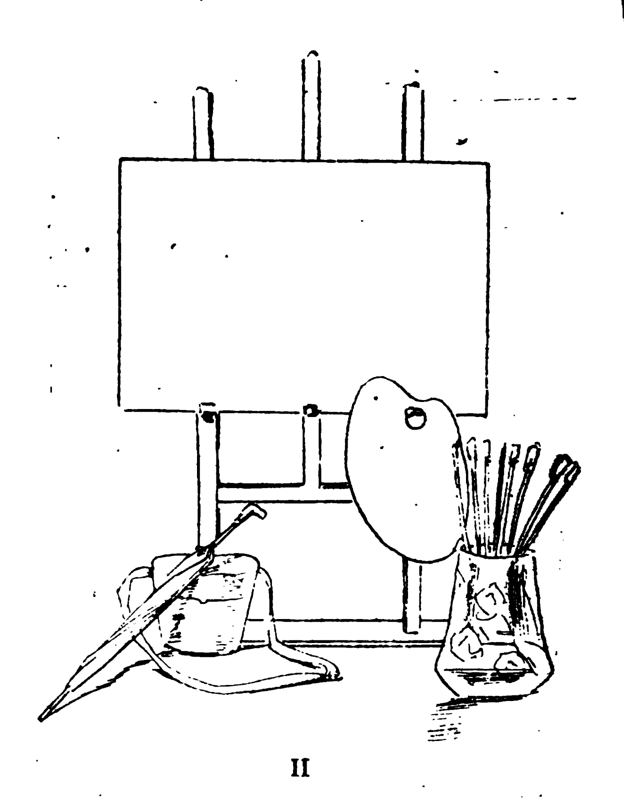


no Maestro de su nimbo, y le presenta sólo como hombre.

*Cristo ante Pilatos* es un estudio etnográfico y psicológico, una serie de figuras en que el artista ha representado la vida de Jerusalén; el procónsul romano, severo y prudente; los fariseos, llenos de pasión é ira contra aquel hombre que venía á predicar la igualdad y á practicar la austera virtud; la plebe indocta y salvaje, que aúlla á las puertas del tribunal pidiendo san-

gre. Cada figura es una revelación artística; cada cabeza una pasión ó un temperamento. En el solio aparece Poncio Pilato grave, dudoso, acusadas en el cráneo rectangular las líneas características del latino. Aquí se ven las curvas faces de los judíos ricos, de blanca y luenga barba, de ostentosos ropones adornados, palpitando en sus ojos vivos y lucientes el odio á Jesús. Allá se descubren los rostros violentamente contraídos del hombre del populacho que vocifera. Y en medio de aquel círculo de pasiones, de odios y de intereses, surge la figura suavísima, bella, tranquila y fina de Cristo, las manos atadas, el pardo túnico plegado en gruesas tablas sobre un cuerpo delgado, la barba castaña en punta, la cabellera cayendo sobre los hombros en tranquilas líneas, la nariz curva, los labios delgados, los ojos enormes, luminosos y dulces.

Se ha equivocado Munkacsy si ha querido hacer una obra racionalista. Produce una emoción honda, profundísima, que llega al corazón y conmueve el cerebro, haciendo germinar la idea religiosa y el sentimiento de la oración. De cómo el librepensador ha resultado místico.



## II

No me propongo en estos ligerísimos apuntes ejercer la crítica, para lo que me falta competencia. Quiero sólo anotar las novedades que se observan en el desenvol-

vimiento de las artes, y recoger rápidamente las impresiones de un observador.

Al frente de los artistas rusos destácase la obra de Chelmouski, inspirada en un realismo artístico y conmovedor. El colorista, triunfando de todas las dificultades de factura; el dibujante maestro en la composición, el observador apoderándose de los detalles más significativos del asunto y del modelo, el poeta mezclando en sus colores un dulce y suave sentimiento estético: tal resulta Chelmouski en las dos obras que presenta en la Exposición.

Una de ellas, sobre todo, encanta é impresiona. Es una escena de la estepa rusa, un grupo de míseros labradores rodeando una casa; en primer término, varias mujeres; más allá, un viejo que conduce de la jáquima, mísero y enteco cuartago; el suelo cubierto de nieve, ya manchada con el barro del deshielo; el horizonte nublado; el sol poniéndose en el confín de la llanura, inundada de cierta luz rojiza y siniestra; en el fondo, una casa de ruin aspecto. No hay verdaderamente allí un asunto que pueda explicarse.

Es, sin embargo, un asunto de gran interés el de este cuadro. La triste vida del labriego ruso, su abyección, su pobreza, su

lucha contra un clima ingrato y una tierra estéril, su desesperación resignada, que ya no lucha contra una organización social llena de injusticias; todo esto hace del cuadro de Chelmouski algo conmovedor y doliente: la protesta de un alma sensible y herida por el espectáculo de desgracia tanta. Chelmouski pinta como escribe Tolstoï; en las obras de estos dos artistas aparece la vida del pueblo ruso, visto á través de un velo de lágrimas.

Véase cómo para conmover é inspirar odio á los tiranos, á los detentadores de la dicha humana, no es preciso pintar al verdugo con la segur tinta en sangre de un inocente. Basta que en la obra se vea la verdad, y que la verdad resulte triste.

Kuchs, el celebrado pintor alemán, expone un cuadro de singular mérito.

Es de notar que Alemania ha cerrado sus fronteras á la Exposición. Pero por encima de las murallas del odio, sobre las filas de bayonetas bávaras, han pasado en gallardo velo las musas, y el arte alemán está representado en la Exposición de París. Símbolo de la vida del espíritu, más grande, más fraternal, más humana cuando la gobierna el artista que cuando la rige el político.

El nombre de Kuchs tuvo una fama gran-

de cuando en los momentos en que más vivamente latía la enemistad de Francia y Alemania, reciente aún la herida de la guerra, obtuvo el genial pintor el primer premio en el *Salón* de París. Fué un escándalo para los patriotas, una indignación para los *chauvins;* fué el tema de las protestas y de los artículos furibundos de los apasionados; pero Francia dió una noble prueba de imparcialidad, y se honró á sí misma honrando al alemán.

El cuadro que ahora expone representa el interior de una cervecería de aldea, donde rodean una pobre mesa de pino, jugando á los naipes, tres viejos. En el fondo, una ventana de pequeños vidrios filtra una luz gris, llena de los caprichosos reflejos que engendra la superficie irregular de la vidriera; y más allá se ve la perspectiva del pueblo, la calle solitaria y melancólica, el campanario gótico de humilde iglesia.

La originalidad de la composición indica un propósito de buscar efecto, de vencer dificultades; y la maestría acompaña al pintor y le depara el triunfo.

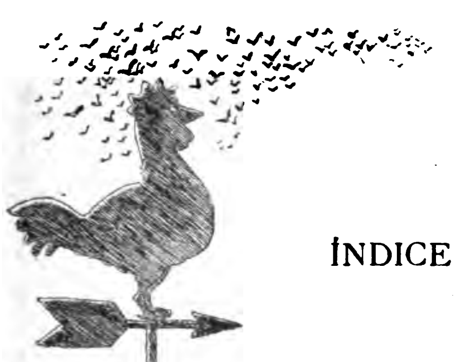
Frente al eterno y monótono cuadro de historia, lleno de personajes famosos, de cimeras y armas, el alemán Kuchs, así como Chelmouski el ruso, presentan la pintura

de la vida usual y corriente. Así como el viejo cronista sólo se ocupaba de narrar al menudo la vida del héroe, del rey ó del caudillo, curándose muy poco del estado social de la época, la pintura académica considérase deshonrada si abandona al héroe por estudiar al hombre vulgar, y prefiere al primero como asunto de sus lienzos, porque es más fácil pintar lo que otro ha pensado y llevar al lienzo las preocupaciones y los lugares comunes de la leyenda, que estudiar por sí mismo el conjunto, escoger de la inmensa falange un tipo que sea símbolo y síntesis de su edad, y analizarle con el pincel como el disector analiza un organismo con su escalpelo.

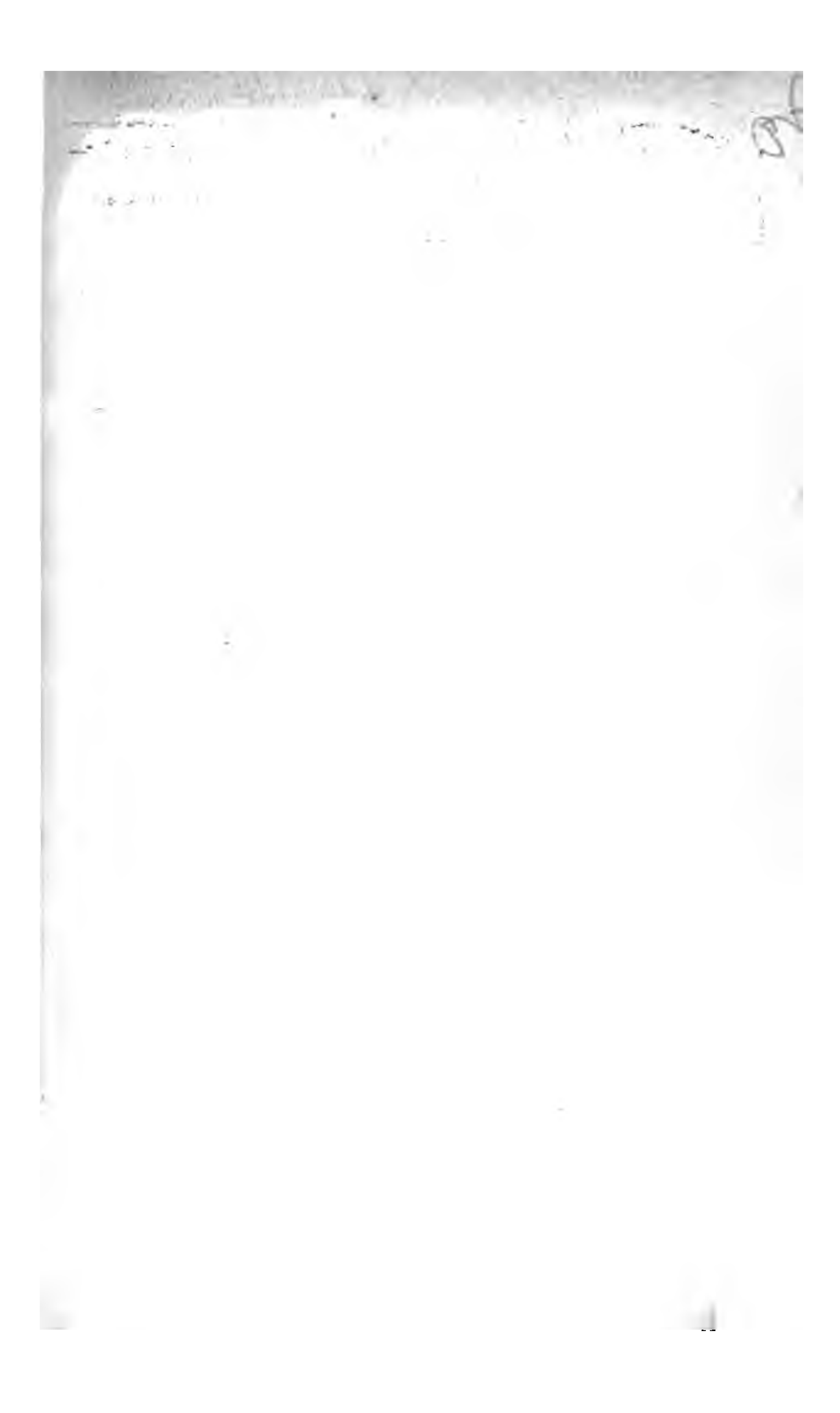
En la Historia, la evolución se ha hecho, y los Macaulay y los Taine han impuesto como primer elemento de estudio ese montón anónimo, la gran masa social, el hombre de quien jamás se ocupó la fama, y que cumplió en la tierra, bien ó mal, su condena de vivir. La importancia de estos estudios queda demostrada leyendo, por ejemplo, la descripción del barrio de San Antonio de París, hecha por Taine. La revolución con todos sus horrores, queda mejor explicada, después de leer este estudio, que leyendo todos los discursos de Mirabeau.

La moderna pintura empieza á seguir las huellas de aquellos grandes historiadores, y los dos cuadros que he citado son, para quien sabe ver, aplicaciones inteligentísimas del nuevo modo de pensar en materia de arte.





# ÍNDICE





## OBRAS PUBLICADAS

*Mariano de Cávia.* **Azotes y galeras.**
DIBUJOS DE A. PONS.—Precio: **3,50 pesetas.**

*Sobaquillo.* **De pitón á pitón,**
*Con prólogo de* MARIANO DE CÁVIA
DIBUJOS DE A. PONS —Precio: **3,50 pesetas.**

*Eduardo de Palacio.* **Cuadros vivos**
*(A pluma y al pelo).*
DIBUJOS DE A. PONS.—Precio: **3,50 ptas.**

*Leopoldo Alas.* **Solos de Clarín,**
*Con prólogo de* D. JOSÉ ECHEGARAY.—(Cuarta edición.)
DIBUJOS DE A. PONS.—Precio: **4 pesetas.**

*Luis Taboada.* **La vida cursi.**
DIBUJOS DE A. PONS.— Precio: **3,50 pesetas.** (Segunda edición.)

*Mariano de Cávia.* **Salpicón.**
DIBUJOS DE A. PONS.—Precio: **3,50 pesetas.**

*Castro y Serrano.* **Dos historias vulgares.**
DIBUJOS DE A. PONS.—Precio: **3,50 pesetas.**

*Joaquín Dicenta.* **Tinta negra.**
DIBUJOS DE T. MUÑOZ LUCENA Y A. PONS.—Precio: **3,50 pesetas.**

*Angel Pons.* **Historietas.**
Precio: **3,50 pesetas.**

*Luis Taboada.* **Siga la fiesta.**
DIBUJOS DE A. PONS. Precio: **3,50 pesetas.**

*Federico Urrecha.* **Cuentos del Vivac.**
DIBUJOS DE A. PONS. Precio: **3,50 pesetas.**

*Jose de la Serna.* **Prosa ligera.**
DIBUJOS DE A. PONS, Precio: **3,50 pesetas.**

*Luis Taboada.* **Caricaturas.**
DIBUJOS DE A. PONS. Precio: **3,50 pesetas.**

*Pascual Millán.* **Corazon y brazo.**
DIBUJOS DE NUESTROS PRALES. ARTISTAS.—Precio: **3,50 pesetas.**

## EN PRENSA

**Notas alegres,** *por Angel Pons.*
**Madrid en broma,** *por Luis Taboada.*
DIBUJOS DE A. PONS. *Segunda edición aumentada.*
**Corazón (Cuore)** *Diario de un niño, por Edmundo De Amicis.*
Nueva edición profusamente ilustrada por los mejores artistas de Italia.

## EN PREPARACIÓN

**…e que anda por ahí,** *por Carlos Frontaura.*
**…a de monos,** *por Manuel Matoses.*

